

H  
VI-40

CANTOS DE UN CANARIO,

COLECCION DE POESIAS

POR

VENTURA AGUILAR.



MADRID.

Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ, *Travesía de la Parada,*  
núm. 8, cuarto bajo.

—  
1855.



UNIVERSIDAD DE LA PATAGONIA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

DE INVESTIGACIONES



1974



CANTOS DE UN CANARIO,

322

COLECCION DE POESIAS

POR

VENTURA AGUILAR.



MADRID.

Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ, *Travesía de la Parada,*  
*núm. 8, cuarto bajo.*

—  
1854.



R. 236810

6604017415



ELIOT DE 17 11/11/110

COLECCION DE BOGAS

ARISTOTELES



MADRID

Imprenta de la Universidad de Madrid, Calle de la Universidad, 1.

1874



## A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

SEÑORA:

*La generosa proteccion que V. M. dispensa á las Bellas-Letras me anima á dedicarla los ensayos poéticos que con el título de CANTOS DE UN CANARIO, voy á publicar. V. M. se dignará permitirme que ponga á sus Reales Plantas esta guirnalda de flores silvestres de los antiguos Campos Elíseos, como un humilde homenaje de amor y gratitud por los señalados favores que de V. M. ha recibido mi patria.*

*Dios guarde la importante vida de V. M. muchos años para felicidad de la Monarquía.*

SEÑORA:

A L. R. P. de V. M.

Ventura Aguilar.



AL presentar al público esta Colección de poesías, está muy lejos de mi la presunción de que tengan un mérito distinguido. Nacidas espontáneamente en la soledad, casi todas en menos de dos años, sin haber á la mano ni aun las obras mas indispensables de los buenos poetas, cuyo estudio forma el gusto y enriquece el ingenio, y sin otro objeto que el de distraerme cediendo al entusiasmo que me inspiraban los cuadros de la Naturaleza, no podrán menos de adolecer de graves defectos. Temor es este tanto mas fundado, cuanto que no se han eximido de ellos nuestros mas eminentes vates, no obstante sus aventajadas dotes y de haberse encontrado en situación favorable para el cultivo de la poesía. ¿Qué podré yo, pues, prometerme de unos ensayos hechos con tal precipitación en el retiro campestre de una aislada roca?

Muéveme á publicarlos el considerar lo desierto que se halla el parnaso canario, el que desde la aparición de Cairasco, es decir, en el largo período de mas de tres siglos, no ha visto entrar en sus bosques ningun cantor á ceñirse el sagrado laurel. Ahora bien, estos ensayos podrán servir de estímulo para despertar de su letargo á muchos jóvenes, que mas favorecidos de la naturaleza y de la fortuna, emprenderán su carrera por tan ameno y espacioso campo con orgullo de la Patria.





# ODA SÁFICA

AL CUMPLEAÑOS

DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Ese astro ardiente que el augusto cielo  
Viste de pompa y magestad sagrada,  
De la morada de los altos Dioses  
Trájo á Isabela.

¡ Bética ilustre! la rodilla dobla  
Pues de tu Reina iluminó el oriente,  
Y reverente su loor encumbra  
Sobre el Olimpo.

Tú la Señora que dos vastos mundos  
Tuviste ayer en la potente diestra,  
Hoy por siniestra rebelion del hado  
Miséra esclava.

Rompe los hierros, y virtuosa y grande  
Alza la frente á la cerúlea esfera,  
Que placentera una deidad te rige  
Desde su sólio.

Huyó la guerra ante su faz hermosa,  
Y la discordia se arrojó al profundo,  
Como al fecundo luminar del día  
Huye la noche.

Amor y paz su centellante trono,  
Amor y paz su melodioso acento,  
Que de contento y celestial delicia  
Orbes inunda.

¡Oh fausto día! ¡oh bienhadada Iberia!  
Sube á las cumbres de tu antigua gloria,  
Que ya la historia á tu virtud previene  
Íncelitos lauros.

Sigue el ejemplo de tu heróica Reina,  
Sigue el impulso de su amor divino,  
Y tu destino en lo futuro brille  
Como tu cielo.

Oye, Isabela, en sonoros himnos  
De lealtad y gratitud ferviente  
De gente en gente bendecir tu nombre  
Arpas eolias.

¡Con qué alegría la feliz Canaria,  
Tambien entona su humilde canto!

¡Oh, Reina, cuanto su sensible pecho  
Cuanto te adora!

Volviste á ella tus fulgentes ojos  
Cuando gemia su cercana muerte,  
Y solo al verte respiró anhelante  
Almos perfumes.

Tú la tendiste valedora diestra  
Al despeñarse con horrible estruendo,  
Su ruina oyendo que los hondos mares  
Roncos sonaron.

Y la tuviste en el fugaz declivio,  
Tú la salvaste sobre la árdua cumbre,  
Como la lumbre en culminante torre  
Sálva la nave.

¡Cual se estasia al saludar tu oriente!  
De seda y perlas y de tírta grana  
Hoy se engalana y sobre altar de aromas  
Cultos te rinde.

Por tí de mieses sus fecundos valles,  
Por tí de flores sus risueños prados,  
Y sus collados de racimo y yedra  
Véense cubiertos.

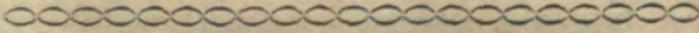
Por tí su seno la abundancia brinda,  
Por tí dulzura los vergeles brotan,  
Y ufanos flotan sus soberbias cumbres  
Montes y selvas.

Por tí las ondas del Atlante abriendo  
Liberal rumbo á las pomposas naves,  
Raudas cual aves, el vellon de Colcos  
Lédas conducen.

De la alba Virgen la esplendente antorcha  
Arde á tu aliento, cual la luz febéa,  
Y dicta Astrea á sus ministros fieles  
Justos decretos.

Celeste númen, eternas palmas  
Pone en tu mano, y la orgullosa frente  
Ciñes riente al inspirado vate,  
Gloria del Bétis.

¡Oh salve, salve, generosa Reina!  
Mas Reina no: que del canario suelo,  
Dó moró el cielo y la inocencia un día  
Eres la Diosa.



## LA INMORTALIDAD.

AL SEÑOR DON MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE, ABOGADO FISCAL  
DE LA AUDIENCIA DE ESTA CORTE.

Pirámides augustas, que á los cielos  
Alzais de entre las tumbas vuestras frentes,  
Y de los siglos deteneis los vuelos  
Cuál sepulta la arena los torrentes!  
En esta yerma soledad, desnudo  
De mundanos deseos é ilusiones,  
Postrado á vuestras plantas, os saludo.  
¡De mi citara oid los dulces sonos!  
Pero ¡ay! que al ver vuestra vejez sombría  
Que en desiertos oculta su agonía,  
Mi pecho dolorido  
Tan solo despedir puede un gemido.

El rojo suelo en torno se estremece,  
Y descubre cadáveres sin cuento

De pueblos poderosos;  
Al ímpetu del viento  
La torre á par del muro desaparece,  
El valle y la llanura  
Cubierta de verdura,  
Los cerros y los montes cavernosos;  
Los golfos de la mar yacen vacios,  
Lagos y fuentes, dilatados rios...  
Y vosotras del tiempo y de la suerte  
El paso encadenais con brazo fuerte.

¿Quién formó esas espaldas colosales,  
Esos flancos de sierras que levantan  
Las cumbres de metal, dó las tormentas  
Lloviendo rayos su furor quebrantan?  
Monarcas de los siglos, ¿qué naciones  
Poblaron estos mudos arenales?  
¿Qué guerras, qué catástrofes sangrientas  
Asolaron tan fértiles regiones?

«La tiranía: su encorvado asiento,  
»Rodeada de sombras y de horrores,  
»Encerrando entre alcázares y muros,  
»Sobre la fuerza y la crueldad alzára:  
»Y como llama que azotando el viento  
»Bosques y selvas traga en sus furores,  
»Los oprimidos pueblos devastára.  
»Estas viejas pirámides que restan  
»Son las tumbas que guardan su memoria.  
»Atiende, caminante, manifiestan,  
»Sus cúpulas por siempre alzando al cielo,

»Que allá mana la fuente, y no en el suelo,  
»De la inmortalidad y de la gloria.»

Asi la voz de un Genio resonando  
Animó los desiertos que cayeron  
En sepulcral silencio, y desplegando  
Mi espíritu su vuelo vagaroso,  
Cual ave que despierta  
Al rumor de la aurora,  
Corrió veloz el orbe espacioso.  
Del mar de oro, del Ganges, de la yerta  
Region de Allai, donde el escita mora,  
Del Tiber, Nilo y Ródano espumante  
Que agita sus cristales entre flores,  
Hasta el yelo del polo rutilante,  
Ve al hombre levantando monumentos  
Para salvar su nombre de las olas  
Que el tiempo arroja en vórtice violento:  
Las virtudes ceñidas de aureólas  
Colocar sobre altares: de la tierra  
El mármol estraer, el hierro, el bronce,  
Y labrar los trofeos de la guerra;  
Demandar á las Artes sus favores,  
Sus fastos luminosos á la Historia,  
Su poder á las ciencias, y la gloria  
Al poeta en sus cantos vencedores.

El fogoso corcel de voladoras  
Plantas es huracan en la llanura:  
Mas raudó, del altura  
Rueda el rio corrientes bramadoras:

En carroza de fuego  
Que lanza nubes de humo  
Colinas, valles, montes desaparecen ;  
Flamígera borrasca su carrera :  
Girando por el eter sin sosiego  
En campos que mil soles esclarecen  
Deslizase la esfera.  
Asi el hombre se agita; desalado  
Se arroja en pos del bien nunca gozado.  
Nada apaga su ardor; lucha, porfía,  
Batalla y batallando mas se inflama :  
La esperanza consuela su agonía  
En medio al mar que turbulento brama,  
Y el corazon le dice de contino :  
«Ser feliz é inmortal es tu destino.»

Eterna juventud sobre su frente  
Ostenta la gentil Naturaleza,  
Y en giro refulgente  
Nuevas gracias despliega su belleza.  
Ya se viste de gasas y de flores,  
Que las auras de aromas embalsaman  
Coronando las selvas de verdura  
En la dulce estacion de los amores,  
Cuando las aves cánticos derraman  
Y celebran en sombras su ventura:  
Ora fecunda el sol su ardiente seno,  
Y de mieses ondeantes,  
Y de frutos inunda el campo ameno:  
Ya de las aguas rompe los tesoros  
Y los rios y fuentes alimenta.

Bebe la tierra jugos abundantes  
Ansiosa abriendo sus sedientos poros,  
Y yerba y pastos por dó quier revienta.  
Del monte y llano las tendidas faldas  
Viste de armiños, borda de guirnaldas.  
Dá reposo á la esteva, hartura al prado,  
Lanas y leche al balador ganado.  
En la cadena de oro que en la grada  
Ató el Supremo de su firme sede,  
Y se hunde en los abismos de la nada,  
Un eslabon á otro eslabon sucede:  
Al día las tinieblas pavorosas,  
Las espigas y nieves á las rosas.

¡Sol agosto, que brotas en los cielos  
Océanos de luz, y dilatando  
Allá en la inmensidad tu señorío  
Ves los astros girar en raudos vuelos  
A rendirte homenaje, el poderío  
Y magestad de Dios en tí acatando.  
Tú muestras á los hombres la morada  
De eterna paz, de gozos eternos,  
Y alumbras la árdua senda deseada  
Diciéndoles, «venid; sois inmortales!»

¡Mansiones de la muerte, yermo mudo  
De impenetrables sombras y de espanto!  
Vuestro silencio de pesar agudo  
Me hiela el corazon, suspende el canto.  
Abris ante mis ojos vacilantes  
Una sima de horror!.. Veo perderse

A torrentes el río de la vida,  
Y en pálidas cenizas deshacerse  
Gloria, virtud, poder, pueblos gigantes,  
Y los siglos en pós arrebatados  
Polvo dejando en su veloz corrida,  
El mundo es una tumba... Los laureados  
Héroes dó estan que en desastrosa guerra  
Tremolaron triunfantes sus pendones  
Por todos los confines de la tierra?  
¿Los que el rayo y las olas desafiando  
Del piélago domaron la fiereza  
Opuestos hemisferios hermanando?  
¿Dó los sabios que al orbe descubrieron  
Las leyes de la gran Naturaleza,  
Y los espacios de la luz midieron?

Todos enmudeceis, nadie responde.  
Fué vuestra vida armónico sonido,  
Murmullo del arroyo que se esconde  
De la selva en la lóbrega espesura,  
Estrella que se lanza del altura.  
Vibra el alba sus trémulos fulgores,  
Sube el sol á la cumbre de los cielos,  
Y se hunde entre los mares bramadores.  
Tal la existencia... ¿Pero qué es la muerte?  
Ven á mi acento, de sombríos velos  
Y horrible palidez la faz cubierta  
Sobre tus leves alas: ¡ Ven oh Muerte!  
Sal ya de los sepulcros, la desierta  
Llanura donde tienes tu morada  
Deja un momento, y dime ¿qué es la vida?

¿Qué eres tú? ¿qué es el hombre? ¿qué es la nada?  
¿El soplo que en mi frente resplandece  
Relámpago fugaz desaparece?

¡Espíritu inmortal! Tú las prisiones  
Rompes de la materia, y estendiendo  
Las alas por aéreas regiones  
Infinitos espacios recorriendo  
El universo abarcas, y luz eres  
Que penetras los seres :  
El panteon de los siglos entreabres,  
Del tiempo las tinieblas iluminas,  
Y tú los misteriosos caractéres  
Descifras del pasado,  
Historia escrita en gigantescas ruinas.  
Ya sublimas el vuelo  
Al estrellado cielo,  
Y cual lirio azulado  
Ves el orbe á tus plantas :  
Por palacios de lumbre te paseas,  
Y al descubrir la inmensidad te encantas.  
En lejano horizonte  
Del futuro columbras  
El rosado crepúsculo, y ansioso  
Sus ocultos arcanos señoreas.  
Asi del alto monte  
Mira el pastor el astro esplendoroso  
Que los prados alumbraba  
Anunciando la cándida mañana,  
O la alondra nacer sobre la espuma

La nubecilla de azucena y grana  
Que viste el bosque de sedosa bruma,  
Y con su voz doliente  
Predice de los mares la creciente.

¡Salve, valles! ¡Salud, verdes collados,  
Oteros abundosos,  
De olivos y de palmas coronados!  
¡Cármenes y vergeles deliciosos!  
¡Rios fecundos que arrollais riberas  
De acacias y de flores  
Entre gasas ligeras  
Bordadas de bellisimos colores!  
A la copa del árbol de la vida,  
Sobre alfombras de púrpura sentado,  
Por susurrantes auras remecida,  
Aspiro su perfume regalado.  
Bosques de aloes, mirtos y de aromas  
Destilan de su verde cabellera  
Bálsamos, mieles, ámbares y gomas  
Que esmaltan de rocío la pradera.  
Véo en cumbres de rocas elevarse  
El alcazar inmenso del Potente,  
Y en pórticos de soles prolongarse  
Por un cielo de záfiro esplendente.  
Nunca aqui el árbol sus doseles muda,  
Ni desmaya la luz del rubio día,  
Ni el débil sueño, ni la vaga duda  
Somborean la inocencia y la alegría.  
Los Angeles de rosas coronados,

Con túnicas de estrellas rutilantes  
Apuran en banquetes perfumados  
Dulce néctar en copas de diamantes.  
Doncellas de ojos negros y alba frente  
Sonrien de placer en blando coro,  
Y cánticos de amor puro y ardiente  
Tiernas despiden de sus arpas de oro.  
«¡ Gloria, dicen, Señor, Padre fecundo!  
» Venid, hombres, sereis libres é iguales,  
» La muerte es sombra, espacion el mundo,  
» Venid á ser felices é inmortales.»

---

## LA MONTAÑA DE DORAMAS.

MELITEO, ELISIO, POETA.

MELITEO.

Cual el rocío á flores ,  
Cual flores á la abeja  
Y de abeja la miel al sonrosado  
Labio de mis amores ,  
Tal á mi pecho deja  
En alborozo y suavidad colmado  
Este abundoso prado ,  
Esta selva sombría ,  
Este recinto ameno ,  
Por donde con sereno  
Paso , murmura la corriente fría ,  
Dejando aljofarada  
La yerba de su márgen festonada.

ELISIO.

No tan galan asoma  
El mayo coronado

De azucenas, pastor de los vergeles,  
Vertiendo suave aroma  
Del florido cayado,  
Envuelto en ricas, malizadas pieles,  
Y torna sus doseles  
A los bosques frondosos,  
Sus galas á las flores,  
Al campo sus colores  
Y á las aves sus trinos melodiosos,  
Como es bella y amena  
Aquesta selva de verdura llena.

MELITEO.

No tan risueña encanta  
El alba en el oriente  
Vestida como viste mi pastora  
Cuando al alba levanta  
Coronada la frente  
De cabellos que el sol le riza y dora,  
Y á todos enamora  
Con su dulce sonrisa,  
Con su tierna mirada,  
Con su cara rosada,  
Con su aliento mas suave que la brisa,  
Cual me es grato y hermoso  
Este campo fecundo y deleitoso.

ELISIO.

No, no en el ancho suelo  
Por dó céfiro gira,

Ni en cuanto el sol calienta y la mar baña,  
Ni en cuanto ciñe el cielo,  
O con sus ojos mira  
La luna de su nítida cabaña,  
Ni en la feraz España,  
Un tan pomposo asilo  
De tan rica belleza  
Plantó Naturaleza,  
Con venia de Salicio y de Batilo,  
Cuyos cantos de amores  
Sabemos de memoria los pastores.

Cual en cestas pulidas  
Las alegres doncellas  
Al brazo llevan rosas y manzanas,  
Las colinas erguidas  
Así en sus faldas bellas  
Ostentan valles, bosques, vegas llanas,  
Por donde mil fontanas  
Esparcen su frescura  
Que beben ardorosos  
Los árboles frondosos  
Inclinando sus copas con ternura  
El aura, que al mecerlas,  
El suelo siembra de brillantes perlas.

En variedad graciosa  
De montes rodeada  
Aqui la tierra su beldad presenta;  
Ya se alza magestosa

A la esfera azulada ,  
Ya en breves llanos plácida se asienta:  
Ora desciende lenta  
Por fértiles recuestos ,  
Ora de un salto baja  
A barrancos que cuaja  
De espuma y nácar , entre yedra puestos ,  
Y en cada cual postura  
Nuevas gracias ¡oh Dios! nueva hermosura

MELITEO.

¡Qué pompa y gentileza  
A mi entusiasmo ofreces  
Oh mies , que ciñe el arbolado ameno  
De nativa belleza !  
No los dorados peces  
Que el mar abriga en su verdoso seno  
De algas y conchas lleno ,  
La vista tanto encanta  
Al pescador ansioso  
Cuando los vé gozoso  
En red saltando á su desnuda planta ,  
Cual á mí los sembrados  
De bullentes espigas coronados.

Y mas , cuando el lucero  
Con apacible lumbre  
Despierta los pastores y ganados ,  
Si dirijo al otero  
O á la lozana cumbre

El cándido rebaño ó á los prados.  
¡Oh, como enagenados  
Los sentidos suspende  
De espliego, de tomillo,  
Violas, trébol, junquillo  
El suave aroma que en el aire asciende,  
Y de luces el cielo  
Y de flores se llena el verde suelo.

Entonces reclinado  
Sobre la blanda alfombra  
Ordeño el hato que la leche abruma :  
Saco el zurrón nevado,  
Y allí á la fresca sombra  
Que el heno humilde en derredor perfuma,  
Bebo la dulce espuma,  
Mezclo la rubia harina,  
Y en regalada hartura  
Celebro mi ventura  
Con el rabel, en tanto que se inclina  
El sol, y mi pastora  
Me brinda el seno, dó el deleite mora.

Con suavidad se mecen  
Las auras en las flores,  
Las flores en los tallos que volando  
Inquietas estremecen  
Con lascivos ardores  
Las abejas, en torno susurrando,  
Mientras mi frente en blando

Sueño abato, en la halda  
De lirios, de azahares,  
Que rubios colmenares  
Cela, y en ella, vuelta al sol la espalda,  
Duerme, con su murmullo  
Prestándome esta selva tierno arrullo.

ELISIO.

¡Oh vida deleitosa!  
¡Oh campo afortunado!  
¡Oh felice pastor! Conserve el cielo  
Tu juventud frondosa!  
No á mi que desamado  
Vago perdido por aqueste suelo.  
Yo, pues, puse mi anhelo  
En la graciosa y pura  
Y bella Guayarmina  
Que vive á mi vecina,  
Pero apartada, ¡aymé! de mi ternura  
Y mis mustios amores  
Ni llevan frutos, ni producen flores.

Yo me era un zagalejo  
Y ella una rapazuela  
Que andábamos siguiendo por el prado  
Sin guia, ni consejo,  
Ya al pájaro que vuela  
Columpiando, si apenas emplumado  
Sale del nido amado,  
Ya entre grietas el grillo,

Ora las mariposas  
Que beben de las rosas,  
Ora corriendo al suelto cabritillo,  
O entre los tomillares  
Acechando al conejo en sus vivares.

En union inocente  
Y en tan sencillos juegos  
Nos rayaban las tímidas auroras,  
Y asi que el sol ardiente  
Apagaba sus fuegos  
Entre las ondas de la mar sonoras,  
Y las nocturnas horas  
Envolviendo la tierra  
En sombras dilatadas  
Iban aceleradas  
La llanura igualando con la sierra,  
Cual el choto retoza  
Saltando cada cual volvia á su choza.

Mas en edad creciendo,  
Un dia por las lomas  
Entre matas y olores anduvimos  
Con cimbeles cogiendo  
Las cándidas palomas.  
Al cansancio ya graves nos rendimos,  
Y en un lecho dormimos  
De blandas hojas hecho,  
Que bajo un grueso tilo  
Nos dió sabroso asilo,

Cuando del dulce sueño, á mi despecho,  
Despierto entre sus brazos  
Dó amor me reclinára en tiernos lazos.

Entonces mi pastora  
Con la color de grana  
Sueltas las trenzas de oro, desceñida,  
Mas bella que la aurora,  
Y mas que una mañana  
Del rubicundo abril, de mi sentida  
Y altamente ofendida,  
«Huiré, Elisio, me dice,  
»Huiré impio, tu lado  
»Que eres pastor taimado  
»Y por siempre mi labio te maldice.»  
Y huyó ¡ay! desde aquel dia  
Cual garza del halcon la prenda mia.

MELITEO.

¡Simple zagal, sin seso!  
¡Qué! ¿no sabes, cuitado,  
Qué el huir de las hembras es forzoso?  
Huye del dulce beso  
De su pichon amado  
La paloma con ronco son quejoso:  
Huye el arco pomposo  
De su pavon la pava,  
La cordera al cordero,  
La loba al lobo fiero,  
Y al fuerte toro la novilla brava:

Pero el varón porfía  
Y en la constancia su ventura fia.

Así la desdeñosa  
Acoraida burlaba  
De mi sincera fé y amor ardiente  
Con risa bulliciosa  
Cuantas veces osaba  
Descubrirle mi pecho ya impaciente,  
Y su rostro fulgente  
A otra parte volvía  
Y á veces me decía  
Si la hablaba en el márgen de esta fuente:  
«Pastor, tu afán es vano,  
»Nunca al lucero alcanzará tu mano.»

Yo triste y afligido  
Sin paz, sin esperanza  
De lágrimas bañaba el mustio suelo.  
El rebaño al ejido  
Llevaba con tardanza  
Mis roncós ayes penetrando el cielo,  
Cuyo sombrío velo  
Las luces me escondía  
Que matizan las flores  
De vívidos colores  
Siendo para mí noche el claro día,  
Y en tan acerba suerte  
Mi solo pensamiento era la muerte.

Las hojas desmayadas  
En giros descendian,  
Las nubes en torrentes; los torrentes  
En rios, que en airadas  
Olas desaparecian,  
Y las olas en rápidas corrientes.  
Asi yo de inclementes  
Pesares combatido  
Las fuerzas decayendo  
Y la color perdiendo  
Sentia lanzarse el alma de su nido.  
Mas voy á revelarte  
Como volví á la vida y por qué arte.

Tenia Acoraida un manso  
De blanco vellocino  
Como espuma rizado, que criaba  
Con prolijo descanso  
A heno y trebol fino.  
Cual la madre á su hijo asi lo amaba  
Y en él se deleitaba.  
Robéselo una noche  
Que lo dejara atado  
De su cabaña al lado  
Al sonante collar quitando el broche,  
Y en la fuente del Tilo  
Entre espesos pimpollos escondilo.

Iba las alboradas  
Cual ánade pomposa

A bañar en el seno de esta fuente  
Sus carnes sonrosadas  
La zagaleja hermosa,  
Y las rubias madejas de su frente.  
Yo que estaba presente,  
Pero oculto acechando  
Con el robo, el momento  
De ejecutar mi intento,  
Asi que veo que se está bañando  
Doy al manso, que herido  
Se lamenta con trémulo balido.

Sale del agua rápida  
Rompiendo los cristales  
Con gentil ademan y donosura,  
Y se dirige estática  
Dentro á los matorrales  
Dó columbró al cordero en la verdura.  
¡Oh sin igual ventura!  
¡Oh gozo! ¡oh dicha inmensa!  
¡Oh bosque afortunado!  
¡Oh dia bienhadado!  
¡Nunca haga el tiempo á tu memoria ofensa!  
De entonces mi pastora  
Por mi suspira y cual á un Dios me adora!

ELISIO.

¡Oh cuanto, Meliteo,  
Tu historia me es sabrosa!  
¡Cómo en mi pecho la esperanza cria

Y enciende mi deseo!  
No el alba esplendorosa  
Con el rocío que al nacer envía  
Da tan llena alegría  
Al prado que enriquece,  
Al soto que engalana  
De nueva flor temprana  
Cuando el risueño abril sus hojas mece,  
Cual regala mi oído  
De tu voz el dulcísimo sonido.

Daréte por tu canto  
Una horterera colmada  
De rubia miel de calta y de romero  
Que me donó Crisanto  
Por su mano labrada  
De un índico y bellissimo madero,  
En donde con esmero  
Y diligencia suma  
Pintó de mil colores  
Entre Ninfas y Amores  
A Dione saliendo de la espuma,  
Y en carro de corales  
Neptuno serenando sus cristales.

Mas cántame, te ruego,  
La sonora tonada  
Que en loor de esta selva compusiste,  
Y regalarte hé luego  
La pulida cayada

Que en la fiesta del Álamo me viste,  
Y en vano me pediste,  
De plateada espiga  
Ornada y tierno acanto,  
De rosas y amaranto  
Con cinta de oro que girando liga,  
Cual la faja brillante  
Que se ciñe la noche centellante.

MELITEO.

¡Oh valle! ¡oh campo ameno!  
¡Oh selva magestuosa!  
¡Oh templo de placer y de hermosura!  
¡Cielo puro y sereno!  
¡Fuente que sonora  
Derramas entre flores y verdura  
Tus perlas y frescura!  
Aqui en tu verde asiento  
Y soledad sombría  
Revuela la alegría,  
Y en sus alas se eleva el pensamiento:  
Aqui está la morada  
De los ciegos mortales codiciada.

Las auras bulliciosas,  
Las hojas susurrantes,  
El dulce murmurar del arroyuelo,  
Las yerbas olorosas,  
Los árboles gigantes,  
El variado matiz del rico suelo,

El cristalino velo  
De puros resplandores  
Que ciñe el horizonte,  
El bosque, el valle, el monte,  
Las aves que celebran sus amores,  
Todo encanta, enagena,  
Y de paz y de gozo el pecho llena.

Bajo estas frescas ramas  
Tendido en la verdura  
Miré hervir entre guijas la corriente  
Que corona de llamas  
Al quebrar su tersura  
El día con los rayos de su frente;  
Y en su margen riente  
Saltar los pajarillos  
En torno revolando  
Vívidos y piando  
Sobre violas, poleos y tomillos,  
Y alzarse en sesgo vuelo  
Cual nubes de oro al nacarado cielo.

Miré triscar gozosa  
Por enriscados cerros  
La suelta cabra con veloce planta,  
Aquí y allí gozosa  
Sonando los cencerros  
Roer las yerbas, cuyo hervor quebranta,  
Y si al rebaño espanta  
El perro vigilante,

O el súbito rüido  
Del árbol sacudido,  
Vea cual corre mégo y anhelante,  
O al rayar las auroras  
En el prado las vacas mugidoras:

Ara la húmeda tierra  
El labrador robusto  
Y el rubio trigo á su regazo fia  
Asi que por la sierra  
Con señorío augusto  
Otoño asoma la cabeza umbría.  
Y ora ¡ con qué ufanía  
Siega las sementeras  
Que limpia el fuerte trillo,  
Y al viento el amarillo  
Grano, lanzando el bieldo, hinché las eras!  
¡Qué ledo vé en montones  
Del rojo maíz desnudos los piñones!

¡Oh, cuán precipitados,  
Qué tiernos quiebroz pia  
Sobre aquel alto roble el dulce mirlo  
Vertiendo mil variados  
Torrentes de armonía!  
¡Oh, si Febo me diera, como oirlo,  
En sus trinos seguirlo!  
Mi voz entonces clara,  
Mi nombre repetido  
De la villa al egido

Cual airon en las cumbres se elevára,  
Y á mi sien las doncellas  
Rosas ciñeran y guirnaldas bellas.

Aqui en las hondas grutas,  
Sin penas, ni dolores,  
Sin envidias, sin ódios, ni cuidados,  
De leche y dulces frutas  
Henchidos los pastores  
No tienen mas afan que sus ganados;  
O bien enamorados  
En pós sus zagalejas  
El su desden fingido  
O recato ofendido  
Vencer con blandas y sentidas quejas,  
Tañendo el instrumento  
Que las llena de amor y de contento.

Asi el zagal divino  
Que cantó la belleza  
De esta selva en su lira celebrada, (1)  
Y el que de Táoro vino (2)  
Y narró la grandeza  
De nuestros padres en la edad pasada,  
Decian que bienhadada  
Era entonces su vida  
Cual es la nuestra ahora,

---

(1) Cairasco.

(2) D. Josef Viera y Clavijo.

Del héspero á la aurora  
Nunca de agudos males combatida,  
Una senda de flores  
Rodeada de ninfas y pastores.

Los bosques derramaban  
De sus copas brillantes,  
Cual ora las tabaibas, leche y mieles;  
Las peñas destilaban  
Nectar entre diamantes:  
De púrpura y de seda eran las pieles:  
Los floridos vergeles  
De su seno sonoro  
Y de sus ricas faldas  
Bordadas de esmeraldas  
Daban entonces las manzanas de oro.  
Tambien decian que iguales  
Fueron aquí á los dioses los zagales.

POETA.

Sus rabeles sabrosos  
Aun siguieran sonando los pastores, y  
Si entre velos nublosos  
No ocultára ya el sol sus resplandores,  
Que laso y fatigado  
Quedó en los blandos mares reclinado.

Las nubes le mecian  
Batiendo en torno la rizada espuma,  
En sus alas traian

Las suaves auras cariñosa bruma,  
Y la Naturaleza  
Absorta contemplaba su belleza.

Calló la selva y monte,  
Calló el prado, la fuente, el bosque umbrío,  
Cubrióse el horizonte  
De nieblas y finísimo rocío,  
Y un silencio profundo  
Anunciaba la noche al vago mundo.

#### Elisio y Meliteo

Entrando en los rediles su ganado  
Cada uno á su deseo,  
Se alejaron con paso sosegado,  
Y yo me fui á mis lares  
Repitiendo sus rústicos cantares.



---

---

## LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

¡Oh qué apacible y puro brilla el cielo!  
El aura arrulla las risueñas flores  
Vertiendo aromas de su blondo velo;  
Pinta el alba de vívidos colores  
Los frutos que el vergel inclina al suelo;  
Sobre el campo los bueyes mugidores  
Disfrutan en la paz y la abundancia  
Praderas de suavísima fragancia.

La vid abriendo el seno su hermosura  
Derrama por los valles y collados  
En racimos fecundos de dulzura;  
Bálsamos y rocíos nacarados  
Destila el bosque en lechos de verdura;  
Retozan en los tallos delicados  
Los lirios y las rosas, la alba frente  
Coronando al arroyo trasparente.

Los rios visten túnica flotante  
De ámbar y corales guarnecida,  
Reflejando en su espejo vacilante  
El soto, el valle, la montaña erguida:  
Del centro de la tierra palpitante  
Brotó una fuente de placer y vida:  
Alliva, ufana hoy Naturaleza  
Alza el velo á su mágica belleza.

Avecillas, decidme, ¿qué contento  
Enaltece los trinos melodiosos  
Que dais en coro al apacible viento?  
Zagalejos, ¿por qué danzais gozosos  
Al son del grato pastoril acento  
Que el crótalo en contrastes armoniosos  
Modulando los tonos de la avena,  
De selva en selva por las sombras suena?

Pero ¿qué oigo? ¿qué veo? ¡Oh fausto día!  
Nazaret, tus olivos luz esplenden;  
Tu valle es la mansion de la alegría  
De fuego las columnas que suspenden  
El templo hasta los cielos: fuego envía  
El mar de bronce que los toros tienden;  
Tu santuario es un sol, un sol inmenso  
Que arde entre pirámides de incienso.

Los Angeles la escelsa pesadumbre  
En sus alas sostienen, que desplegan  
Cual lluvia fulminando pura lumbre;

Alas que nunca las tinieblas ciegan,  
Puras como la nieve de alta cumbre,  
Albas como los cisnes que navegan  
En lago azul de perlas cristalinas  
Entre nardos y ardientes clavellinas.

Sus cánticos divinos estremecen  
Las colinas del orbe, así diciendo  
Sobre las arpas que su voz acrecen:  
«¿Qué aroma del desierto vá subiendo?  
»¿Qué perfumes las auras enriquecen?  
»¿Qué aurora ven los cielos sonriendo?  
»¡Oh cuán bella! ¡qué hermosa! ¡eres Maria!  
»Delicia del Esposo y su armonia.»

De estrellas tu luciente cabellera,  
Lanzan tus ojos tiernos resplandores,  
Tus mejillas son llamas de la esfera  
Que encienden por dó quier castos amores;  
Copa de oro tu boca placentera  
Que mana rubias mieles entre flores,  
Tu aliento mas que el oleo süave,  
Dios, Dios tan solo tu beldad alabe!

Ven á este Templo, Virgen soberana,  
Acércate á este trono terso y puro,  
Sion te sale á recibir ufana,  
El mundo deja ya su valle oscuro:  
Huye la noche, brilla la mañana,  
Desplégase cual iris lo futuro,

«Los siglos se esclarecen, el averno  
»Retiembla ante la Esposa del Eterno.»

¿Dónde la espada está que defendía  
Los pingües campos del Eden perdido,  
Aquel muro de rayos que corria  
Girando por su cerco maldecido?  
Apagóse, cayó: cayó en la impia  
Cabeza á la serpiente, su estallido  
Cual el de un monte que el volcan rompiendo  
Llena el espacio de pavor y estruendo.

Abres hoy el jardin tan suspirado  
¡Oh nueva Madre, oh Eva incorruptible!  
El llanto por tus hijos derramado  
Atravesó tu corazon sensible.  
Ya en el rio de aloe perfumado  
Bajo un cielo benigno y apacible  
Brotó y estiende el árbol de la vida  
Sus palmas de oro y sombra bendecida.

Los céfiros sus ramas halagando,  
Puros cual los suspiros de las rosas,  
Gozan vivaces por el césped blando  
Las tiernas yerbezuelas olorosas;  
La tierra allí su seno derramando  
Dátiles brinda y pomas saborosas,  
Plátanos, fuentes, aves, bosques, grutas,  
Dulces licores, deliciosas frutas.

Reposan los corderos en los prados ;  
Tórtolas y palomas ronco arrullo  
Resuenan por los montes y collados ,  
Los arroyos mezclando su murmullo :  
El ruiseñor en líricos trinados  
Celebra la inocencia en un capullo,  
El candor y la gracia en la azucena ,  
La humilde viola de virtudes llena.

De la palma inmortal sobre el alteza  
Una escala de jaspe está pendiente,  
Escala de riquísima belleza  
Que enlaza esta mansion al refulgente  
Alcázar de invencible fortaleza  
Morada del señor Omnipotente,  
Por dó bajan, cual rápidas centellas,  
Seráficos mancebos y doncellas.

¡Oh salve, salve Reina gloriosa!  
Hoy te ciñes las cintas de la infancia  
Por restaurar la Humanidad viciosa,  
Dignándote habitar su triste estancia.  
Ella, empero, á tu trono alza piadosa  
Los ojos humillados, tu fragancia  
Purifica su sangre y le da aliento  
Respirando por tí paz y contento.

Tú eres polo de luz, luz inefable,  
Que guías entre escollos sin quebranto  
Firme la nave por el mar instable :

Tú al ibero coronas en Lepanto:  
Al eco de tu nombre venerable  
El Danubio y el Rin con hondo espanto  
Las falanges del turco en sí sorbieron  
Y libertados los de Viena fueron.

Tú en medio á su furor la llama hambrienta  
Rápida por la pólvora volando,  
Súbite paras: frenas la violenta  
Ira del rayo, y al turbion bramando  
Le tornas su corriente clara y lenta.  
Tú embotas de la guerra el hierro infando  
Y al soberbio enemigo que guirnaldas  
El triunfo le ciñó, vuelves de espaldas.

Y los desiertos áridos fecundas  
Brota del arena vivas fuentes;  
Las soledades con tu gloria inundas  
Y púebanse de palmas florecientes:  
Ante el imperio que amorosa fundas  
Humíllense los tronos y las gentes.  
¡ Oh, en la tierra y los cielos sea adorada  
La que nos abre del Eden la entrada!

¡ Doncellas de Israel que en las riberas  
Gemis del Tigris la cadena impía  
Que arrastrais por regiones estrangeras;  
Oh tú, la que á Babel que te pedia  
Canciones de la patria placenteras,  
« Jamas, jamas será, dijiste un dia,

«Falte la voz y séquense las manos  
» Antes de oír mi canto los tiranos.»

Alzad , alzad del sauce la arpa santa  
Sus libres consonancias dando al viento :  
Tras tanto oprobio y servidumbre tanta  
Maria os terna á vuestro patrio asiento .  
Hoy para siempre la cerviz quebranta ,  
Hoy para siempre al monstruo que violento ,  
Ajando al sexo bello su decoro ,  
Le condenó á prision y eterno lloro .

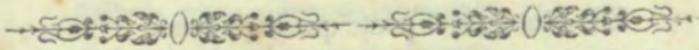
Alegres hoy , alegres al santuario  
Llegad trayendo cándidos pichones  
O puro aroma de áureo incensario  
Que eleven las ardientes oraciones .  
La corona brillante del rosario  
Consagre vuestros tiernos corazones  
A la Virgen y Esposa casta y pura  
Que colocó en el templo la Hermosura .

Ven tú tambien sobre las niveas alas  
Cubiertas del vellon de la inocencia  
Amable infancia , y tus nativas galas  
Ofrece ante la sabia Providencia :  
Con el candor que de tu boca exhalas  
Alaba de Maria la clemencia  
En himnos repetidos y sonoros  
Cual en la Gloria los celestes coros .

Ella hizo huir el ponto que horroroso  
Su largo cuello y voraz vientre abriendo  
Rugia en el Taygeto cavernoso  
Tiernas generaciones engullendo.  
Cerró el mercado en Tebas afrentoso,  
Y los mimbres del Tiber destruyendo,  
« Venid, os dice, hijos muy amados,  
» Venid bajo mi amparo, desgraciados.»

Y os recibe en sus brazos y á su seno  
Como una madre tierna y cariñosa,  
Dándoos el pecho de abundancia lleno  
De eterna vida y crema deleitosa.  
Con óleo suave os limpia del terreno  
Polvo la blanca frente esplendorosa,  
Y meciéndoos en nubes de colores  
Os regala de besos y de flores.





## ALCIRA.

---

Si á mi labio fuera dado  
Cantar tu belleza, Alcira,  
Y las ansias que suspira  
Mi sensible corazon,  
Con laureles inmortales  
Coronara tu alba frente,  
Y cual Diosa, reverente  
Te invocara en mi cancion.

De tus grandes ojos negros  
Cantaria la ternura  
Que ora labran mi ventura  
O me lanzan el pesar;  
Tu mirar ardiente y puro  
Que me inflama, me embelesa,  
Y en deleitosa sorpresa  
Me hace el pecho palpitar.

De tu boca ensalzaria  
Las suaves ondas de aroma,  
Cuando entre rosas asoma  
Tu sonrisa seductor;  
O cuando entre perlas rie  
Bullendo los labios bellos  
Que vibran tiernos destellos  
Como al mecerse la flor.

O las gracias que volando  
En pós de tu talle giran,  
Cual las auras que suspiran  
En la palma virginal:  
O tu pecho de diamélas  
Dó riendo el Dios de Gnido  
Tiene en sombras escondido  
El deleite divinal.

¡Oh virgen bella! Mi canto  
De tu voz imitaria  
La mágica melodía  
Su poder encantador.  
Hablas, y al punto enmudecen  
Bosques, vientos, selvas, prados,  
Los arroyos sosegados  
Páran su ronco rumor.

No á las vírgenes del Pindo  
Invocaré en mis cantares.  
Que tu falda de azahares

Fuente del númen será;  
Y el arrullo de tus besos  
En mis labios abrasados,  
Tus suspiros perfumados  
Mi laud repetirá.



Del Olimpo descienden los Amores  
Sobre nubes ligeras  
Ceñidos de guirnaldas placenteras  
Que destilan suavísimos olores,  
Y en resonante coro  
Las cítaras de oro  
Repiten con celesté melodia.

«Ven, Himeneo, al tálamo  
De púrpura y de rosas,  
Ven, deja las frondosas  
Moradas de Helicon:  
Enciende la flamígera  
Antorcha que fecunda  
Y de placer inunda  
La inmensa creacion.

Posad flotantes céfiros  
Sobre las blandas flores,  
Los juegos bullidores  
Arroyos suspended:  
Mar, tu furor undísono  
Contra la playa enfrena  
Y tu cristal serena:  
Vientos enmudeced.

¡Oh qué sosiego plácido  
Goza naturaleza!  
¡Qué apacible belleza,  
Qué suave resplandor!

Tal en la gruta umbrífera  
En la halda voluptuosa  
De la nocturna Diosa  
Duerme el cário pastor.

Ya la doncella tímida  
Despliega el blondo velo  
Y en amoroso anhelo  
Implora tu deidad.  
Mira sus ojos lánguidos,  
Su boca sonriente,  
Su seno, su alba frente,  
Su mágica beldad.

Cede su mano cándida  
Al venturoso amante  
Que estrecha palpitante  
Su virginal candor.  
Y en deleitoso éstasis  
Suspiran y se inflaman  
Y al suspirar te llaman  
Su Númen bienhechor.

Ven, Himeneo, al tálamo  
De púrpura y de rosas  
Ven, deja la frondosas  
Moradas de Helicon.»

Así cantan: sus alas agitando  
Por el zafireo cielo

De ambrosía las auras perfumando,  
Raudos se alejan del florido suelo.  
Alánzanse de nuevo á las selvosas  
Soledades los vientos: sus corrientes  
Desatan de las urnas cavernosas  
Las cristalinas fuentes!  
Torna el trémulo bosque á sus rumores,  
El arroyo á sus juegos bullidores,  
La mar undosa al resonante estruendo,  
El himno sus Nereidas repitiendo.

---

---

## A TULA.

---

Con nueva lumbre por el cielo estiende  
El día su azulada cabellera,  
Y á su voz despertando  
Sobre nubes de grana  
La jóven Primavera ,  
La nieve de los montes se desprende.  
Crecen los rios y á torrentes mana  
De los campos la paz y la alegría ;  
Créce así mi entusiasmo... ¿qué armonía ,  
Qué celestial encanto  
En sus rápidas alas me suspende?  
¡Oh gloria! ¡oh Lesbos! ¡oh poder del canto!  
Entre bosques de mirtos y de rosas  
Que embelesado el mar ciñendo arrulla  
Y acarician las auras voluptuosas ,  
Oigo, Safo, tu amor en palpitantes  
Sones salir del agitado seno :

El arroyo, escuchándote, murmulla  
Junto á las tiernas flores que anhelantes  
La faz levantan por el valle ameno;  
Aljófares rebosan claras fuentes;  
La pluma encrespan de placer las aves;  
Sus bridones ardientes  
Pára el sol en la nítida llanura;  
Humillanse á tus pies mudos los vientos;  
Las virgenes del Pindo con süaves  
Arpas suspiran en la selva oscura  
Y repiten los siglos tus acentos.

Gigante de los rios  
El Volga sus espaldas colosales  
Sobre praderas húmedas reclina  
Y pasea en el mar su poderio  
Laureado de pinos eternos:  
Mas grande el Amazona  
Por sábanas inmensas se encamina:  
Vé á sus plantas huyendo el oceano,  
Y en su carro de triunfo, soberano  
Ciñe de un mundo la inmortal corona.  
Tal, Safo, tu renombre esplendoroso,  
Tal el de Tula brilla mas glorioso.

¡Salve, Cuba, vergel del Occidente  
Que sombreada por bosques de palmeras  
Y con velos de flores y de aromas  
Te ostentas en auríferas riberas  
Cual risueña odalisca del Oriente!

En tu halda de azahares y á tu seno  
El aire respiró puro y sereno.

Vió la beldad el Genio y sonrióse :  
Ráudo descende de su lúcea esfera  
Sobre los patrios lares ;  
Y con Tula gozoso alzando el vuelo  
Cruza el cerúleo cielo ,  
Llega ufano á la márgen placentera  
Que viste el apacible Manzanares,  
Y uniéndose, de entonces, refulgente  
Arde en su corazon, mora en su frente.

El coro de las Musas deleitando  
Bajo la fresca sombra  
De elegantes acacias  
Al arrullo del limpido arroyuelo  
Sobre la verde alfombra  
Canta en el laud blando  
Que le envidian las Gracias  
Su dulce amor en lánguido desvelo ;  
El florecido suelo  
Que el rubio Abril perfuma  
Con aromosa bruma ,  
La cristalina fuente  
Del Bétis la corriente ;  
La ondeante mariposa  
Qué vá de rosa en rosa ,  
Del rruiseñor la tierna melodía ,  
El rocío de perlas que en las flores

Refleja de la luna los fulgores,  
Del bello cazador la alevosía,  
La mar que hirviendo brama borrascosa.

Ora grave en acentos lastimosos  
Gime del hombre el terrenal destino  
Que enorme peso sobre sí llevando  
Errante por desiertos espantosos  
Camina sin cesar, siempre luchando  
Del mundo contra el recio torbellino:  
Los falaces placeres, sombra vana  
Que mas rauda á su vista desaparece  
Cuanto el triste en seguirla mas se afana:  
El mal que en sus dolores se embravece,  
Y la muerte que hambrienta sus despojos  
Espía en las tinieblas, entre abrojos.

Vedla de pompa y magestad ornada  
Bajo el solio de púrpura que un mundo  
Cubrió bajo su sombra protectora,  
La piedad de una Reina idolatrada,  
Su beldad seductora  
De sus virtudes el raudal fecundo  
Cantar con fuerte acento  
Que llega resonando al firmamento:  
Al Coloso que vió su vasto imperio  
Súbito en leve espuma deshacerse  
Contra roca desierta, al carro atado  
De infame cautiverio:  
O al Poeta de rayos coronado

En sacro templo ante su faz la Tierra  
Cultos rendirle y gratitud ferviente:  
«Sinaí divino que tronando encierra  
«Todo un Dios en su frente.»

¿Pero á dónde las alas revolantes  
Tiende su Númen? A los astros sube,  
Se cierne entre los orbes rutilantes  
Y ya se oculta en alborosa nube.  
¡Ven tú, Querub de fuego, que inspiraste  
El arpa de Sion y la alta gloria  
Del misterioso Jehová cantaste!  
Ven, y de Tula entona los loores  
En tanto que postrado yo á tus plantas  
Mudo te adoro desparciendo flores.

Mas ¿qué aplauso á la esfera se levanta?  
¿Qué himno de gozo las techumbres de oro  
Estremece del ancho coliseo?  
Un pueblo ardiente lloro  
De entusiasmo derrama,  
Un pueblo grande que tu nombre aclama,  
De tu marcha triunfal digno trofeo!..  
Por los campos de Olimpia arrebatado  
El héroe volaba á la victoria  
En rápidos corceles,  
O en soberbia carroza al Capitolio.  
Un mundo alborozado,  
Un mundo era teatro de su gloria.  
Y tú de palmas, de ínclitos laureles

Ves tu sien coronada bajo el sólio  
De augustos Reyes, y animar tu Genio  
Los mármoles y bronce de la Historia.

Empero no á los miseros humanos  
Nos es dado subir á la alta zona  
Y labrar de los rayos soberanos  
Al sacro Númen la inmortal corona.  
Son nuestros mas espléndidos loores  
La luz de un breve dia,  
Del mustio tallo las tronchadas flores,  
Iris que apaga el viento, niebla umbria.  
En sucesion perenne la Natura  
Ostenta su hermosura:  
El sol si se reclina en occidente  
Cubierto por las sombras de la tarde  
Despierta mas vivaz en el oriente,  
Rompe las nubes y por siempre arde.  
Tal del Genio la antorcha sacrosanta:  
Brilla del tiempo en las oscuras ruinas  
Y cada siglo sus loores canta.  
Una mano invisible,  
La mano del Potente  
Le ciñe de aureóla inmarcesible,  
Y pronuncia su nombre que resuena  
Por selvas, pueblos, montes, valles, rios,  
Por las llanuras de la mar hirviente,  
Del ecuador hasta los polos frios  
Y de su gloria el universo llena.

(Madrid, Enero 30 de 1854.)



**EL CESPED.**

---

(IMITACION DE GESNER.)

Arboles magestuosos,  
No, no á vosotros quiero,  
Ni á tí pomposa haya,  
Ni á tí sombrío abeto  
Que altivo la ancha frente  
Ocultas en los cielos:  
No al espumoso rio  
Que desde el alto cerro  
Al valle precipita  
Sus ondas con estruendo:  
Mas caro es á mis ojos  
Este cesped que huella.  
Cual su verdura brilla  
Del dia á los reflejos!  
¡ Con qué murmurio blandø  
El límpido arroyuelo

A esos grupos de flores  
Les prodiga requiebros!  
¡ Cuán bello serpentea!  
¡ Cómo con pié ligero  
Bajo esa verde bóveda  
Se dilata corriendo,  
Y en sus cristales puros  
Que reflejan los cielos  
Ostenta mil colores  
Cual los del iris bellos!

¡ Oh tímida violeta!  
Tu recinto modesto  
Es símbolo del sabio,  
De la virtud recreo.  
Tú encantas los sentidos  
Con tu süave incienso,  
En tanto que á tu lado  
Levántanse soberbios  
La vista fatigando  
Vacíos arbolejos.  
Tú humilde permaneces  
En el oscuro suelo  
Aromas deliciosos  
De lejos esparciendo.

Mas ¿qué flor es aquella  
Que en el márgen ameno  
Del arroyo parece  
Estarse remeciendo?

La púrpura y el oro,  
El claro azul del cielo  
Realzan su belleza  
Que brilla cual lucero.  
Su mágia me arrebató...  
Ya rápida me acerco...  
¡Ilusion veleidosa!  
Placeres de un momento!  
La mariposa tiende  
Su vagaroso vuelo  
Dejando estremecido  
El vástago del trébol.

De abejas zumbadoras  
Allá un enjambre veo  
Que en torno de los tallos  
Dan giros placenteros.  
Sus tesoros les roban  
Hundiendo el fino rejo,  
Y alegres se retiran  
Humedecido el vello  
Que cubre sus cabezas  
De rico terciopelo,  
O ya á un boton de rosa  
En su voluble anhelo  
Halagan, dilatando  
El pudoroso seno.

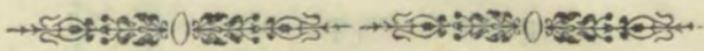
¿Qué bandada retoza  
Sobre el ramage tierno?

Se buscan y se evitan  
Huyen y aguardan luego.  
Ora desaparece  
Entre el verdor espeso,  
Ora á la luz silbando  
Sale en bullente juego.  
El cierzo ya la arroja  
De sus hogares lejos  
La yerba doblegando  
A su impetuoso aliento,  
Y en ella breves ondas  
Levanta como el Zéfiro  
En las volubles aguas  
De espuma sonriendo.

¿A dónde huiré, Dios mio?  
¿Quién viene? ¡á Damon veo!  
Ufano de sus galas  
¡Cómo se engríe el necio!  
Por la naturaleza  
Pasa con pié ligero;  
¡Ha visto veces tantas  
Su májico embeleso!  
Pero él á lucir corre  
Ese vestido nuevo  
Casa de Clóe y Julia,  
Dó agrada por cierto.  
¡Oh, cuál se burlaria  
De mi capricho ciego  
Si viera con las flores

Mi simple pasatiempo !  
Perdóname , elegante ,  
Perdóname , te ruego ,  
Si la ocasion malogro  
De ver ese portento.  
Estaba entretenida  
Mirando aquel insecto  
Subir sobre los hilos  
Del oloroso sérpol ,  
Y desplegar sus alas  
Con rechinante vuelo.  
¡ Qué rico ! ¡ qué galano !  
¡ Qué colores tan bellos !  
Es la Natura injusta...  
¿ Razon tendria ó pretesto  
Para vestir acaso  
Con mas lujoso arreo  
Ese átomo mezquino  
Que arrastra por el suelo ?  
¿ Razon para mirarte  
A tí con menosprecio ?  
Tú , cuya mente libre  
De errores , cuyo genio  
Reputa las costumbres  
Por rancio devaneo ,  
El honor un fantasma ,  
Las leyes vulgar freno.

---



## EL PORVENIR.

«Pueblos, no hay Dios: el ser omnipotente  
Que invocan en su apoyo los tiranos  
Es un ardid de su ambiciosa mente  
Para imponeros yugos ínhumanos.  
A la luz de las ciencias esplendente  
El vicio y la virtud son nombres vanos,  
Fantasmas que forjara su malicia  
Burlando vuestra cándida impericia.

«Sabed que tierras, mares, orbes, cielos,  
Son obra de la gran Naturaleza,  
Cuyo poder en misteriosos velos  
Se oculta á nuestra vista con destreza,  
Y que inmortal, si bien en sus anhelos  
Varia y fecunda, ostenta su belleza,  
Renovando sus galas y placeres  
En infinita sucesion de seres.

«¡Oh pueblos todos, que me estais oyendo!  
Sabed que la justicia verdadera,  
Las leyes, el derecho que rigiendo  
Hará felices la terrestre esfera  
Es vuestro arbitrio: al despotismo horrendo  
Romped la frente con pujanza fiera.  
No mas yugo, saciad vuestros enconos,  
Los templos derruid, caigan los tronos!»

Dijo el impío con potente acento.  
Cual huracan que sobre el mar se lanza  
Las olas removiendo de su asiento,  
Y á las tierras inmensas se abalanza  
De daño, estrago y destruccion sediento,  
Tal á los pueblos su palabra alcanza,  
Y agitadas sus férvidas pasiones  
Clamaron: «libertad á las Naciones.»

Libertad, libertad, esta es la Diosa  
Que invoca en su furor el rauda Sena  
Y en ecos mil por la region fragosa  
Desde Britania hasta los Alpes suena.  
Enciéndese la lucha desastrosa  
Que asombra el orbe, y que de sangre llena  
Los senos espumosos del Atlante  
Que se huye con bramido resonante.

«Es crimen la piedad: el alevoso  
Que aun la abrigare en su cobardè pecho,  
Con suplicio terrible y afrentoso

Por mano de sus hijos sea deshecho;  
Y si alguno al herir dudó piadoso  
Mostrando el corazon en vil estrecho,  
Muera tambien y mueran á millares  
Cuantos indiquen estimar sus lares.»

La Montaña asi habló: montes de ruinas  
Se alzaron sobre templos y palacios,  
Los despojos sangrientos mil colinas  
Formaban en los lúgubres espacios.  
Torpes juzgaron ya las guillotinas,  
Y los verdugos de degüellos lácios  
La nobleza y el pueblo y la canalla  
Mataron al volcan de la metralla.

Las implacables furias en legiones  
Se lanzan del averno, y sonriendo  
Al crimen, á la muerte con canciones  
Van las feroces turbas conduciendo.  
La Galia dejan ya los batallones  
Que es circo breve á su furor tremendo,  
Y prestos, cual sus águilas, la tierra  
Despedazan en recia y cruda guerra.

En sus alas ardientes sublimado  
Un Genio apareció: «Soldados, clama,  
Me aflige el veros en tan triste estado,  
Venid conmigo á dó la gloria os llama:  
Yo os llevaré á un pais afortunado  
Que la abundancia por dó quier derrama;

A un paraiso cual gozó el Oriente,  
Y en lauro eterno ceñireis la frente.»

¡ Italia, Italia! Al Tibre caudaloso  
De arenas de oro sujetó á su imperio,  
Al Rin, al Nilo, al Ródano espumoso,  
A la señora del confin iberio:  
Al anglo, al ruso, al bátavo industrial  
Marcha á imponerles torpe cautiverio,  
Y el que nació proscrito en pobre roca  
Hace, su nombre, estremecer la Europa.

Tal engendró la agreste Samarcanda  
Tambien proscrito aquel *fercz* gigante  
Cuyo furor, cuya ambicion infanda  
Hizo ceñir al mundo el vil turbante;  
Desde el mar Indo hasta la opuesta Isla  
En su carrera rápida y triunfante  
Alzando colosales monumentos  
De esqueletos y cráneos sangrientos.

¡ Diosa de la Razon! esa es tu gloria,  
Esos tus templos, esos tus altares,  
No pasará cual sombra tu memoria  
Que yermos campos y desiertos mares  
Y tanta ruina lo dirá á la Historia,  
Y ella dirá á los siglos los pesares  
Que devoraron cien generaciones  
Siguiendo tus sacrílegos pendones.

¡ Misera Humanidad ! Tal tu destino  
Sobre el cerco inmortal de las estrellas  
Plugo trazar al Hacedor divino.  
El sol te guía con sus luces bellas  
Y progresando siempre en tu camino  
Dejas atrás ensangrentadas huellas ;  
Pero renaces entre mil dolores  
Como entre el hielo el germen de las flores.

¡ Cumbres del Sinaí ! La fuente pura  
De eterna vida de vosotras mana ,  
Palabra de suavísima dulzura ,  
Unico alivio á la miseria humana ;  
En ella encuentra el hombre su ventura ,  
Sin ella toda ciencia es niebla vana ,  
Ella nos sube á la celeste alteza  
Que domina la gran Naturaleza.

Un solo Dios y origen revelando  
Reyes y pueblos establece iguales  
La inicua servidumbre aniquilando ,  
Y uniéndonos con lazos fraternales ,  
Nuestro ser á los cielos elevando  
Nos hace libres , fuertes , inmortales ,  
E infunde con sus sábias prescripciones  
Grandeza y dignidad á las naciones.

¡ Augusta Religion ! Tú sola fuiste  
La que , de las arenas del desierto  
Encumbraste á Israel : tú reuniste

Al nómada vagante en campo yerto  
En torno á tu arca santa, y convertiste  
Su atroz violencia en bienhechor concierto:  
Por tí los pueblos son: por tí es el mundo  
Asilo de la paz, dulce y fecundo.

Tú en las sombrías zonas de Occidente  
Desparciste la luz, con raudo vuelo,  
De estrellas coronada la alba frente  
Atravesando la region del cielo.  
Tú le abriste los templos del Oriente  
Rompiendo pia el misterioso velo,  
Y absorto, sobre el alto Capitolio,  
Te vió el orbe fundar tu eterno solio.

Y allí dijiste: «¡ caígan los tiranos!  
»Libertad, igualdad!» y la señora  
Que cien imperios quebrantó en sus manos  
Al columbrar tu faz encantadora,  
Rindió en tu altar sus triunfos inhumanos,  
Y humildemente tu estandarte adora.  
Estendióse tu voz, cual puro incienso,  
Repitiendo «igualdad» un eco inmenso.

Eco grande, inmortal. El Norte rudo  
Lo oyó sonar en su espaciosa selva  
Y ya embrazando el invencible escudo  
Avanza de las márgenes del Elba,  
Diciendo al mundo de sorpresa mudo:  
«¡ Nunca el imperio de la fuerza vuelva!»

Y redimió del torpe cautiverio  
La vida y el honor de un hemisferio.

¡Dios, libertad! Acentos poderosos  
Que agitaron la Europa, y cual gigante  
Se armó veloz, con impetus briosos  
Cayendo sobre el árabe arrogante,  
Y estendió sus perdones victoriosos  
Del Ebro hasta el Eufrates que anhelante  
Alzó la frente, al ver proeza tanta  
Libertar de Jesus la tumba santa.

Y de igual entusiasmo el pecho lleno  
Se arrojó al mar; impávida cruzando  
De polo á polo el dilatado seno,  
La furia de los vientos desafiandó,  
La lluvia, el rayo, el espantoso trueno,  
Y su voz á los cielos elevando,  
Tierra, gritó, con júbilo profundo  
Y arrancó del olvido un nuevo mundo,

¡Oh ventura! ¡oh gran prez! ¡oh alto destino!  
Que el débil hombre sobre el polvo alcanza  
Guiado de un espíritu divino!  
Siempre el Señor corona su esperanza:  
En pos del borrascoso torbellino  
Propicio envía el iris de bonanza,  
Y tras del cano invierno y noche umbria  
El bello rosicler del puro día!

Ya el Genio comercial alzando el vuelo  
Une dos mundos que arrancó al acaso,  
Y guiado del polo y claro cielo  
De Oriente gira rápido al ocaso:  
Ya cae deshecho el pavoroso velo  
Que encubre á los tiranos; ya el fracaso  
Resuena del oscuro fanatismo  
Sepultando su horror en el abismo.

Sí, que la imprenta cual el sol fulgente  
Llena de luz la dilatada esfera,  
Cual águila recorre raudamente  
El llano, el mar, los montes altanera:  
Volcan arroja su furor ardiente  
Contra la fuerza y la ignorancia fiera  
Y es á los pueblos celestial aurora  
Que sus campos fecunda y mieses dora.

Mas ya sus alas bate, alas de fuego,  
Y tras el sacro Númen que me inspira  
Mi torpe vuelo hácia el Jordan despliego.  
¡Montañas de Sion! templad mi lira,  
¡O Dios! oh Jehová! oye mi ruego:  
Atiende el son que mi piedad suspira,  
Y en gracia de la fé y de tu amor puro  
Dignate revelarme lo futuro.

Diciendo así, süave melodia  
El cielo encanta, el piélago serena,  
Brillando en el oriente un nuevo dia

De luz mas viva que el espacio llena.  
Un coro de querubes repetia:  
«El mundo romperá su vil cadena:  
«Adorará la Cruz: libres é iguales  
«Un nuevo Eden morando los mortales.»

BUENOS AIRES - I MONTVIDEO



A LA PAZ DE LAS DOS REPUBLICAS DEL RIO DE LA PLATA,

## BUENOS AIRES Y MONTEVIDEO.

AL SR. D. FRANCISCO SOLANO DE ANTUÑA.

¡ Maldicion, maldicion al que primero,  
Ciñendo de ira el corazon insano,  
Tiñó de horror el fulminante acero  
En sangre de su hermano !  
Ese monstruo feroz sembró la guerra.  
*Como cedros del Libano crecieron*  
Las envidias, los odios, los rencores,  
La insaciable ambicion con sus furores,  
Y cubrióse de crímenes la tierra.

Entonces el Señor tronó indignado:  
Se abrió su ira cual volcan ardiente,  
El cielo se abatió; huyó espantado  
El mar precipitando su corriente.  
Furiosos de lo alto raudos vientos

Sobre el orbe en tropel se despeñaron,  
Y horrisonos bramaron  
El orbe estremeciendo en sus cimientos.

De su antro profundo  
Salió espantoso el Caos  
Y en espesa tiniebla envuelve el mundo.  
Corrió el impío: huyó azorado el hombre:  
Los templos resonaron  
Con plegarias dolientes, lamentosas  
De pálidos espectros,  
Invocando de Dios el santo nombre:  
Y la Natura toda de horrorosas  
Sombras y lividez la faz cubierta,  
Del seno dolorido  
Arrancó un agudísimo gemido.

¡Orad, orad, mortales!  
Enviad á Jehová el lloroso ruego.  
¡Ay! ya desata el escuadron de males:  
¡Ay! ya retumba con tonante fuego.  
Sus diques eternos  
Rompió ya el océano: ved cual sube  
De espuma y tumbos y de rabia ciego,  
Traga llanos, colinas y montañas:  
Un torrente, un Jordan es cada nube,  
Y con acento fuerte  
Bramando por la tierra dice: ¡muerte!  
Muerte no mas, desolacion, horrores,  
Tristísimos clamores

Del mundo en parasismo...  
Pero ¡ay! que en vano clama;  
Habló el Señor y hundióse en el abismo.

Tan solo el justo, á quien la pura llama  
Corona de virtud, en feble nave,  
Mecida de las auras peregrinas,  
Con claro pecho y con serena frente,  
Flotando vá del orbe entre las ruinas.  
El cielo le sonríe: grata el ave  
De la alma paz y cándidos amores  
Le ofrece ya la oliva reluciente.  
El mar se replegó: brilló la tierra  
Ornada de esmeraldas y de flores,  
Formandó valles y tendidos llanos  
Al pié de la alta sierra;  
Y el sol dulces veranos  
Coronados de espigas y verdores  
Engendró con ardor nuevo y fecundo.  
En brazos de la Paz y en blando lecho  
Por las virtudes hecho,  
Tornó la dicha y repoblóse el mundo.

¿Pero, qué estruendo resonante eunde  
Por las cavernas lóbregas del suelo  
Y del oriente al polo se difunde?  
Tal arrojando su ceniza al cielo  
El Etna se abalanza y bronco brama,  
Los montes bambolean, y espantoso  
Brotó á torrentes la humeante llama.

Enciéndese la mar: luchan y crecen  
Las olas y el furor, y al impetuoso  
Golpe, rocas, escollos desaparecen,  
Playas, reinos, imperios se estremecen.

Así la Guerra truena  
En carro volador: arma de Jérges  
Contra la Europa el brazo fulminante:  
Le seduce, le ostiga á la pelea,  
El orbe ya rendido  
Poniéndole delante.  
Corrió el Asia á su voz; y cuando aclama  
La victoria, y en júbilo se inflama,  
El Asia toda devoró en Platéa.

Ya al beocio, al lacon, al ateniense,  
Al ítalo, al sajón, al godó, al moro,  
Al ibero y al galo, en ráudo vuelo  
De lauros coronados alza al cielo.  
Tal de su presa el águila se abraza  
Y aligera volando al circo de oro,  
La ciñe en torno de la luz gloriosa.  
Súbito empero su favor la niega,  
Y rápida cayendo se apedaza,  
Y de sangre espumosa el suelo riega.  
Del Ganges á la Osa,  
Del Nilo al polo yerto,  
El orbe que la paz embellecía  
Bajo escombros yacía,  
Cual inmenso sepulcro en el desierto.

¡ Oh América feliz ! Virgen celeste,  
Coronada de perlas y de flores !  
Brillante como el sol tu rica veste  
Baña las auras de esplendor y olores.

En la aurora tus timidas doncellas  
Rizan y esparcen tu cabello de oro,  
Ornan tu cuello de mil joyas bellas  
Vertiendo copiosísimo tesoro.

Cubren de alfombras tu palacio augusto,  
Que brilla en arcos de esplendentes soles  
Por dó se enlazan al corintio gusto  
De mil columnas las soberbias moles.

En tu manto estelífero reflejas  
La gloria del gran Ser que el cielo mora ;  
El universo que á tus plantas dejas  
Te aclama por su reina y su señora.

Vestidos de diamantes relucientes  
Y en lechos de corales y zafiros  
En ti reposan las cerúfeas frentes  
Dos vastos mares, de sus largos giros.

Dan á tus playas lluvia nacarada  
Sonando en torno en roncador murmullo.  
Y la brisa de aromas perfumada,  
Y á tu inocente sueño blando arrullo.

Duermes bajo magníficos doseles  
De oro y seda y jacintos purpurinos  
Que guarnecen riquísimos caireles,  
Rosas de sardios y topacios finos.

Vaga en tus labios mágica sonrisa,  
Cual la del alba pura y candorosa  
Cuando las olas cristalinas frisa  
Y tiñe el cielo de su luz hermosa.

Brota tu seno caudalosos rios  
Como mares enormes, que bramando,  
Unos se lanzan á los polos frios,  
Otros por blandas zonas resbalando.

Ora se entregan á los tiernos brazos  
De las frondosas selvas: ya en las faldas  
De las montañas duermen; ya con lazos  
Ciñen las islas, de ámbar y esmeraldas.

Aquí se humillan, mas allá se elevan,  
Y al sol alzando las soberbias frentes  
Corren el circo y de furor se ciegan,  
Coronándose en iris esplendentes.

Y alta la voz celebran su victoria  
En palacios de plata y pedrería,  
Con sonrisa fugaz y perfuntoria  
Espanciendo perfumes de ambrosía.

¡Oh vírgen inocente! En tu retiro  
Creces cual palma en delicioso Edén:  
Blando es tu pecho, tierno tu suspiro,  
Suaves las flores que ornán tu alba sien.

En tus bosques y plácidos vergeles  
Resuena un grato, un celestial rumor.  
Allí tendido en las mullidas pieles  
Te canta el indio paz, amor, amor!

Néctar te brindan de su casto seno  
En copas de cristal las fuentes puras  
Sacando el rostro, de alegría lleno,  
De sus grutas recónditas y oscuras.

Y de noche, á tus selvas misteriosas  
De ángeles baja el refulgente coro,  
Dó elevando sus voces melodiosas  
Tu gloria cantan en sus arpas de oro.

Y cuando ríe en el rosado oriente  
La vírgen de la cándida mañana....

¿Pero, qué ayes, qué lugubres gemidos  
Llenan las selvas de dolor y espanto?  
Agudos alaridos,  
Del bélico cañon el ronco estruendo  
Suceden á la dicha, al dulce canto.  
Tiemblan los Andes, y hórridos rugiendo  
Siembran su ira en la asombrada tierra,

Guerra, diciendo, guerra,  
Y un eco fuerte, inmenso,  
Por el Bóreas aligero lanzado  
Al Plata, al San Lorenzo,  
Con el fragor de un monte despeñado  
Responde á sus acentos: ¡guerra! guerra!

Tened, crueles, tened: no así las manos  
Ensangrentéis en cándidos corderos.  
Hélos huir cual tímidas palomas  
De los halcones fieros.  
Si la virtud á vuestro seno alcanza,  
Contra vuestros tiranos  
Volved mas bien la vengadora lanza.  
Al indio perdonad: él os ofrece  
De sus preciosas minas el tesoro,  
Y asilo protector, y ya postrado  
A vuestras plantas trémulo parece.  
Saciad vuestra ambicion con tronos de oro.  
Mas si algun resto de piedad os finca,  
Si lágrimas conservan vuestros ojos,  
Dejad sin crimen la mansion del Inca.

No con sus láuros la severa historia  
Cinó jamás el yelmo diamantino  
Del guerrero que infama su memoria  
Ejerciendo el oficio de asesino.  
¡Oh! ¡qué ejemplos presentan sus anales!  
¡Cuántos imperios que fundó el acero  
Sepultan hoy horribles arenales!

Y el mismo pueblo que en su triunfo fiero,  
Sobre espléndido túmulo asentado,  
Allá en las nubes ocultó la frente,  
Hélo ya entre sus víctimas postrado  
Cual herido de fiebre pestilente.  
Por siempre al cielo la crueldad inflama.  
Aún lloran los ojos  
De su tremenda ira los despojos.  
Aún el mar en sus abismos brama,  
Vénse los peces en las altas cumbres,  
El marfil indio en el confin siberio,  
Y hácia el Plata el monstruoso megaterio.  
Pero ¡ay! que en vano clamo,  
América infelice!  
Del feroz Viejo-Mundo las legiones  
Tus hijos devoraron á millones.

Y vosotras, bellisimas gemelas (1)  
Que morais entre cármenes floridos  
De rosas, lirios, celtas y diamelas,  
Por las auras suavisimas mecidos:  
Vosotras, cuya jóven y alba frente  
Se coronó de gloria en el oriente  
Con brazo victorioso á ese hemisferio  
Libertando del torpe cautiverio,  
¡Oh reinas de Colombia! ¿cómo pudo  
Vuestra beldad ajar y vuestro nombre  
De la guerra civil el hierro agudo

---

(1) Las Repúblicas de Buenos-Ayres y Montevideo.

Por la ambicion frenética de un hombre?  
¿No era bastante ver el rojo lago  
Que rompiendo sus ramblas, en profundo  
Océano inundara el Nuevo-Mundo?  
¿No el alto, horrible estrago  
Que cubre los sombríos horizontes,  
Donde apenas destella  
De vuestra libertad la turbia estrella?  
¿Ni á lusos, ni á bretones debelados,  
Unos huyendo á los cercanos montes,  
Otros surcando piélagos airados?  
¡Y en dos lustros, con odios tan prolijos,  
La sangre derramais de vuestros hijos!

«¡Ay! no asi culpes nuestro error: el seno,  
«Henchido de abundancia y alegría,  
«Hélo ya estéril, de dolores lleno,  
«Los campos de cadáveres y abrojos,  
«Y en nuestra acerba pena  
«Ni aun lágrimas conservan ya los ojos.  
«La aurora juvenil nos sonreía.  
«En tan sencillos años  
«El Mundo nos mostró su faz serena,  
«Radiante de belleza y resplandores,  
«Y dicha y paz y amor nos ofrecía.  
«Nos sedujo galan; allí en sus aras,  
«Sin recelar del Mundo los engaños,  
«Nuestra pureza virginal perdimos.  
«De placer, libertad y gloria avaras,  
«Al estilo de Atenas y de Roma,

«El gorro frigio y túnica vestimos.  
«¡Oh caras ilusiones!  
«Y en tan vanos arreos,  
«Y en danzas, en festines, galanteos,  
«De la historia olvidamos las lecciones.  
«¡Oh cruel verdad con nuestro mal comprada!  
«Costumbres, religión, no sabias leyes,  
«Labran el bienestar de las naciones:  
«La virtud, la piedad, la fé sagrada,  
«No el gobierno del pueblo, ni de reyes.  
«¡Hoy nuestros hijos con sus propias manos  
«Nos dan al hierro y son nuestros tiranos!»

Dijeron: y un tristísimo alarido  
Rompió los aires, por los ecos graves  
De los montes y selvas repelido.  
Tal en espesa noche, los frondosos  
Campos que riega el Uruguay fecundo  
De las nocturnas aves  
Resuenan con clamores lastimosos:  
Unas imitan los dolientes ayes  
De la afligida madre: otras el lloro  
De un ternezuelo infante abandonado:  
Otras en roneo y trémulo graznido  
De víctima el gemido:  
Y el viajero que oyó tan triste coro  
Por vez primera en el silvestre prado,  
Queda, en tan mudo y lóbrego desierto,  
Helado de pavor y casi muerto.

¡ Desgraciadas hermanas! ¡ Infelices  
Beldades! Ah! vuestro dolor quebranta  
La ira del Señor. Róseos matices  
Fulgura el cielo en su dosel inmenso.  
Ved ya cual se adelanta  
El Angel de la paz, en nubes de oro,  
De sirio aroma y de sabéo incienso  
Envuelta apenas la veloce planta.  
¡ Oh, hermosas, venid! dejad el lloro.  
Hélo, hélo cual brilla:  
Los astros deja atrás: los Andes pasa:  
Ya rápido descende:  
Llama, luz, gloria, sol, la esfera abrasa,  
La esfera por dó hiende:  
Ya se asienta del Plata en la áurea silla.

¡ Gigante rio, que en estrados de ambar  
La magestad inclinas de tu frente,  
De cien provincias rey, vastas y amenas!  
Alza en la mano el húmedo tridente,  
Corre á la mar que con tus olas llenas,  
Y tu voz y tu imperio dilatando,  
Paz anuncia á las zonas,  
Que de verdor coronas;  
Paz á las naves que te van surcando;  
Paz al piélago cimbrío, al eritreo,  
Y allí como en trofeo,  
Del día á la morada,  
Por los austros alígeros llevada,  
Con acento profundo

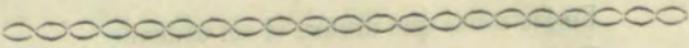
Paz resuenen los ámbitos del mundo.

Ya reflejan tus límpidos cristales,  
Al soplo de los zéfiros festivos,  
En rumbos desiguales  
Las flámulas y bélicos pendones  
Que rinden á tus plantas cien naciones.  
Ya surgen de tus plácidas riberas  
Junto á bosques de aromos y de sauces  
De mil pueblos las cumbres altaneras.  
Ya rompiendo los cáuces  
A tu raudal undivago, espumoso,  
Vierten vida, abundancia y lozanía  
Por vegas dilatadas  
De espigas coronadas,  
Donde el ombú monstruoso,  
Dando abrigo á las fieras,  
Sus brazos á los cielos estendia.  
Y en alas de las Artes placenteras  
Tu nombre se alzará, de gloria lleno,  
Venciendo al claro Tiber y al Ismeno.

Bramas empero en ráuda catarata:  
Mi canto desfallece  
Al hórrido rumor que en ronco estruendo  
Por los cóncavos montes se dilata  
Y cual trueno los aires oscurece,  
Los Andes en su centro estremeciendo.  
En las lóbregas selvas, en los Pampas,  
En el ráudo Amazonas y el Ohio,

En las zonas que abrasa el sol ardiente,  
En los mares que junto al polo frío  
Suspenden su corriente,  
Se oye á un Genio clamar con voz que aterra:  
«¡ Maldicion, maldicion á la ímpia guerra!»





EL SAUCE.

---

✕ Sauce, mi triste nùmen hoy te invoca!  
Tu sombra funeraria  
Asilo de la paz, que mudo inclinas  
Sobre miseras ruinas  
En esta huesa fria y solitaria,  
Tiéndeme ya, que no es mi angustia poca.  
Hoy de tu trono ceniciento al lado  
Llore de los tiranos la injusticia,  
Llore del vicio la falaz caricia,  
Llore del mundo el lastimero hado.  
¡Destino avaro que la dicha oprimes  
Y á la virtud y á la beldad impeles  
A los negros abismos de la tumba!  
Tu brazo de gigante  
Sobre el polvo derrumba  
Robles y cedros, palmas y laureles:  
Cual de la flor el tallo vacilante

Troncha de los palacios las techumbres  
Y de los montes las soberbias cumbres.  
Tú del Vesubio las entrañas cavas,  
Tú sobre el campo bello  
Dó hasta los cielos se abalanza el Teyde  
Súbito lanzas hervorosas lavas:  
Tú tragas en un punto  
Montes, mares, naciones todo junto:  
O ya te gozas en sacar del caos,  
Soplando vida en venenosos vahos  
A inmensa prole de sensibles seres,  
Y cuando atados á tu vil cadena  
Los ves, cansado de variar su pena  
Con tu rayo de muerte al fin los hieres.  
¿Quién al ver tanta ruina y tanto estrago  
No teme de la muerte el crudo amago?  
¿Quién de vivir no tiembla, quién no anhela  
Dejar del mundo el turbulento cieno  
Y bajar del sepulcro al blando seno?  
¿Quién ¡ay! no suelta el llanto  
Y no se cubre de mortal espanto?  
Llora la breve viola que guarnece,  
Sauce, tu tronco umbroso  
Y só la yerba lívida fenece.  
La fugaz rosa aljófares llorando  
Crece del vivo Zéfiro agitada  
Tristes suspiros dando.  
Por la vega el arroyo vá lloroso  
Su alba melena suelta y descuidada,  
Formando con su ruido



Un profundo gemido  
Que resuena en el monte y que repite  
La selva entre sus sombras sollozando  
Del aquilon furioso combatida.  
El ave de la noche dolorida  
Sobre las mustias ramas  
De cipreses y pálidas retamas  
Se queja en triste acento,  
Que repite bramando el ronco viento.  
Empero tú mas mustio y abatido,  
Desmayado y lloroso,  
Creces sobre cenizas sepulcrales  
Siempre, Sauce, en tus ramas funerales  
El velo de la muerte suspendido.

¿Del mal te dueles, dí, que al hombre aflige?  
¿Meditas pensativo y silencioso,  
A los desiertos campos retirado,  
Qué Genio depravado  
Maligno y caprichoso  
Con cetro impío el universo rige?  
¿O compasivo lloras  
De los que viven las funestas horas?  
¿O la matanza horrenda del Tirano  
Vistes, y temes su iracunda mano?  
Pero no... si te inclinas sobre el suelo  
Es para en él hundir tu amargo duelo,  
Libre quedando del rigor del austro  
Que en la nevosa y escarpada sierra  
Al olmo ultraja y con fragor atierra.

¡Oh Sauce amado! Así evitar querrias  
Que marchitando tu verdor luciente  
El sol voraz en el estío ardiente  
Te arrebatase tus amantes hojas:  
Así las nubes rojas  
De fuego llenas que el invierno cria  
Y que derrama por la esfera umbria  
No en tu daño furiosas reventáran  
Ni tu tímida rama amenazáran.

Tu muerte envidie la vecina selva,  
Envidie y llore el valle, el bosque, el lánguido  
Vergel, sus tiernas flores deshaciendo  
Y al aura suave espíritu vertiendo.  
Puro raudal de lágrimas entorno  
Brote la humilde fuente  
Con fúnebres adelfas encubierta.  
Pero vives aun... mi vista yerta  
Tu grave pena, tu congoja mira,  
Tu retiro silvestre y silencioso.  
Entretanto lloroso  
Vendré á tu sombra á suspirar contigo  
Como al piadoso seno de un amigo.

---

## LA AVECILLA.

---

En la cumbre del cielo desplegaba  
El almo sol su lumbre centellante  
Cuando el pálido Otoño despojaba  
Los bosques de su rama susurrante,  
Cuando la tierra de beldad desnuda,  
Sin verdes hojas ni esmaltadas flores  
Al cano invierno trémula saluda  
Combatida de vientos bramadores ;  
Cuando las aves con quejido triste  
Los valles, montes y árboles dejaban  
Y á dó sus galas primavera viste  
Con rumbo cierto el aire navegaban.  
Era de tarde: el Héspero se via  
Delante de la noche desparciendo  
Sus negras sombras y vencido el dia  
Iba veloz por el ocaso huyendo.  
Yo á la sazón en el vergel sentado  
Oí este trino tierno y regalado.

Ayer dulces himnos  
Ufana cantaba  
Y el campo escuchaba  
Mi vario trinar;  
Por montes, por selvas,  
Por llanos vagando,  
Dó quier convidando  
Las bellas á amar.

Mis rápidas alas  
Cual flechas tendia  
Y al lado venia  
De mi ávido amor;  
O ya en blando nido,  
Del nido saltando,  
Tornaba llevando  
Pistilos de flor.

Las cándidas rosas  
Abriendo su seno  
De néctares lleno  
Me daban manjar;  
Su cerco de plumas  
La roja amapola,  
La tímida viola  
Su humilde azahar.

Mas ¡ay! ¿dó se fueron  
Deleites y flores?  
¿Dó estan mis amores?

Piadosos volved.  
En vano los busco,  
En vano los llamo,  
En vano reclamo  
Del cielo merced.

Se fué el inconstante  
Dejando á su amada,  
Llorosa, apenada,  
En grave dolor.  
¡Oh bosques! tornadme  
Su fé, mi ventura,  
Y tanta ternura  
Y tan dulce amor.

Mi triste querella,  
Mi lúgubre acento,  
Se rompe en el viento  
Se pierde en el mar.  
Tan solo responde  
Rugiendo la ola,  
Quedéme yo sola  
Quedéme á llorar.

En este alto pino  
De sombras cubierto,  
En este desierto  
Mi muerte hallaré;  
Y cuando la lluvia  
O el rígido hielo

Despoje este suelo,  
Ya polvo seré.

Ausente, se apaga  
Mi lánguida vida;  
De nadie sentida  
Es triste morir.  
Mas no: busque ansiosa  
Volando consuelo  
Y alivie mi duelo  
Quien me oiga gemir.

Tal vez ¡qué sorpresa!  
Encuentre á mi amado;  
Zeloso, estraviado,  
Errante andará:  
En valle sombrío,  
En selva frondosa,  
O en huerta olorosa  
Gimiendo estará.

Pero ¡ah! ya reo  
Que al alba riente,  
Del olmo en la fuc  
Cantó con ardor.  
« Iréme á los campos  
De luz y ambrosía,  
Dó esparce armonía  
Feliz ruisenior.

Sus márgenes puras  
De mirlos y aromas  
De vides sus lomas  
Ornadas estan:  
Y en cármenes bellos  
Por gasas de flores  
Las aves amores  
En cánticos dan.

Allí las montañas  
Defienden los prados  
De perlas rociados  
De lágrimas, no.  
Que nunca el invierno  
Con planta furiosa  
La falda clivosa  
Del Teide bajó.

Ya apresto las alas  
Y en plácido vuelo  
El fúlgido cielo  
Veloz cruzaré;  
Las olas bravías  
Rizadas de espuma  
Con rápida pluma  
Atrás dejaré.

Llegando, las rosas  
Perfumes vertiendo,  
Su grana tendiendo

Quietud me darán:  
Las ondas azules  
Del manso arroyuelo,  
Mas puras que el cielo,  
Mi sed saciarán.»

Adios, ricos valles,  
Praderas hermosas,  
Zagalas preciosas,  
Quedaos adios.  
Tal vez ¡ay! por siempre  
¡Oh rio! te dejo;  
Volando me alejo  
De mi ídolo en pós.

Asi dió fin al lastimero canto  
El avecilla de su amor ausente,  
Y al sonar por las selvas su quebranto  
Las ninfas se quejaron tiernamente,  
Los zéfiros vertieron puro llanto,  
De tinieblas vistióse el occidente,  
Sin estrellas ni luna, oscuro el cielo,  
Muestras dando tambien de amargo duelo.



## À SILVIA.

Ya las brillantes flores  
Que ostentando su lujo y hermosura  
Engalanaban la estacion de amores  
Recogen su elegante vestidura.  
Deshecha vé en el suelo  
El bosque su verdura  
Y encubren densas nubes vaporosas  
El zafiro purísimo del cielo.  
Las brisas deliciosas  
Sacudiendo sus alas perfumadas  
Huyen amedrentadas  
Al mugido del cierzo que triunfante  
De monte en monte clama resonante.

No á la sombra del sauce reclinado  
En la cañada amena  
De suaves violas y de rosas llena

Suspiraré de amor, Silvia, á tu lado:  
Ni buscaré impaciente  
Tu mirada que ardiente  
Exaltando mi ser, mi fantasía,  
Suplicante á tus plantas me rendía.  
«Oyeme, Silvia hermosa,  
Entonces te decia,  
Atiende cariñosa  
A tu infeliz amante,  
Con labio palpitante  
¡ Ah! déjame besar tu faz de rosa.  
Deja que ciña en deleitosos lazos,  
El que á la misma Cipria envidia diera,  
Tu talle de palmera,  
Y sobre tu regazo recibiendo  
La dicha de los Dioses  
Espiraré de amor en tus abrazos.»  
Y á mis acentos dulce sonreías  
Compasiva cediendo  
A las caricias mias.  
Murmuraba la fuente  
Mi ventura envidiando  
Y su onda pura alzando  
Despeñaba su rápida corriente  
Sobre las flores que á su paso hollaba  
Y de rizos de espuma coronaba.  
El aura desplegando  
Sus alas de oro y luz, dulce ambrosía  
Por el ameno campo desparcía:  
Los pájaros hermosos

Encrespando su nitido plumage,  
Con sus juegos de amor estremecian  
El sonoro ramage,  
Y las ninfas errantes de los bosques  
Nuestros besos ardientes repetian.

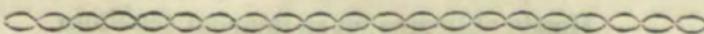
Pasaron ¡ ay! tan venturosos tiempos  
Dejando en pos de sí tristes memorias  
De mis difuntas glorias,  
Y á las tibias auroras sonrosadas  
Otras suceden pálidas y heladas.  
Suenan ya los soberbios  
Hórridos huracanes que enfurecen  
La espumifera mar, y á las montañas  
Las fúnebres tormentas oscurecen.  
El relámpago arroja  
Su moribunda luz, y amedrentada  
La humana especie en su mansion se oculta  
Temiendo hundirse en la espantosa nada.

Así al placer sucede  
El cárdeno dolor, al dulce canto  
El ronco sollozar de acerbo llanto,  
Y á la inquieta alegría  
La horrible convulsion de la agonía.  
Rauda se torna la gentil belleza  
En corva ancianidad, y la nobleza,  
El laureado ingenio,  
La bélica bravura,  
Cuanto en el orbe existe, por ensalmo,

Hunde el tiempo en su inmensa sepultura  
De momento en momento, palmo á palmo.

¿Y solamente tú, mi Silvia bella,  
Tú, cuando todo sin cesar varia,  
Desde el átomo vil hasta la estrella  
Serás en dulce lazo siempre mia?  
¿Verános otra vez la primavera,  
En céspedes de flores reclinados,  
Bajo el sauce frondoso,  
En la cañada amena,  
Por las ninfas del bosque coronados  
De mirto y azucena,  
Tú tierna y yo amoroso  
Renovar nuestro ardor, siempre dichoso?  
¿En medio á ese continuo movimiento  
Firme solo tu amor y estable fuera?  
¡Ay! no; que es vano intento  
Y la dicha del hombre una quimera.





**EL NACIMIENTO DE JESUS.**

---

Regocijaos, pueblos; alabanzas  
Cantad gozosos al eterno Anciano  
Que colma nuestras altas esperanzas  
Enviándonos su hijo soberano.  
¡Oh amor! ¡oh caridad! ¡á cuanto alcanzas!  
Por tí viste el Señor sayal humano,  
Y deja las mansiones de la gloria  
Por esta arcilla vil y transitoria.

La tierra se estremece de contento,  
Destilan de las nubes pastos suaves  
Y sus alas batiendo el manso viento  
Resuena con el gozo de las aves.  
Brilla puro y sereno el firmamento:  
Los llanos, cerros y los montes graves  
Dicen cantando en júbilo profundo:  
«Hosana, hosana Salvador del mundo.»

¡Oh sacra Musa, tú, la que inspiraras  
Al cisne de Sorrento su armonía,  
Oh si mis labios hoy purificaras  
Con viva llama, cual la zarza un día,  
O en un globo de fuego me elevaras  
A las cumbres de luz y melodía!  
Mas puro que el aroma sube al cielo  
Se estendería mi canto por el suelo.

Los pueblos en el crimen paseaban  
De Dios y de sí mismos olvidados;  
El crimen sus entrañas albergaban  
Al oro y al deleite abandonados.  
De la paz en silencio disfrutaban.  
¡Oh! qué paz!.. qué silencio!.. sepultados  
Bajo el hierro yacían, y en los muros  
Velaban sus tiranos mal seguros.

Sobre un monte, soberbia fortaleza,  
Junto al sòlio de pùrpura esplendente  
Entre trofeos de inmortal fiereza  
Alzaba la Crueldad su torva frente,  
Celando con portentos de riqueza  
Sus formas horrosas cautamente.  
¡Una estàtua á su lado entre prisiones:  
¡Era la libertad de las Naciones!

La iniquidad tendió su cetro infando  
Desde el Rin al Eufràtes opulento.  
Cual suelen los torrentes que bramando

Se arrebatan con ímpetu violento  
Las cumbres del Basan bamboleando  
Sobre su corvo y solitario asiento,  
Así rebosa el vicio, la matanza,  
La perfidia, los odios, la venganza.

Fuego y azufre, viento borrascoso.  
Las fieras el desierto abandonaron  
E invadieron ¡oh Dios! tu campo hermoso,  
Y en tus pingües dehesas se alojaron.  
Tus hijos con gemidos lastimosos  
Los ojos y las manos levantaron  
Diciéndote: Señor, Señor despierta:  
¿Tu aljaba dónde está? ¿Tu espada es muerta?

Pero Dios sus lamentos desoía  
A la cima del cielo retirado.  
Quedó la esfera sin su luz sombría  
Y el mundo á sus maldades entregado.  
Un Romano se alzó, y así decía:  
«Yo soy el Dios: oid: seré adorado.»  
¿Es un buen Rey que igual á Numa sea?  
No; el monstruo sanguinario de Caprea.

Y las hijas del Cáucaso salieron  
Con sacro incienso de sus ricas tiendas  
Y en templos de oro y de marfil rindieron  
Al nuevo Dios adoracion y ofrendas.  
En sus aras las víctimas cayeron  
Como lluvia copiosa, si las sendas

Abren las nubes al inmenso lago  
Rompiendo el aire con tonante estrago.

Las fieras sobre el circo aparecian  
Su gula y voraz vientre satisfecho,  
Y las crespas melenas sacudian  
Del peso de la sangre, trecho á trecho.  
Ya el feroz espectáculo desvian  
Por el reposo de su blando lecho,  
Burlando la insaciable muchedumbre  
Que las viera alejar con pesadumbre.

El Tirano se muestra ya indignado  
De tanta postracion, tanta vileza,  
Y retira su asiento del Senado  
Diciendo antes al pueblo con fiereza:  
«Os dejo esa serpiente que he criado...  
»Si fuera vuestra raza una cabeza!  
»¡Oh, yo muriera!..» y descendió al profundo,  
Pero su Sombra dominaba al mundo.

Las rígidas matronas que guardaban  
Su pudor en sagrados ginecéos,  
Desnudas en los templos se ostentaban  
Previniendo los lúbricos deseos;  
Y á sus cándidas hijas enseñaban  
El vicio en los infames coliseos,  
Viendo allí las torpezas de Danæe  
O la escena brutal de Pasifæe.

A Lucrecia, á las castas heroínas  
Y al culto virginal de las Vestales  
Sucedieron las Julias, Agripinas,  
Y el furor de las sueltas Baçanales.  
Asómbranse de Roma las colinas,  
De sacos vé cubiertos sus cristales  
Huyendo, el Tibre, la ciudad augusta,  
Y el vil laboratorio de Locusta.

¡ Oh pueblos! en qué abismo tenebroso  
Sepulta la implacable tiranía  
A los que dejan el sendero hermosa  
Que á las virtudes y la gloria guía.  
Escuchad: en el páramo espantoso,  
Dó gime el Nilo su viudez sombría,  
Lamentan entre ruinas su alto estrago  
Cirene, Menfis, Tebas y Cartago.

Mas ¡ oh Señor! tu ira has remitido  
Y vence á la justicia tu ternura.  
El mundo, el universo es tu sonido,  
Tu amor es tu poder y tu ventura.  
Ya los cielos abates, ya el Ungido  
Desciende desapareciendo lumbre pura.  
Naces, ¡ gran Dios! las esperanzas llenas.  
¡ Naciones, ya rompió vuestras cadenas!

Los coros de los Angeles volando  
El breve cerco de la tierra giran  
Tu natal á los justos anunciando

Y en sus arpas suavísimas suspiran.  
Alabanzas, Señor, te van cantando  
Y por dó quiera tu belleza miran,  
En la luna, en los astros, en la aurora,  
En los campos de flores que el sol dora.

¡Oh salve, salve tú la Inmaculada,  
Doncella de la paz y los amores,  
Columna de jazmines coronada  
Que el cielo inundas de placer y olores;  
Paloma de oro y nácar matizada,  
Estrella de vivísimos fulgores,  
Aljófar sobre blanco vellocino,  
Lirio de perlas, inmortal, divino!

¡Oh salve, salve cristalina fuente,  
Que manas en desiertos arenales,  
Vertiendo por el orbe tu corriente  
La vida con la miel de los panales;  
Alba pura, que llevas en la frente  
Rosas de los jardines celestiales,  
Madre de Dios, su esposa muy querida,  
Ante siglos de siglos concebida!

Mas ¿dónde está el caudillo valeroso?  
Los pueblos las alturas invadieron,  
Tienden la vista por el llano hermoso,  
Siete veces miraron: no le vieron.  
«¿Dó el adalid invicto y belicoso?  
(En ansiedad creciente prorrumpieron)

» Aquel que apagará con gran victoria  
» De Ciro y Alejandro la alta gloria?»

« El que rompiendo con potente brazo  
» El yugo de Israel fiero, inclemente,  
» Llevará por el orbe en breve plazo  
» El templo de Sion sobre su frente;  
» Y fundará con amoroso lazo  
» El imperio mas rico y floreciente  
» Sometiendo por fin bajo su planta  
» Cuanto en la tierra su cerviz levanta?»

Así en las sendas del error decian,  
Por el orgullo y vanidad guiados.  
De un Dios como de un hombre discurrían,  
Y de toda esperanza abandonados  
A su dolor acerbo se rendían.  
¡ Oh mortales ilusos y obcecados!  
El Justo simple, puro, fiel, sencillo  
Viene al mundo cual tierno pajarillo.

Mirad sobre Belen: ved esa estrella  
Que aparece en los cielos, portentosa,  
Cuan viva lumbre de su sien destella  
Ceñida en blondas de carmin y rosa.  
Ved como guia por la márgen bella  
Que arrulla el mar con onda sonora,  
Diciendo: « ved allí, Reyes de Oriente,  
El Enviado y el hijo del Potente.»

En ese establo yace sobre el heno  
Débil infante á padecer nacido  
Sin otro amparo que el materno seno  
Por la indigencia y la humildad mecido.  
Pues ese infante cándido y sereno,  
Bajo sombra mortal oscurecido',  
Es el que viene á libertar la tierra  
De la cruel tiranía y de la guerra.

El que las cumbres del Tabor subiendo  
Alzará el velo de su faz radiante,  
Las aguas del Jordan enardeciendo  
Con arroyos de fuego centellante,  
Y hará bramar con espantable estruendo  
Los montes y la esfera vacilante,  
En lóbrega tiniebla sumergida,  
Al darnos sobre el Gólgota su vida.

Y descendiendo á la region profunda  
En dulce gozo trocarán sus males,  
Al ver la gloria que su rostro inunda  
Los que habitan las sombras baratrales;  
Y en alas de su fé firme y fecunda,  
Abriendo los recintos sepulcrales.  
Volarán á la célica morada  
Por los santos Profetas revelada.

¡Oh Padre, oh tú Señor! Tú tambien fuiste  
El que piadoso sobre el fértil prado  
Vivífica semilla desparciste

Que crece mas que el Líbano sagrado.  
Tú sobre el Olivete apareciste  
De Angeles y Querubes rodeado,  
En la roca, al subir, tus plantas bellas  
Dejando impresas las eternas huellas.

El rayo los altares desmorona  
Dó al crimen adoró el politeísmo,  
Luzbel herido arroja su corona,  
Y grita y se despeña en el abismo.  
Enmudecen los bosques de Dodona,  
Con Venus huye el torpe sensualismo,  
Los lituos y las tripodes estallan  
Y Apolo y Diana para siempre callan.

Ya el Olimpo es un yermo soledoso;  
Los mares abandonan las sirenas,  
Fuentes y rios ya su curso undoso  
No pueblan ninfas de pudor ajenas.  
El castalio raudal no es tan sabroso,  
Ni las selvas del Pindo tan amenas,  
Ni tan bellas las gracias son de Clóe  
Cual la onda luminosa del Silóe.

Del Meonio cantor la augusta lira  
Sobre los campos del Ilion sonando,  
Ni la tierna del vate que se inspira  
Los nombres de los Julios ensalzando,  
Tan alta, tan grandiosa no suspira  
Cual la del Rey, que su dolor llorando

Sobre el viejo Helicon que desaparece  
La eterna gloria de Sion acrece.

Venid, pueblos, traed, traed incienso  
Al que os redime del antiguo yugo,  
Abriendo al mundo un porvenir inmenso:  
Al que salvarnos en sus hombros plugo  
Y ofrece de su sangre el puro censo.  
Torna á la vara de Aaron su jugo,  
Brotá, crece la espesa cabellera  
Y el polvo enlaza á la eternal esfera.

Sentados á su sombra deliciosa,  
En torno al arca de la nueva alianza,  
Himnos cantemos á la aurora hermosa  
Que nos regala próspera bonanza.  
La Paz, la Caridad siempre oficiosa  
Rompa el escudo y la acerada lanza,  
Y en banquete comun ¡pueblos, naciones!  
Libres é iguales disfrutad sus dones.



---

## EL URUGUAY.

Estos bosques ¡oh río placentero!  
De ceibas, sauces, cacias y de aromos  
Que baña tu corriente cristalina  
En sesgo curso, al descender ligero  
De los verdosos y floridos lomos  
A las vastas llanuras que ilumina  
La aurora purpurina;  
Estos risueños prados  
De yerba engalanados  
Que esquivando las sombras de los montes  
Se estienden por inmensos horizontes,  
Ese cielo brillante, espacioso...  
Cuanto veo es admirable, delicioso.

¡Oh tierra bienhadada! En tí Natura  
Derramó de sus pechos la abundancia  
Y con amor materno te acaricia.

En estos campos de eternal verdura  
Mil flores de suavísima fragancia  
Esparcen el contento y la delicia.  
Nunca las auras vicia  
Con su nocivo aliento  
El contagio sangriento,  
Ni la corva vejez torciendo el paso,  
Nos hunde antes de tiempo en el ocaso,  
Que la pradera siempre florecida  
Nos da salud y prolongada vida.

    Cuando el alba despierta en el oriente  
Dejando el lecho de jazmin y rosa  
Entre las ondas de la mar rizada  
Y sacude el rocío de su frente  
Sobre el cabello de la selva umbrosa,  
Los pájaros cantando la alborada  
Me acerco á mi majada  
Donde al verme el ganado  
Balando alborozado  
Me brinda con arroyos espumosos  
De pura leche cual la miel sabrosos,  
Y suelto, con mil juegos placenteros,  
Retoza por los fértiles oteros.

    En paz sabrosa, exento de cuidados,  
Ora tendido en la mullida alfombra  
Junto á la falda de mi dulce Elisa,  
Bajo el techo de ramos enlazados  
Que nos envuelve en regalada sombra,

Me embeleso mirando su sonrisa,  
Su seno que la brisa  
Entreabre y besa el labio  
En tierno desagravio  
Si de Lilia ó de Laura está celosa,  
O al soplo de la flauta sonora  
Que esparce por las selvas el contento  
Páro su fuga al inconstante viento.

Pero ¿quién aquel sauce ha estremecido?  
Veo allí entre el follage de esmeralda  
Un pecho de purísima blancura  
Cual hermosa paloma en blando nido.  
¿Si será Nise ó Cloe ó bien Crisalda,  
O Alcira que las vence en hermosura?  
Que á todas mi ternura  
Como abeja á las flores  
Con iguales ardores  
Responde en estos lóbregos retiros  
Bebiendo de su seno los suspiros,  
En la noche, á la aurora refulgente,  
O cuando vibra el sol su llama ardiente.

¡ Hermosa Julia! ¿qué eres tú mi amada?  
¡ Con qué anhelo mi vista te descubre!  
Ven á mis brazos, rosa de las bellas,  
Y en este valle y plácida enramada  
Que al tierno cespéd con sus sombras cubre,  
Oyendo de las aves las querellas  
Aprende á gozar de ellas.

Imita su ternura,  
Su fuego, su ventura,  
Y conmigo ensayando sus caricias  
Inúndeme tu amor en mil delicias.  
Ya vienes, si, te abrazo.. ¡oh qué consuelo!  
¡Qué gozo! ¡qué placer! Tú eres el cielo.

JULIA.

Reposa en mi regazo tu alba frente.  
¡Oh cuán dulce es tu beso! ¡Cómo inflama  
Mi pecho! ¡su murmullo cuan suave!  
No al adormirse el sol en occidente  
El cariñoso arrullo con que llama  
A su pareja bajo el olmo el ave,  
No entre espumas la nave  
Bulle tan amorosa  
La onda sonora  
Al deslizarse por el blando río,  
Como es dulce tu beso, Alcino mio.

ALCINO.

¡Oh bosque, oh prado, oh vida bienhadada!  
Pero sigue tú el canto, Julia amada.

JULIA.

Estos prados henchidos de verdura  
Que pastan mas rebaños que hay de estrellas,  
Y mas vacas que flores en los prados,  
Estos rios y arroyos de agua pura  
Que bañan vegas, bosques, selvas bellas,

Formando mil espejos plateados,  
Los risueños collados  
Y las tendidas lomas  
Que esparcen mil aromas  
Ornados de guirnaldas y de flores  
De varias y bellisimas colores,  
De tantas islas la florida planta,  
Tode halaga, mi Alcino, todo encanta.

Dó quiera los zagales venturosos  
Hallan espesos pastos al ganado  
Sin mas trabajo que mudar de asiento;  
Dó quiera ejidos de pacer sabroso  
Que la enojosa linde aun no ha cortado,  
Dó quiera abundantísimo alimento:  
Y en perenal contento  
Ven deslizar sus dias  
Como las ondas frias  
Que suavemente por la vega llana  
Sonrien al suspirar de la mañana,  
Retratando los árboles y flores  
Y del cielo la lumbre y resplandores.

ALCINO.

Mira, mi Julia, mira esos bridones  
Que corren por la plácida llanura  
Prestos, vivos, volando arrebatados  
Cual por la mar soberbios aquilones.  
Mira, por donde pasan, la aura pura

Vestirse de mil pájaros dorados  
Huyendo amedrentados.  
¡Oh qué riqueza y galas  
Desplegan en sus alas!  
¡De púrpura y azul y nacar y oro,  
Qué bello y variadísimo tesoro!  
Ora se agrupan, ora allá se estienden,  
Ya suben á las nubes, ya descenden.

Vé alzarse de la cándida laguna  
A la llama del astro luminoso  
Ligera bruma de flotante gasa  
Pálida cual la luz de la alba luna.  
La verde frente del vergel frondoso  
De puros nardos cariñosa enlaza:  
Ora á la selva abraza:  
Ya en sosegado vuelo  
Por el sereno cielo  
Sube del monte á la fragosa altura,  
Y allí del vivo Céfiro agitada  
Cae mojando la yerba perfumada.

¡Oh qué bella, qué rica en este suelo  
Se ostenta por dó quier Naturaleza!  
Aqui conmigo, Julia, aqui postrados  
Adoremos al Ser que mora el cielo.  
¡Oh Señor que nos diste con largueza  
Estos valles y bosques y estos prados  
De bienestar colmados!  
El ruego fervoroso,

¡ Oh Padre bondadoso !  
De nuestro corazon reconocido  
Sea, cual de tus hijos atendido.  
¡ Ah ! nunca aqui penetren las maldades  
Que afligen á las miseras eiudades.



## EL COLERA MORBO.

A LA MEMORIA DE MI CARO SOBRINO EL LICENCIADO

DON ESTEBAN CAMBRELENG.

¡ Triste es la suerte de la raza humana !  
El llanto anuncia su azarosa vida,  
Y es de agudos dolores combatida  
Desde el primer albor de la mañana.  
Crece en edad y la desdicha crece,  
Y aun cuando radiosa de hermosura  
De fuerza y juventud su sien parece,  
Es ráudo sueño su falaz ventura.  
Fugitivo el placer, cual pavon vano,  
Desplega al aura las brillantes alas,  
Corre hácia él en fatigoso anhelo...  
Pero al tenderle la abrasada mano  
Solo polvo y dolor halla en el suelo.

¡ Ay cuánto de agonía, cuántos males  
Por cuántas zonas con su lumbre baña  
El rojo sol, con implacable saña  
Acosan á los míseros mortales!  
Guerra les mueve el tormentoso viento,  
El mar en sus abismos resonante,  
El fuego devorante,  
Y Natura indignada en su ruina  
Derroca hasta los montes de su asiento.  
Mas clama en vano su penar profundo,  
Que en castigo la cólera divina  
De grave crimen lo lanzó á este mundo.

No basta que en su daño conjuradas  
Las fuerzas materiales se presenten,  
Ni que acerbas dolencias abortadas  
Por el averno, su desgracia aumenten,  
Ni que la Muerte á la region sombría  
Estendiendo sus redes insidiosas  
Arrebate millares cada dia:  
No, que se mate en desastrosa guerra  
Y de sangre y horror llena la tierra.  
La Historia á mas con voces lastimosas  
Nos refiere catástrofes horribles,  
Funestos cataclismos, desusados,  
Cuyas huellas aun estan visibles.  
Bien asi el gigantesco Chimborazo,  
Que la espalda de un mundo estremeciendo,  
Sobre campos ardientes

Vierte su furia en ígneos torrentes  
Tragando valles con horrible estruendo.

Y en medio de este vórtice furioso  
De muerte y destruccion ¿qué son los goces  
Para aliviar pesares tan feroces?  
En vano con su velo esplendoroso  
Vestida de oro y luz, perlas y grana  
Se nos sonríe la gentil mañana:  
En vano ostentan su matiz las flores,  
Dános el árbol sazonado fruto,  
La mar y el suelo pródigo tributo,  
Si aquejados de angustias y dolores  
Es nuestro cuerpo túmulo sangriento,  
Dó se hunde nuestro ser cada momento.

¿En qué region, risueña la Natura  
Mas vienes derramara? ¿Su hermosura  
Dó ostentó mas variada y lisonjera  
Que del Gange en la plácida ribera?  
Debajo un cielo fúlgido y sereno  
Perfumado de esencias peregrinas  
Se alzan fertilisimas colinas  
Que pueblan bosques de verdor ameno.  
Mil árboles y plantas aromosas,  
Palmas, canelos, ananás sombríos,  
Frutas, manjares, pastas deliciosas,  
Altas montañas, caudalosos rios,  
Mieses que dan el fruto sazonado  
Cinco veces al año sin arado,

Rocas de oro, diamantes, pedrería,  
Y cuanto el orbe encierra  
Desde la Australia á la Laponia fria  
Enriquecen la patria afortunada  
Que fué de nuestros padres habitada;  
Y allí, sus infelices moradores  
Por librarse del peso de la vida,  
Se entregan de la pira á los ardores  
O del Carro á la cólera homicida.

¡Oh Espíritu del mal! Tú al monstruo horrendo  
Que devora los pueblos y naciones  
Engendraste en tan fértiles regiones.  
Tú le diste el poder del leon rugiente  
Que allá en las selvas de Numidia vaga,  
El veneno y ardid de la serpiente,  
Y en su boca pusiste horrible plaga.  
Orgullosa se alzó: tembló la tierra  
Y sediento de sangre y de esterminio  
Contra el débil humano  
A guisa de tirano  
Solo respira mortandad y guerra.

¡Misera Humanidad! ¡Viuda llorosa,  
Que andas por el desierto sin amparo  
Cargada con tus hijos infelices,  
El labio ardiente, lastimado el seno,  
Lívido el rostro, el pié de heridas lleno,  
Demandando piedad con voz medrosa!  
¿Quién te defenderá? ¿A tus gemidos

Quién prestará benévolos oídos?  
¿Quién ¡ay! acá en el suelo  
A tu aflicción ofrecerá consuelo?

El Asia ya recorre  
El Cólera feroz, su negro carro  
Por árabes corceles conducido,  
Al viento embravecido,  
Al rayo que derriba la alta torre  
Vence en fuerza y raudez: cual trueno cruge,  
Cual fiera en el desierto hambriento ruge.  
En sangre tintas las fluctuantes olas  
Llevó el mar á las playas españolas.  
El Asia enseñoorea  
De Mármara á Bering, y al Himalaya  
Sublimándose ufano  
Celebra su victoria,  
Y en contemplar su imperio se recrea.

Allí, tendiendo la ambiciosa mano  
Ansioso de eclipsar la triste gloria  
Que con sus huestes adquirió el Romano,  
Y borrar de lá Historia  
Las proezas de cien conquistadores  
Que aspiraron del orbe á ser señores,  
Soberbio exclamó: «la Tierra es mia,  
Desde dó nace hasta dó muere el dia.»

Y se lanza á la mar: nave velera  
Le conduce de Europa á la ribera.

A su nombre la Europa se estremece  
Y de terror y espanto palidece.  
Cual inflamada hoguera  
Que al viento arroja la sonante llama,  
Y el viento estiendo y con furor derrama,  
Del mar de Calpe hasta el opuesto seno  
El Mónstruo sopla su letal veneno.

¡ Cuántas muertes allí, cuantos horrores!  
Por sus hijos las madres descarnadas  
Morir envenenadas,  
Y los hijos á par, sus manos frias  
Tenderles en convulsas agonias,  
Y todos ¡ ay! en hórrida balumba  
Convertir el hogar en ancha tumba.  
Solo miraban por dó quier los ojos  
Funerales despojos:  
Cadáveres las casas invadian,  
Y en las calles y plazas se agrupaban,  
Y de la tierra los profundos senos  
De cadáveres llenos  
En horribles pirámides se alzaban.  
Una niebla espesísima cubría  
La incierta luz del fugitivo dia.

Ya al mundo de Colon las alas tiende  
El Monstruo por el mar embravecido  
Y á las riberas húmedas descende  
Del libre y opulento Estado-Unido.  
Como recio huracan allí se estiende

Que añosos robles lanza á su bramido  
Y desde York á la Nevada Sierra  
Lucha, vence, derroca,  
Rinde, mata ó aterra  
Con el hálito infesto de su boca.  
Al Númen comercial la muerte lleva,  
Y en sus despojos con furor se ceba.

¡ Hermosa Cuba, rica y esplendente!  
Tú que orlada de puras azucenas  
Y tiernos mirtos la divina frente  
Colmas á tus ardientes moradores  
Del néctar celestial de tus favores,  
Y al ibero león á manos llenas  
Con lealtad constante  
Ornas de ricas joyas sus melenas,  
¿ También tu seno amante  
Emponzoñado está? ¿ Tuerces los brazos,  
Las perlas de tu cuello hechas pedazos,  
El cinto de las Gracias desceñido,  
Y lanzas ¡ ay! desgarrador gemido?

¡ Piedad, Cielo, piedad! detén tu ira:  
Vé su beldad, su encanto, su inocencia,  
De su virtud el ramo floreciente  
Que entre sus manos de dolor espira:  
Abre ya tu clemencia  
A los acentos de su voz doliente,  
Y huya el Monstruo espantado  
Al país de los Cafres habitado.

Pero ¡ay! que ensordeciendo á tu plegaria  
Te entrega á su fiereza sanguinaria.

Plácida paz y divinal contento  
Reinaba en las regiones fortunadas  
Donde las brisas de fragante aliento  
Serpean por los valles y cañadas,  
Y los arroyos con fugaz murmullo  
Imitan de la tórtola el arrullo,  
Las plantas, bosques, pájaros y flores  
Convidando al deleite y los amores.  
Por las olas atlánticas mecidas  
Brilla en sus playas amorosa espuma,  
Y en sus cumbres al cielo enaltecidas  
Alguna vez la vagarosa bruma.  
Con áurea balanza el blondo día  
Igual las sombras y la luz partía:  
Serenos y puro estaba el almo cielo,  
De vida henchido el abundante suelo.

Cuando saliendo cenicienta nube  
De la africana costa malhadada  
A las montañas lentamente sube  
Que cercan la ciudad del Guiniguada.  
Cual fúnebre crespon se va estendiendo,  
Y la mar y las cumbres envolviendo.  
De los canes los lúgubres aullidos  
Que muertos en las calles se encontraban,  
De fatídicas aves los graznidos  
Alguna plaga horrenda presagiaban.

Ya el Cólera alevoso se encubría  
En miserable albergue, dó su presa  
Acechando en silencio, revestia  
Su horrible cuerpo de tiniebla espesa.  
Pero así que su nombre pronunciaron,  
A la lid se arrojó, de miedo ageno,  
E indómito bridon, sus piés lanzaron  
Rayos corriendo la ciudad sin freno.  
Huyen dispersas en incierta fuga  
Mil familias gimiendo horrorizadas  
Cual tímidas palomas en bandadas,  
A su pesar dejando  
Postradas y dolientes  
Las caras prendas de su amor ausentes.

Pero no hay salvacion, no hay esperanza.  
¿A dónde huir, ó donde guarecerse?  
¿De qué amparo valerse  
En esta infausta isla del Atlante,  
Si desde el mar á la enriscada sierra  
Tiende su brazo el Cólera gigante,  
Y sin descanso en su indomable guerra  
Todo lo abarca y con furor lo aterra?

¡Desgraciada ciudad! ¿dó estan tus hijos?  
¿Qué es de su amor y su filial ternura?  
¿Dó los cariños tiernos y prolijos  
Con que tu escelsa frente engalanaban  
Cinéndote coronas inmortales  
Y de tu puro seno acrecentaban

Los hibleos y vivificos raudales?  
¿Qué se hicieron el gozo y la ufanía  
Con que en medio de lirios y de rosas  
Tu alba faz á la aurora sonreía?  
Pero ¡ ay ! que no respondes,  
Y con dolor escondes  
Tu rostro entre las sombras de la muerte  
Cayendo en convulsiones horrorosas.  
Mueres, Patria querida,  
Mueres ¡ oh Patria ! mueres maldecida,  
Sin consuelo, desierta, delirante,  
Tu voz entre sollozos espirante,  
Sin tener una losa funeraria  
Que diga al mundo: «Yace aquí Canaria.»

« ¡ Dios de piedad ! atiende su agonía ;  
» Oye los tristes ayes, los gemidos  
» Del huérfano infeliz, el justo ruego  
» Que la inocencia, la virtud te envía.  
» Aplaca los horrores  
» De tu indignada diestra  
» Y tu apacible paz, Señor, nos muestra.  
» Cante el pueblo ya salvo tus loores :  
» Sosiéguese tu ira :  
» Acoge ya piadoso,  
» De amor ardiendo en la inexhausta pira  
» Al pecador lloroso.  
» Si vidas mas exiges todavía,  
» Hierde, hierde, Señor: toma la mia.»

De hinojos así oraba  
Por su afligida grey el Pastor santo,  
Y el coro de los Angeles llevaba  
A Jehová sus preces y su llanto.  
Gozoso al ver la auréola divina  
De la virtud y caridad ferviente  
Brillar cual sirio en su bondosa frente,  
El rostro al suelo inclina:  
Mira su fé, su celo, su ardimiento;  
Vélo apastar el trémulo ganado  
Que insaciable devora el lobo hambriento,  
Y tranquilo regir en tanta ruina  
El pastoral cayado  
Como es el justo, que jamás se altera,  
Aunque estallando se hunda la ancha esfera.

Díctame, Musa, líricos loores;  
Dáme la palma en qué ceñir la frente  
A las nobles é ilustres heroínas,  
Cuya piedad venció tantos horrores.  
Cual en el yermo solitaria fuente  
Que derrama sus ondas cristalinas,  
O abundante rocío  
Sobre las mieses que agostó inclemente  
El fuego del estio,  
Tal su fecunda caridad que mana  
De los sagrados montes en el cielo,  
Prestando alivio á los feroces males  
Que aquejan á los míseros mortales,  
Crece y se estiende por el mustio suelo.

¡Oh eminente virtud! Nobles hermanas!  
La Humanidad bendice vuestros nombres  
Y Canaria hondamente conmovida,  
De gratitud vertiendo dulce llanto  
Os bendice también. ¡Oh si á la Historia  
Rigiese la razón! Cediera entonces  
El Coloso del Sena sus laureles  
Sangrientos y crueles  
Por vuestra justa, inmarcesible gloria!

Empero ¡ay Dios! ¿qué lúgubres lamentos  
Y llantos, y tristísimos gemidos,  
Y horribles alaridos  
Interrumpen mis débiles acentos?  
¡Ah! sois vosotras, madres congojosas,  
Que lamentais á vuestros caros hijos  
De vuestros tiernos brazos arrancados  
Por la muerte cruel. Tristes esposas,  
Vosotras que por siempre tendreis fijos  
Los ayes apagados  
El postrimer adios que moribundo  
Os dió el esposo en su dolor profundo.  
Huérfanos, sois vosotros, inocentes,  
Que vais por el desierto sollozando,  
Piedad, piedad á todos demandando  
Al rigor de los cierzos inclementes.  
Y es la Patria... mas no, mi voz te nombra,  
Pero eres solo lívido esqueleto,  
Espectro sepulcral, fantasma, sombra,  
Que en ese yermo y solitaria tumba,

De tus amantes hijos (1) la morada,  
Gimes desde la noche á la alborada.

---

(1) Los hijos á que alude el verso son: los Licenciados D. Esteban Cambreleng y D. Juan E. Doreste. ¡Oh vosotros, que habeis sido arrebatados por la muerte en la flor de la juventud, cuando la Patria se envanecía con vuestros talentos y virtudes, ya que no teneis siquiera una losa, á donde vaya á derramar lágrimas, aceptad al menos este humilde homenaje de mi tierna amistad!

---

---

## EL PASEO.

### MIRTILO Y SILVIA.

¡Oh blondo Julio de cabellos de oro!  
Cuando entre blancas nubes te divisa,  
Abre la tierra su ardoroso seno,  
Flora te mira con jovial sonrisa,  
Cantan las aves en alegre coro,  
Muéstrase el campo de esmeraldas lleno;  
Sus brilladoras galas ostentando  
Los montes, selvas, bosques y vergeles  
Coronados de frutas y de flores,  
Salve, te dicen, con murmurio blando,  
Y esparciendo purísimos olores  
Te brindan sus espléndidos doseles.  
¡Oh, salve Julio! cual un Dios alado  
Bajas del cielo, jóven, vivo, ardiente,  
En vuelo arrebatado  
Ceñido de abrazadas clavellinas,

Suelta al aire la túnica esplendente  
Bordada de mil flores purpúricas  
Y en la mano el fecundo  
Rayo, que llena de abundancia el mundo.  
Llegas, y siente la gentil Natura  
Palpitando de amor el ancho seno,  
Seno que inundas con tu llama pura,  
Cuando al ceñirla entre tus rubios brazos  
Y alzar el velo á su regazo ameno  
Goza de amor los deliciosos lazos.

Corre en raudales de placer la vida.  
Mieses y frutos y racimos bellos  
Brotan dó quiera vegas y montañas.  
Nace Pomona en la estacion florida  
Creciendo con los plácidos destellos  
De la luz tibia con que el cielo bañas.  
¡ Oh cuánto me complace  
Ver las moras, cerezas, guindas, peras,  
Higos, pomos, y limas olorosas,  
Y tanta copia y profusion que pende  
Del verde ramo en el risueño enlace!  
El trigo brilla en las tendidas eras,  
Y entre galas pomposas  
Sobre el sulco el mais soberbio asciende.

¿Qué dulce melodía  
Llena el espacio del sereno viento  
De placer y alegría  
Y sube al luminoso firmamento?

Sois vosotros, cantores de los bosques,  
Que vívidos saltando  
En el ramage blando  
De esos olmos frondosos,  
Con himnos sonoros,  
Ya rápidos, ya graves,  
Armónicos y suaves  
De gratitud y amores,  
Al divino Hacedor cantais loores.

Sois vosotros, zagales inocentes,  
Que en las umbrosas faldas  
Bordadas de esmeraldas,  
Sin cuidados ni penas  
Sonais dulces avenas  
De rosas coronadas vuestras frentes,  
Y que ora en lidios tonos  
De celeste dulzura  
Al blando son de la corriente pura  
Con amante ternera  
Rendis de las pastoras la belleza,  
O ya en subido acento  
De sagrada armonía  
Que resuena en el monte y selva umbria  
Y rápido en sus alas lleva el viento,  
De gratitud y amores  
Al divino Hacedor cantais loores.

Yo solo aqui fatigo  
El eco triste en mi laud sonoro,

Sin tí, Silvia, sin tí, mi dulce prenda;  
Yo sólo no consigo  
Tu desden ablandar ni con mi lloro  
Que fuera siempre á Venus grata ofrenda.  
Tres veces de las cumbres presurosa  
Bajó á los valles la deshecha nieve  
En ondas á la mar, turbia, espumosa,  
Y aun mi tímido labio no se atreve  
A decirte el amor, el amor ciego  
Que me consume en silencioso fuego.  
En vano, sí, tu lánguida mirada  
Húmeda de deleite, á hablar me incita,  
En vano tu sonrisa perfumada,  
Tu blanco pecho que por mi palpita.  
¡Oh Céfiros, que libres á las flores,  
Entre sus tiernos tallos murmurando,  
Libres á todas les habláis de amores;  
Arroyuelos, que en juegos licenciosos  
Acariciáis las suaves yerbezuelas  
Amor diciendo con susurro blando;  
Avecillas, que en trinos melodiosos  
Sobre lechos de rosas y diamelas  
Publicáis los secretos amorosos;  
Dadme vuestra licencia y ardimiento  
Y correré, cual corre el presto gamo,  
Mas rápido que el viento  
A decir á mi Silvia: «yo te amo!»

Aquí Mirtilo en su cantar cesó,  
Y volviendo la vista á la enramada

Que guarnece la choza de su amada,  
Por entre flores asomar la vió.

Ella al oír los sonos conocidos  
Que por los prados esparció el laud,  
Sale gentil brillando en los egidos  
Como la luna en la región azul.

Llegaron á la margen de la fuente  
Cuyo cristal allí se vé lucir,  
Y al encontrarse, una mirada ardiente  
Hizo sus pechos de placer latir.

Rompió el silencio la doncella hermosa,  
Y sus mejillas purpuró el rubor,  
Vamos, le dice, por la selva umbrosa  
Donde entre sombras canta el ruseñor.

¡ Oh qué perfumes de su seno exhala  
Mecido por las auras el vergel!  
¡ Oh cuántas perlas la onda le regala  
Al deslizarse rápida por él!

En torno vagan sueltas mariposas  
Burlando de las flores el candor,  
Ora acarician á las blandas rosas,  
Ora al mimo, al jazmin y al girasol.

En aquel olmo roncas tortolillas  
Con dulce arrullo escúchalas gemir;

Vé cual se besan; tiernas avecillas,  
¡Oh si yo fuera, cual lo sois, feliz!

Mira, Mirtilo, de este fresco otero  
Qué bello el campo tiende su verdor,  
El monte, el valle, el bosque placentero  
Todo sonrie, todo inspira amor.

MIRTILO.

¡Oh sí, mi hermosa! Entrémos á esta gruta  
Cubierta de verdura y gentileza,  
Y aquí á mi lado á tu placer disfruta  
De tan variada y mágica belleza;  
En tanto que yo admiro de tu frente  
La madeja sutil en ondas de oro  
Flotando por la espalda trasparente,  
Y postrado á tus plantas, yo te adoro.

SILVIA.

¡Ay! no me halagues mas... ¿qué temblor siento  
Mis miembros agitar, dulce Mirtilo?  
Mis ojos ya no ven; ¡oh qué contento  
Palpita el seno! deliciosa llama  
Mi rostro enciende y toda mi alma inflama.  
Dáme en tus brazos generoso asilo,  
Que en lánguido desmayo desfallezco.

MIRTILO.

¡Oh mi Silvia, mi amor, mi bien, mi Diosa!  
Aquí tendida sobre el musgo blando  
Sobre mi pecho tu cerviz reposa,

Y yo tu boca de azahar besando,  
En mi insaciable y férvida ternura  
Beberé de su nectar la dulzura.  
No al cazador que en el estío ardiente,  
Envuelto en polvo grave sed fatiga,  
Es tan sabrosa el agua de la fuente,  
Ni al yerto campo que el calor ostiga  
El rocío del alba nacarado,  
Cual me es dulce tu beso regalado.

SILVIA.

¿Vés la paloma que el pichon codicia  
Si con arrullo tierno y amoroso  
Las alas sacudiendo, la acaricia,  
Cual se aduerme con sueño delicioso?  
¿Vés la cordera trémula rizarse  
Al blando halago del cordero hermoso,  
O las flores al Céfiro doblarse?  
Son sus goces, bien mio, sombra breve  
Del que mi labio de tu labio bebe.

MIRTILO.

¡Oh gruta del placer y la ternura!  
¡Oh Céfiros, oh aves, oh arroyuelos  
Que me disteis de amor el libre arrojó!  
A vuestro amparo debo mi ventura.  
Ardiente Julio que el pellico rojo  
Vistes de Apolo en los serenos cielos,  
¡Oh! yo te adoro; nunca transitoria  
Volará de mi pecho tu memoria!

## EL AMOR FILIAL.

(IMITACION DE GESNER.)

Sobre la márgen florida  
De una fuente sonora  
Que reflejaba la luna  
En sus transparentes ondas,  
El feliz Damon gozaba,  
Limpio el pecho de zozobras,  
Del fin de un sereno día  
La frescura deliciosa.  
Naturaleza en silencio  
Con su beldad seductora  
Sus sentidos encantaba  
Dejando su mente absorta.  
El sombrío azul del cielo,  
De las praderas la alfombra,  
La calma que solo turba  
Con sus quejas melodiosas  
El ruiseñor en las selvas



Que vierten limpido aljófár,  
Distraido le tenian,  
Y distante de su choza;  
Mas pronto al valle regresa  
Dó vió la primer aurora.

Frente está de su cabaña  
Un toldo que con sus sombras  
De los rayos le defiende  
Que inflamado el sol arroja.  
Alli vió á su anciano padre  
Que sobre el cespced reposa,  
Y dulcemente durmiendo  
La sien en su brazo apoya.  
Ya Damon su vista fija  
En este objeto que adora,  
Y con respeto le admira,  
Venerando su persona;  
Ya sus ojos á los cielos  
Dó su emocion le trasporta,  
Que tiernas lágrimas vierten,  
Alza por entre las hojas.

«¡ Oh mortal, cuya existencia  
Me es tan cara, tan preciosa!  
¡ Oh tú, despues del Señor  
La mas estimada joya!  
¡ Oh mi bienhechor, mi amigo,  
Mi padre, mi vida toda!  
¡ Qué tranquilamente duermes!

¡Qué pacífico reposas!  
¡Qué suave calma te infunde  
Tu inocencia candorosa!  
Al cielo á ofrecer veniste  
Bajo esta frondosa bóveda  
El rico feudo, el incienso  
De tu gratitud piadosa;  
Pero el sueño sorprendido  
Te habrá en tan augusta obra.  
Sin duda mi nombre unías  
A tu oracion fervorosa.  
¡Oh qué afortunado soy!  
El Señor tus votos oiga.  
¡Ah! sí; grato los escucha,  
Los recibe y los corona:  
¿Pues de otro modo estaria  
Nuestro techo libre ahora  
De los borrascosos vientos,  
De la tormenta furiosa?  
¿Ni cómo el cielo propicio  
Riera á esta fértil zona  
Agobiando bajo el fruto  
Las ramas que al suelo tocan?  
¿Por qué vierte la abundancia  
Que por los campos rebosa,  
Y dá al retozon rebaño  
Salud y yerbas sabrosas?  
Al ver el filial desvelo  
Con que á tu vejez canosa  
Prodigo atentos cuidados,

Sensible de gozo lloras:  
Y levantando á los cielos  
Tus miradas magestuosas  
Con faz alegre bendices  
Mi juventud bienhechora.  
Entonces ¡oh! como siento!  
¡Qué tierno amor me trasporta!  
Feliz mi seno se ensancha;  
Apenas respiro; asoman  
Lágrimas que mis mejillas  
Bañando los ojos brotan,  
Y mi corazon no basta  
A emocion tñn poderosa.

Aun si al presente vienes  
Sobre esta esponjada alfombra  
Al mostrar su sien cenida  
De fúlgida luz la aurora  
Para infundir á tu lánguida  
Edad, que al suelo te agobia,  
Aliento, aspirando ansioso  
Del campo el fragante aroma,  
Al ver el vasto horizonte  
¡Cómo embelesado gozas!  
Miras la pingüe llanura  
*Que ondeantes mieses doran,*  
Y sobre los tiernos pastos  
El rebaño que retoza  
Brindándote leche y lanas,  
Y dices ¡mansion dichosa!

Mi cabello ha encanecido  
Corriendo alegres las horas.  
Gracias da al cielo, hijo mio,  
Y á tantos bienes respondas  
Cantando sus alabanzas  
Con tu voz armoniosa.  
Aqui han pasado mis años  
Cual una plácida aurora.  
¡Para siempre prospereis  
Campos y huertas frondosas!  
Mis ojos, mis tristes ojos  
No verán ya vuestras sombras  
Pues dejaré esta morada,  
Por otra mas deliciosa.

¡Oh padre mio! ¿Te ausentas?  
El pensarlo me acongoja.  
¡Ay! ¡qué dia tan aciago!  
¡Qué idea tan horrorosa!  
Cuando no existieres quiero,  
Quiero, honrando tu memoria,  
Labrarte un altar sencillo  
Sobre tu lóbrega losa,  
A dó iré luego que hiciere  
Alguna accion bienhechora,  
Cuantas veces de los montes  
El sol las tinieblas rompa,  
A venerar tus cenizas  
Encima esparciendo rosas.

Calló; ya el seno oprimido  
Por el temor se acongoja;  
Ya de gozo se dilata  
Al ver cuan feliz reposa.  
¡Oh qué sosiego en su rostro,  
Qué serenidad se nota!  
Mas ¿qué sueño le acaricia  
Con sus alas vagarosas?  
Sobre su ledo semblante  
La beneficencia mora;  
Sin duda le representa  
Su conducta virtuosa.  
¡Oh qué celestial sonrisa!  
¡Qué alegría encantadora!  
Es la dicha para el justo,  
Y largos días sus obras.  
¡Qué suave brillo derrama  
La luna abriendo las sombras  
En sus plateados cabellos  
En su frente espaciosa!  
Respeten los cierzos frios,  
Mudos los vientos se escondan,  
Y huya por siempre la escarcha  
Su ancianidad temblorosa.  
¡Qué nunca, Señor, le dañen  
Las pardas nieblas que arrojan,  
Y si los votos de un hijo  
Oyes que tierno te implora,  
A espensas, sí, de mis días  
Los suyos en paz prolonga.



## AL RIO DE LA PLATA.

Sus raudales el Ródano espumoso  
Ráudo despeña en férvida corriente;  
El Nilo en siete bocas abundoso  
Alza entre palmas su gloriosa frente:  
Mas sencillo el Alfeo  
Coronado de lauros y de rosas  
Destrenza sus melenas luminosas  
Cantadas por el Cisne de Dirceo.  
Estrellas de la noche, vuestra lumbre  
Apagad en las ondas de los cielos  
Que ya despliega su grandeza y pompa  
El sol dorando la eminente cumbre.  
Rios huid: hundíos en la arena  
Y vuestra fuga sus entrañas rompa,  
U ocultad vuestro nombre y grave pena  
Al oír mis loores  
Del piélago en los golfos bramadores.

Canto un mar que entre montes se dilata,  
Gigante de las aguas, canto al Plata.

Sus moles espantosas ¡ con qué estruendo  
Precipita á los valles de la altura,  
Los collados, las selvas, la llanura,  
Las sierras de metal estremeciendo!  
Ya bóvedas levanta en el espacio  
De cristales y perlas relucientes  
Sobre arcos de colores esplendentes  
Formando acá y allá regio palacio.  
Ya en mil solios de púrpura y de oro  
Que engalanan los templos de su gloria  
Ostenta su magnífico tesoro:  
Ya suelto, arrebatado,  
Entre nubes de aljófár y rocío,  
Cual fogoso corcel á la victoria  
Vuela por campos, llega, lucha, vence,  
De inmortales olivas coronado.

Las Náyades graciosas  
Con augusto ademan y señorío  
Pulsan las arpas de ámbar celebrando  
Con voces melodiosas  
Sus triunfos y la esfera embelesando.  
Resuenan sus cantares  
Por las márgenes blandas de verdura,  
Por los bosques de acacias y de aromas,  
Por las risueñas lomas,  
Por los prados y lóbrega espesura,  
Y allá se pierden en remotos mares.

Los alados cantores  
Mezclan sus trinos: cándida alegría  
Los Céfiros espiran: su halda abriendo  
Las virginales flores  
Destilan sobre el cesped ambrosía,  
Sus murmullos las fuentes esparciendo,  
Y de florida lumbre revestido  
Brilla el cielo en tus ondas remecido.

¡Oh con qué magestad la inmensa espalda  
Estiendes y tus brazos giganteos  
Por praderas cubiertas de esmeralda!  
¡Cuán sosegada y pura tu alba frente  
Reposa en el Oriente  
Sobre montes de bélicos trofeos!  
Con éstasis de amor Naturaleza  
Contempla tu belleza:  
El indio solitario y vagabundo  
Envuelto en ricas pieles  
Con cimera de plumas undulante  
«Salve, te dice, río que fecundo  
»Riegas estas campiñas y vergeles,  
»Oye el voto de tu hijo suplicante.  
»Consérvanos la paz y la inocencia:  
»Defiende nuestro plácido retiro  
»De estrangera violencia:  
»Sobre tus ondas que apacible miro  
»Jamás la guerra su estandarte estienda:  
»Nunca huellen ufanos  
»Tus márgenes sagradas los tiranos.»

Al solo nombre de agresion te enciendes  
En trémulo furor, y ya rugiendo  
Sacudes la espumosa cabellera,  
Por las playas umbríferas te estiendes,  
Alzas tus brazos á la turbia esfera,  
Los campos del Océano invadiendo.  
Tu faz de horrible niebla sombreada  
A la nave espantada  
Muestras, que rehuyendo estrepitosa  
El rauda torbellino  
Vé en tu abismo su mísero destino,  
Piedad clamando en vano congojosa:  
Que mas y mas tus iras enfurece  
El viento del desierto  
Y derramada á su ímpetu perece.  
Gruesos robles, encinas seculares,  
Troncos y selvas, rocas y collados  
De su asiento arrancados,  
Cual en montaña abierto  
Volcan, arrojas á profundos mares.

Calma ya tu venganza, ilustre rio,  
Que la aurora despierta en el oriente  
Despareciendo azucenas y rocío  
Y sube á su carroza refulgente.  
Las matinales auras son su aliento:  
De luces sus cabellos: su blancura  
Regocija la tierra y firmamento  
Libre ya de tormenta y noche oscura.  
Vagan nubes ligeras

Cual cándidos vellones  
Que ora forman guirnaldas placenteras,  
Ya róseos festones.  
Calma, calma tu ira y la azulada  
Túnica viste de oro recamada.  
¡ Con qué gozo los bosques te saludan  
Inclinando á tus plantas la cabeza,  
Y las aves cantando tu belleza  
De rama en rama sus asilos mudan!  
Tremolando su airon de viva llama  
El cardenal en tu loor se inflama:  
Matizados colibris sus colores  
Reflejan tus cristales sobre flores:  
El avestruz saltando de alegría  
Ufano desafia  
Al inquieto bridon de piés veloces  
Que bufa, arde, relincha, y sacudiendo  
La crinada melena se dispara  
Cual rayo por los campos con estruendo:  
Muge el toro con ímpetus feroces:  
La tigre en tanto de la presa avara  
Acecha en las selvas espesuras,  
El lobo aulla y el leon rugiendo  
Deja sus grutas cóncavas y oscuras.  
¡ Oh cuál luce la vibora sus galas!  
Es saeta que silba por el prado:  
Mas ya se tiende al sol, duerme y reposa  
Desplegando su seda y bizzarria,  
Sus joyas y riquísimo brocado.

Ora ostenta sus gracias mas hermosa  
En sortijas de varia pedrería;  
Ora brilla cual iris en el suelo  
O cual grupo de estrellas en el cielo.

¡Salve rey de los rios! Tu tridente  
Enfrenando al Atlántico profundo  
Gobierna con pujanza prepotente  
El ámbito feraz de un nuevo mundo!  
¿Quién osó penetrar tu vasto imperio?  
¿Qué intrépido bajel sulcó anheloso  
Tus flotantes abismos, de remota  
Playa viniendo á ver este hemisferio?  
¿Cuál fué, di, el navegante que orgulloso  
Pisó primero esa ribera ignota?  
¿De donde dimanaron las naciones  
Que pueblan tan bellisimas regiones?

Yo miro con asombro levantarse  
A los astros, soberbios monumentos,  
Y del polvo y arenas exhumarse  
De ciudades grandiosos fundamentos.  
Obeliscos, pirámides, palacios,  
Cuadros, estatuas, torres, mausoleos  
Ocupan de los siglos los espacios:  
La escelsa Cordillera atravesada  
Por caminos y puentes prodigiosos  
De inscripciones fenicias decorada;  
Las deidades del Nilo y del Eufrates  
En templos suntuosos;

E impresas en tan grande continente  
Las huellas luminosas del oriente.

Sordo empero á mi acento no respondes.  
En recintos oscuros, misteriosos  
Bajo urnas de diamantes y zafiros,  
Cabe enormes montañas que defiendes  
Con laberintos de espumosos giros,  
Tu ancianidad y tu saber escondes.  
En vano, en vano intenta  
Atrevido el mortal correr el velo  
Que encubre los secretos de los siglos;  
Débil reflejo su esperanza alienta:  
Emprende su camino,  
Andando sin cesar, se afana, lucha  
En lánguido desvelo;  
A la ilusión, no á la verdad escucha,  
Que á sombras le condena su destino.

Ya el sol apaga su radiosa antorcha  
En tus aguas serenas,  
Y te duermes en plácido reposo  
Sobre tus playas fértiles y amenas.  
Venid, ninfas, venid, bellas del Plata,  
A bañar en sus ondas vuestro seno  
Dó tiene Amor su dardo poderoso  
De dulzuras y gracias siempre lleno:  
Confíadle vuestros púdicos encantos  
En sus grutas undosas  
Sombreadas de violas y amarantos:

Que el águila celeste ya despliega  
Sus espléndidas alas y fulgente  
Flota Argos sobre zonas nebulosas:  
El Gigante las sienes coronadas  
De flamígero lauro  
Ahoga entre sus brazos la serpiente  
Y amenaza en su cólera al Centauro.  
De gasas plateadas  
Y labrados anillos  
Que el cielo alumbran con vivaces brillos  
La Virgen de la Noche revestida,  
Cual la tímida esposa  
Que conduce Himeneo  
Al tálamo de púrpura y de rosa,  
A gozar su belleza nos convida.  
Mil augustas doncellas  
En carrozas de estrellas  
Se acercan á su alcázar centellante  
Las llanuras etéreas recorriendo,  
Y guirnaldas de luces esparciendo.  
El sol la mira y arde y anhelante  
Sus amorosos brazos  
La tiende y ciñe en deliciosos lazos.

Oid, oid la mágica armonía  
Que el estrellado coro  
Cual torrentes de lumbre nos envía.

«Encended vuestros faros brillantes  
Oh preciosas hermanas del sol;

Y alumbrad los jardines flotantes  
Dó reposa entre nubes de olor.

Ya la luna por senda de flores  
Se adelanta lloviendo placer,  
Y vestida de blancos colores  
Busca ansiosa al fogoso doncel.

En silencio las bóvedas giran;  
Son los cielos sereno cristal;  
Dulcemente las auras suspiran  
Y enmudece durmiendo la mar.

Vientos, astros, esferas gloriosas  
En sosiego calmad vuestro ardor,  
Que ya huella los prados de rosas  
La bellísima esposa del sol.

De los cisnes los cánticos solo  
Solo se oyen en la inmensidad;  
Ya la estrella alborosa del polo  
Sobre nardos reclina su faz.

En las selvas de incienso murmuran  
Los arroyos con trémulo son  
Y sus ondas de nácar fulguran  
Cual espejos, vivaz resplandor.

¡ Oh! salid, rozagantes luceros  
De la noche los velos alzad;

Valles, montes, llanuras y oteros  
De contento y de luz inundad.

Ya las arpas de fuego resuenan  
Suaves himnos de paz y de amor;  
De tu gloria los cielos se llenan.  
¡Salve cándida esposa del sol!

En apacible calma sumergido  
Muellemente en su lecho reclinado  
Escucha estas eólicas melodías  
Atento el río, mudo, embelesado.  
En tanto que á sus márgenes sombrías  
Con ligero vestido  
De blanco lino, suelto ya el cabello  
El coro de doncellas se adelanta  
Y corre á él con bulliciosa planta.  
¡Oh río venturoso!  
¿Qué númen á decir será bastante  
Tu júbilo, tu encanto, tu reposo?  
Vuela, Musa, recoge en ti anhelante.  
La suavidad del alba y del rocío,  
Las auras susurrantes del estío,  
De los hibleos panales la dulzura;  
A las alturas sube  
Y de la roja nube  
Roba al rayo veloz la llama pura.  
¿Tornas? Mas ¡ay! que tu favor es vano:  
Deten, deten tu vuelo,  
Y párate en las ondas, que no el velo  
Es dado levantar á ser humano.

Las Ninfas amorosas,  
Entre sus brazos de ámbar enlazadas  
Cantan así en sus arpas melodiosas.

« Tu rostro plácido

Que el aura besa

¡ Cómo embelesa,

Río gentil!

Tu curso rápido

Ciñe con flores

De mil colores

Vasto jardín.

Tus grutas húmedas

Destilan mieles

Y tus doseles

Gomas de olor.

Tus ondas fúlgidas

Por las arenas

Tiendes serenas

Con dulce son.

Mil perlas limpidas,

Conchas, corales,

En tus raudales

Se ven bullir.

De luces vividas

Y de esplendente

Lauro tu frente

Brilla, y zafir.

¡ Oh qué balsámicas  
Islas frondosas  
De hayas y rosas  
Bañas dó quier !  
¡ Qué vistas mágicas  
Pomposo ostentas !  
Do quier presentas  
Un nuevo Eden.

Tu amor las Virgenes  
Tímidas gozan,  
Y en tí reposan  
Su rubia faz.  
Tus sacros limites  
De oro y jacinto  
Son el recinto  
De la piedad.

Arrullo y cánticos  
Te dan las aves,  
Himnos sñaves  
El ruseñor;  
Y por tus márgenes  
Van los pastores  
Cantando amores  
En tu loor.

Juegan los céfiros  
Con tus espumas  
Y de sus plumas

Vierten placer.  
El grande Océano  
Grave te acata  
Y al verte ¡oh Plata!  
Besa tu pié.

¡Oh! siempre cándida  
En tus riberas  
Tan placenteras  
More la paz.  
More en tu mágica  
Region de vida,  
Con ella unida  
La libertad.»

De súbito su canto suspendieron  
Alzando del cristal mudas la frente,  
Y atentas sus miradas convirtieron  
A la zona radiante del oriente.  
«Un Genio! ¡un Angel! todas prorumpieron;  
Un Angel sobre el mar se vé luciente,  
Y centellas de lumbre desparcia  
Igualando la noche al claro día.

Mecida la estrellada cabellera  
Por las brisas flotantes serpeaba,  
Y coronado de la tersa esfera  
Al imperio del rio se acercaba.  
No tan bella jamas la primavera  
Sus tesoros de flores ostentaba,

Ni se viera en la Arcadia montüosa  
Tan risueña, tan plácida y hermosa.

Llegó sobre la ráuda catarata  
Que hierve de las cumbres con estruendo,  
Donde bajando el Paraná dilata  
Su espalda, las llanuras recorriendo ;  
Y sentado en su centro dice al Plata :  
« Oye las voces que te iré diciendo ;  
Romperé de los tiempos el oscuro  
Seno , á ti revelando lo futuro !

Esos indios que miras ora errantes  
Vagar por los selváticos desiertos,  
Vinieron por los mares espumantes  
De la Judea y convecinos puertos.  
Sembraron sus semillas fecundantes  
Convirtiendo en vérges campos yertos  
Y plantaron augustas tradiciones  
Sobre el suelo feraz de estas regiones.

Pueblos y pueblos por dó quier nacieron,  
Y fundaron ciudades florecientes,  
Cual yerbas por los prados se estendieron,  
Alzándose cual palmas refulgentes :  
Pirámides y templos construyeron ;  
Empero rinden cultos inclementes  
Mancillando con víctimas humanas  
La Fé y la Caridad por siempre hermanas.

Sus iras desató el Señor del cielo,  
Que ningún crimen su piedad irrita  
Como la sangre y el sediento anhelo  
Que al hombre en la matanza precipita.  
Manda á Colon que remontára el vuelo:  
Llega, y en pós su cólera infinita  
Sepulta bajo el polvo mil naciones  
Rebeldes á sus ínclitos pendones.

Mas ya triunfante el lábaro flamea  
En las cumbres y valles, del ocaso  
Hasta dó la gran Osa centelléa  
Y con muros de hielo cierra el paso;  
El Dios de la clemencia se recrea  
Viendo un mundo á otro mundo dar su abrazo,  
Y correr por las venas de occidente  
El espíritu y vida del oriente.

Con vínculo se unieron sempiterno  
Pueblos, siglos, saber, generaciones,  
Y la nave de Pedro su gobierno  
Estiende en remotísimas regiones.  
A los vientos furiosos del invierno  
Suceden bonancibles estaciones,  
Y cual iris renace la ventura  
Que un nuevo cielo ofrece y asegura.

Y surge de él un rio portentoso  
Que mana del amor y paz fecunda  
Junto al trono del sol esplendoroso

Que el universo de vigor inunda:  
De allí, de allí tu porvenir glorioso  
Verás llegar con emocion profunda  
¡Oh Plata cristalino, y ser tu imperio  
La gloria y estension de un hemisferio!»

Dijo así, y elevándose á la esfera  
Rápidamente los espacios hiende,  
Dejando en pos de llamas placentera  
Senda, que el éter remecido enciende.  
El rio en su espumífera ribera  
De asombro el curso á su pesar suspende,  
Y sus ninfas cayendo embelesadas  
Se ocultan en sus ondas plateadas.



## EL INVIERNO.

(IMITACION DE GESNER.)

### AMINTAS.

¡ Cuán risueño á mis ojos  
Invierno te presentas,  
Malgrado de los hielos  
Que por los campos siembras!  
¡ Qué luz brillante y viva  
El sol alegre presta  
A las sedosas brumas  
Que á la Natura cercan!  
¡ Qué bellos tornasoles  
Esos granos despliegan  
De plúmulas suaves  
Cubriendo ya la tierra!  
La nítida blanca  
Cortan las negras cepas  
De los abetos frios  
Que su ramage ostentan.  
Por crespos matorrales  
Esparce el viento perlas,

La nieve alabastrina  
Vibrando luces bellas.

Pacífico el rebaño  
En el redil que humea  
Reposa, en tanto imprime  
Su planta con tristeza  
El buey sobre la escarcha  
Que fatigado llega  
Trayendo graves troncos  
De la húmeda floresta.  
Ya no oigo á los zagales  
Cantar en dulce avena  
Sus cándidos amores;  
Ni la curruca vuela,  
Desde que ríe el alba,  
Cual suele en primavera.  
Pero á mi lado miro,  
Cuando el día alborea,  
El gorrion y abadejo  
Que rápidos revuelan  
Aquí y allí picando  
La tierna yerbezuela.  
Ya fijo las miradas,  
¡ Con-cuánta complacencia !  
En la cabaña donde  
Mi pastora se alberga,  
De velos ondeantes,  
De vaporosas nieblas  
Que suben á los cielos

Apenas descubierta.  
Lisis allí, mi Lisis,  
Junto á la lumbre puesta,  
Tal vez de mi se acuerde;  
Tal vez ansiosa anhela  
Ver el boton primero  
De la estacion amena.  
¡Oh Lisis! ¡cuánto te amo!  
Te adoro, mi gacela,  
Desde el infausto dia  
En que lloró Glicera  
Perdidos sus dos mansos  
Por las lejanas selvas.  
Tú, su afliccion sintiendo,  
Le diste dos corderas  
De las que mas hermosas  
Retozaban tus yerbas.

Mientras el yelo cubra  
Los montes y praderas  
Quiero cantarte ¡oh Lisis!  
Las tonadas mas tiernas.  
¡Ah! puedan mis acentos,  
Mi dulce flauta pueda  
Grata al oido serte,  
Jovial y placentera  
Como lo es tu alma  
Si apacible recuerda  
Los beneficios que haces,  
Los tristes que consuelas.

---

---

## LA PRIMAVERA.

(IMITACION DE GESNER.)

CLÓE Y DAMON.

DAMON.

Yo he visto á la galana Primavera  
Diez y seis veces coronar de flores  
A la gentil Natura;  
Pero ninguna comparable fuera  
En sus vivos colores,  
Ni en galas ni hermosura  
A la que ahora veo.  
Todo me encanta y colma mi deseo,  
Arboles, fuentes, prados y verdura.  
¿Sabes por qué mi Clóe, Clóe amada?  
Porque miro á tu lado mi majada.

CLÓE.

Yo he visto coronarse en trece abril  
De jazmines y rosas los pensiles:  
Mas ninguno cual éste, tan hermoso.

¿Sabes por qué Damon?... y candoroso  
Calló su labio; plácida sonrisa  
Abrió al pastor su oculto pensamiento,  
Y en deliciosos lazos,  
Sus vagas trenzas esparciendo al viento,  
Le estrecha entre sus brazos,  
Lanzándole tiernísima mirada  
Que nuevo hechizo dió á su faz rosada.

DAMON.

¿No escuchas el concierto melodioso  
De los vivos y alegres pajarillos?  
¿No ves ese arroyuelo que espumoso  
Sus raudales pasea  
Por márgenes de violas y tomillos?  
¡Cómo la vista atónita recrea  
Ese grupo gentil de suaves lilas!  
¿Quiéres te enseñe la escondida rula  
Que lleva al bosque y silenciosa gruta?

CLÓE.

Sí, Damon: pero siéntate á mi lado,  
Que no está satisfecho mi deseo  
Sino en los sitios donde yo te veo.  
¡Ah! que no á nuestra dicha fuera dado  
Siempre juntos estar! ¡Cuánta alegría  
Siente mi pecho si nos une el día!

DAMON.

Sobre este trébol, Clóe, toma asiento,  
Y alza tus ojos cándidos y hermosos:  
Déja que goze en ledó arrobamiento

Esa tierna mirada, esa sonrisa,  
Esos tus labios bellos y graciosos,  
Tus suspiros mas dulces que la brisa.  
¡ Ah! si mis ojos sin cesar pudieran  
En los tuyos fijarse y no durmieran!  
¿ Por qué será que tiemblo y que suspiro  
Al mirarlos? ¿ Qué siento? yo deliro.  
¿ Qué turbacion de mi se ha apoderado?  
¡ Ah! no, no así me mires, dueño amado!  
Dice, y la mano cariñosa estiende  
Por la alba frente á su gentil pastora,  
La lumbre de sus ojos encubriendo.  
« Esa mirada tierna y seductora  
Mis sentidos, mi ser, mi alma suspende.  
La causa, á la verdad, no sé cual sea;  
Pero en viendo tus ojos, tu sonrisa,  
Me late el pecho, el labio balbucea,  
Mi corazon suspira,  
Y si te quiero hablar, la voz espira.»

CLÓE.

Caro Damon, aparta de mi frente  
Esa tu mano trémula y ardiente,  
Que yo en este momento  
La misma turbacion que tienes, siento.  
Mi muy amado, observa cual se agita  
Mi seno; mira, vé como palpita.  
¡ Oh Díos! cuando tu brazo estrecha al mio,  
Cuando tocas mi mano, se estremece  
Todo mi cuerpo, el rostro palidece.  
Una nube veloz se vá estendiendo

Y súbito mi vista oscureciendo,  
Esta emocion me asombra, me confundé...  
Es fuego que en mis venas se difunde.

DAMON.

¿Vés en el valle aquellas tontolillas?  
¿No oyes su blando arrullo, Clóe amada?  
¡Con qué ardor esas simples avecillas  
Sus alas entrelazan! Mira, mira  
Como sus picos unen. ¡Con qué anhelo  
Ambas á dos en el querer se pagan,  
Y á porfia se besan y se halagan!  
¡Sus caricias nos sirvan de modelo!

CLÓE

Sí, abrázame Damon, cíñeme en torno:  
Cual sus alas los brazos enlacemos,  
Y como ellas amantes nos besemos.

DAMON.

¡Qué placer he gozado!  
¡Oh pájaros hermosos!  
¡Por siempre aquí morad; vivid dichosos!  
Ah! sí, yo os debo mi feliz estado.  
¡Nunca os robe el azor la dulce vida,  
Y sea de los zagales bendecida!

CLÓE.

Venid, venid, pareja encantadora  
Y aquí en mi falda reposad ahora.  
Con nosotros vivid, os querré mucho.  
No seais salvages: mientras que besare  
Damon mi boca, os besareis vosotros,

Mientras él á su seno me estrecharé;  
Y nadie vuestra dicha perturbando  
A la par mil placeres gozaremos.  
Mas ¡ay! que ya se van, se van volando.  
¿Por ventura molestos les seremos?

DAMON.

Una sospecha, Clóe, nace en mi mente.  
Ayer en su vihuela melodiosa  
Cantaba dulcemente  
Los hechizos del beso Meliteo,  
Sentado á par de su zagala hermosa.  
¿Será este uno? Bien mío. así lo creo.  
«Oh beso prorumpia,  
¡Cuán grata es tu dulzura!  
Menos al segador que abrasa el día  
Le place de la fuente la onda pura,  
Menos que tu murmullo es placentera  
La voz mas lisongera.  
El bálsamo del labio de un amante  
Es mas dulce y subido  
Que el néctar en las flores escondido,  
Que la miel de la abeja susurrante.

CLÓE.

Cierto, Damon: mas dulce es á fé mia:  
Pediré uno al hermoso Meliteo  
Cuando anochezca, en su cabaña umbria.  
Pero arregla, pastor, mi cabellera:  
Ea, componme presto,  
Mi guirnalda de rosas hechicera,  
Que la has, con tus caricias, descompuesto.

## ADVERTENCIA.

Mi objeto al escribir este Poema fué el de alternar el estudio de la Biblia con el solaz de la poesía, y cediendo al entusiasmo que me inspiró Moisés, el mas grande hombre que han conocido los siglos, me atreví á cantarle segun los hechos que él mismo nos refiere en el Pentateuco. Púsele en accion desde que Dios le intimó la órden de libertar á su pueblo de la servidumbre de Egipto, cuando apacentaba el rebaño de su suegro en las llanuras de Madian, hasta que dejándole próximo á la tierra prometida, falleció sobre las cumbres del Abarin. He procurado no omitir suceso alguno esencial de su larga peregrinacion por el desierto, y presentar á la vista del lector un cuadro completo de las bellezas que se encuentran esparcidas en los cinco libros que escribió inspirado por el Espiritu Santo. En materia tan delicada y respetable, como que es el fundamento de nuestra sacrosanta religion, he sido muy parco en ficciones, no permitiéndome sino las mas indispensables para el mayor interés de la accion, segun el consejo de la divina sabiduría: «*ne addas quidquam verbis illius, et arguaris, inveniariusque mendax.*»

# ADVERTENCIA

El objeto de este libro es el de ofrecer al  
lector de la Biblia con el texto de la Biblia, y cuando al  
colocamos que me ha sido honor. El más grande honor  
que han conocido los siglos, me ofrece a cambio de ser un  
hecho que el mundo nos ofrece en el presente. Puesto en  
acción desde que Dios se hizo hombre de Dios, a su  
hecho de la encarnación de Cristo, cuando apareció a su  
revelar de su espíritu en las lenguas de Moisés, hasta que  
dejando pasar a la tierra prometida, habiendo sobre las  
montañas del Abarán, le permitió al mundo ser un  
general de su larga preparación por el desierto, y por  
venir a la vida del lector en estado completo de las bellas  
las que se encuentran expresadas en los cinco libros que  
escrito inspirado por el Espíritu Santo. En materia tan  
delicada y respetable, como que es el fundamento de nues-  
tra existencia eterna, he sido muy tenue en palabras, no  
particularmente, sino las más indispensables para el mayor  
interés de la acción, según el consejo de la divina sabiduría:  
esta: «no debes hablar mucho, ni ser demasiado sabio, para  
no parecer necio».

## MOISÉS.

### POEMA.

Cantemos al Varon que de la orilla  
Subió del Nilo hasta la escelsa cumbre  
Dó vió cual sol que por los cielos brilla  
A Jehová vestido de alba lumbre;  
Al que libró á Israel de la cuchilla  
Que el Egipcio en inícuca servidumbre  
Alzó sobre su cuello con espanto;  
Al sabio, al vate y al profeta santo.

Sobre la huesa de Josef lloraban  
Los hijos de Jacob su desventura,  
Con pan ázimo y yerbas sustentaban  
Luengos dias de luto y amargura:  
Cenizas sus cabellos blanqueaban,  
Hecha trizas la humilde vestidura,  
El valle de Gesen y roncos vientos  
Resonando con lúgubres lamentos.

En medio al mustio y angustiado coro  
Un arca de sicómoro se via  
Que arrancando á sus ojos tierno lloro  
El rígido cadáver contenía  
Del caro hermano y el anillo de oro  
Regalo del Faraon en feliz dia,  
Cuando por él de la prision exento,  
Bajo su augusto solio le dió asiento.

Pero á su muerte un Rey desconocido  
Ciñe la mitra en Menfis opulenta  
Y el pacto con Josef establecido  
Es á su vista intolerable afrenta.  
Orgullosa, soberbio, enfurecido  
Oprime al pueblo y su reposo ahuyenta,  
Sacándole del valle y de los prados,  
Dó moraba rigiendo sus ganados.

La estirpe de Israel allí crecia  
Como crece la grama en los oteros,  
Ó cual los peces bajo la onda fria,  
Rica simiente en fértiles viveros;  
Y al ver que por la tierra se estendia  
Dijo á los suyos: «á esos extranjeros  
»Destruyamos con arte y sin testigos  
»No sea caso se vuelvan enemigos.»

Y sobre sus espaldas imponiendo  
Graves pesos, enormes, colosales,  
Los iban lentamente conduciendo

Al sol por los desiertos arenales;  
Allí con fuerte brazo construyendo  
Sepulcros, obeliscos y canales:  
Mas si el tirano su rigor duplica,  
Mucho mas Israel se multiplica.

Por tan raro portento exasperado  
Un ardid meditó cruel, espantoso,  
Que dando á sus recelos facil vado  
Esterminase al extranjero odioso.  
A las matronas manda que ahogado  
Sea al nacer sobre el vientre doloroso  
El varon que de hebreas proviniera,  
Y que esta órden cada cual cumpliera.

Mas ellas el precepto no guardaban  
Que clamó la piedad desatendida,  
Y de Dios temerosas conservaban  
Al tierno infante la inocente vida,  
Diciendo al rey que no las avisaban  
Por ser la hebrea pronta y muy fornida:  
« Arrójense, gritó, al sagrado Nilo,  
Y sacien al hambriento cocodrilo.»

Los hijos de Jacob, yerto el semblante,  
Con profundo silencio en la memoria  
Miraban aquel horno que humeante  
Les recordaba una pasada historia:  
Sobre el campo la carne palpitante  
Que Abraham en el pacto de su gloria

A una y otra parte separaba,  
Y el ave que la carne devoraba.

Entonces las palabras conocian  
Que cubiertas de sombra misteriosa  
Sobre ellos á la letra se cumplian.  
En la actual servidumbre lastimosa.  
La ira del Señor en torno vian  
Que los visita con la faz nublosa,  
Y que en su propio pueblo da venganza  
Al de Sichem por la hórrida matanza. (1)

De su crimen atroz arrepentidos  
Con áspero silicio en oraciones  
Exhalaban al cielo sus gemidos  
Derramando el dolor sus corazones.  
Los Angeles volando enternecidos  
Llevaron al Señor sus aflicciones,  
Que al oír el clamor vuelve la frente  
Y recuerda su pacto ya clemente.

En las llanuras de Madian moraba  
Moisés á este tiempo, y por el prado  
Las ovejas del suegro apacentaba  
En la mano el pacífico cayado;  
Cuando una vez que hácia el Orbe miraba

---

(1) Alude á la perfidia que cometieron los hijos de Jacob con Sichem, Príncipe Cananeo, cuando rompiendo la alianza que acababan de hacer con él, pasaron á cuchillo á todos los varones, saquearon la ciudad y se llevaron cautivos á sus hijos y mujeres.

Vió súbito un zarzal iluminado,  
Y que aunque en él la llama roja ardía  
Ni las hojas ni el tallo consumía.

Mudo contempla el singular portentoso.  
Ya se aproxima con callada planta,  
Pero de enmedio sale un fuerte acento  
Que su valor y su ánimo quebranta.  
«Moisés, Moisés, dice : en su asiento  
Retiembla el monte; la maldad se espanta:  
«Soy el Dios de Israel: soy el Potente :  
No te acerques á mi, mortal; detente.

«Vé por la senda, corre presuroso,  
Que lleva al Nilo, y rompe la cadena  
En que gime mi pueblo congojoso,  
Que su lamento mi furor serena.  
Tú el Caudillo serás que venturoso  
Le suba á la region fértil y amena,  
Donde grutas y arroyos, plantas, flores,  
Destilan mieles esparciendo olores.

Junta el consejo : dí al piadoso anciano  
Como el Dios de Isaac, *El que Es*, convida  
A redimir su pueblo del tirano  
Y ponerle en la tierra prometida.  
El cayado que tienes en la mano  
Obediente á tus voces, muerte y vida  
Brotará de su seno, al orbe entero  
Mostrando la mision que te confiero.»

Dijo: la luz que el monte iluminaba  
Rápida asciende á la celeste esfera,  
Y en los cielos inmensos desplegaba  
Los matices del alba placentera.  
Moisés que las palabras escuchaba  
Postrado de respeto en la ladera,  
Los piés descalzos, con ardor divino,  
Emprende hácia el Egipto su camino.

Llega, entra en Menfis al palacio augusto  
Donde brillaba un sol en pompa vana,  
Por sobre un trono de metal robusto,  
É intima al Rey la órden soberana.  
Píde que cese el cautiverio injusto  
Y aquella ley impia é inhumana  
Que entre las ondas á Israel sepulta,  
Y la justicia de su Dios insulta.

«¿Y quién es ese Dios para que atienda  
Las voces que refieres insolente,  
Y yo mi espada en su favor suspenda  
Dejando salir libre tanta gente?  
Siga el pueblo sumiso por la senda  
Que le indica mi cetro omnipotente.»  
Así repuso en términos profanos,  
Porque á Dios no conocen los tiranos.

Y mandó que añadiesen á su cuello  
Yugo mas fuerte y moles poderosas,  
Al mas duro rigor poniendo el sello

Sin oír sus querellas sediciosas,  
Que así de libertad ningún destello,  
Siempre ocupada en obras afanosas,  
No alumbrando sus lóbregas prisiones,  
Cesaría en sus rebeldes pretensiones.

Empero Moisés, la vara alzando,  
El Nilo hiere, que á torrentes vierte,  
Súbito en roja la color mudando,  
Sangre y horrores, destruccion y muerte.  
Huye la vida de su seno blando  
Que la abundancia en aridez convierte,  
Y que halagando en vano Egipto intenta  
Le dé alimento y su horfandad lamenta.

El cielo puro allí, siempre radiante,  
De negras nubes y de lluvia suelto,  
Con arroyos de fuego centellante  
Vése en espanto y lobreguez envuelto.  
Rápido el suelo arroja por delante  
En niebla, en polvo abrasador resuelto,  
El viento, que el desierto atravesando  
De ciudad en ciudad vuela triunfando.

Todo es tiniebla y sombra y noche oscura.  
El sol sin brillo pálido se apaga,  
Y cual espectro por la inmensa altura  
Esparciendo pavor, errante vaga.  
Oprimese la tierra de amargura  
Que dobla la cerviz á tanta plaga,

Exhalando del pecho dolorido,  
Lastimoso, trislísimo alarido.

Y del Señor las huestes invencibles  
Descienden con espadas fulminantes  
Que esgrimen bajo formas invisibles  
Sobre entrañas y bustos palpitantes.  
Las casas de cadáveres horribles  
De llantos y gemidos penetrantes  
Se llenan, como un campo de batalla  
Donde sus carros Sabaot estalla.

Vencido el Faraon por tantos males  
Sobre su reino ya la muerte mira  
Estendiendo sus alas sepulcrales,  
Y en sus labios la voz confusa espira.  
Vé á sus piés los abismos infernales,  
Y en pálido temblor trocando la ira  
Abre las puertas torpe, vacilante,  
Saliendo el pueblo de Israel triunfante.

Fulgido el sol su rostro por la esfera  
Al prado y á las flores dirigia,  
Dó se alberga en cabaña placentera  
Cuando al cordero con sus rayos guia.  
La aurora su luciente cabellera  
En medio de los cielos descogia  
Por sobre un mundo de aridez vertiendo  
Húmedas perlas que le arroja huyendo.

Tendiendo como mares al Oriente  
Grandes desiertos con horror se abrazan  
Cual enormes gigantes, yermo ardiente  
Que no su horrible desnudez disfrazan.  
Los montes elevando la alta frente  
A las cumbres eternas se entrelazan,  
Cual si á los cielos por region fragosa  
Condujese una senda misteriosa.

En esa soledad nunca ha crecido  
Sobre su arena la menuda yerba,  
Ni su infecundo seno ha concebido  
La fresca fuente que el verdor conserva:  
Por sus sueltas llanuras no ha corrido  
Vivo corcel ó voladora cierva,  
Y el ave por el viento conducida,  
Si fatigada posa, nunca anida.

Polvo tan solo por detras dejando  
En silencio deslizanse las horas,  
Que interrumpen allí de vez en cuando  
Los cuervos ó lechuzas gemidoras;  
Pelicanos los montes atronando  
Con voces resonantes, bramadoras,  
Y el javali aguzando los colmillos  
Ferozes, contra troncos amarillos.

Por norte y sur el mar sus brazos tiende  
A uno y otro lado perezoso,  
Y en calma inmóvil su raudal suspende

Cual manso lago en lecho cavernoso:  
Mas súbito hácia atrás ráudo descende  
A vista del desierto que horroroso  
Le muestra en sus abiertos arenales  
Venenosas serpientes y zarzales.

Por él alegre el pueblo caminaba  
Del ilustre caudillo conducido,  
Y de paso la fiesta celebraba  
Por el triunfo inaudito conseguido.  
En banquete comun saboreaba  
El cordero sin mancha que ofrecido  
Era al Dios bienhechor por la victoria,  
Cifra de libertad y eterna gloria.

Con su sangre purísima rociados  
En hisopo fragante contenida,  
De la espada del Justo libertados  
Fueron, gozando de salud y vida;  
En tanto que los ímpios degollados,  
Cayó su iniquidad endurecida,  
Cual se hundiria Luzbel en el profundo  
Al dar su aliento el Redentor del mundo

Así solemnizaba el pueblo errante  
Con sencillo alborozo y alimento  
Tan fausto día, á fuer de caminante,  
De pié y aprisa sin tomar asiento.  
Día que venerando en adelante  
Con culto sempiterno, monumento

En sus generaciones mas lejanas  
Será, de las bondades soberanas.

Las bellas hijas de Israel pulsando  
En gracioso ademan las arpas de oro,  
Iban por el desierto derramando  
De su seno el armónico tesoro.  
Las voces melodiosas concertando  
Cantaban al Señor en alto coro  
Himno de gratitud y de alabanza  
Que de las cuerdas trémulas se lanza.

«Gloria, gloria al invicto Guerrero  
Que á su pueblo del yugo libró:  
Humillaste al Egipcio altanero.  
Gloria al Dios de Abraham y Jacob.

Grande y fuerte, Señor, es tu mano,  
Poderosa cual trueno tu voz:  
Al oirla se aterra el tirano,  
Y es cordero el soberbio leon.

Aparece la tierra á tu acento,  
Encogióse temblando la mar,  
Y sobre ella soplando tu aliento  
Las tinieblas huyendo se van.

¡Oh qué hermosa ceñida de flores  
Hoy te brinda su lecho nupcial!  
Esparciendo süaves olores  
Valles, selvas y montes estan.

Tu diadema, Señor, es el cielo  
Que de estrellas corona tu sien;  
Son tus brazos los mares y el suelo,  
En inmensos abismos tu pié.

À tu pueblo las alas tendiste  
Y sobre ellas tu amor le salvó;  
Recios lazos de muerte lloviste  
Sobre el cuello al feroz Faraon.

En la roca estribó nuestra planta,  
Encendió el enemigo el furor;  
Y bramó cual torrente que espanta,  
Cual torrente en la arena se hundió.

Abrid ya vuestros senos de rosas,  
¡Oh campiñas del verde Saron!  
Las olivas y palmas frondosas  
Batid, vientos, del alto Sion.

Hoy de ovejas vestíos, collados,  
Hoy de gozo, montañas, saltad.  
Tierra y cielos, decid embriagados:  
«Gloria, gloria al que dió libertad.»

Pero otras veces del Eden cantaban  
Cuando el Señor en su mansion florida,  
Y sus fulgentes Angeles llevaban  
En sus hombros la esfera suspendida.  
Y los rios de leche que rodaban

Sus ondas junto al árbol de la vida  
Sobre urnas de oro con murmurio blando  
La colina de incienso fecundando.

De Adan y Eva la fugaz ventura  
Que en dulce paz y campos abundosos  
Gozaban de su amor la llama pura  
En prados, valles, bosques deliciosos;  
Ya con acentos llenos de amargura,  
Gimiendo el arpa en tonos lamentosos,  
De la serpiente el triunfo recordaba  
Y á Cain que la sangre derramaba.

A ése, rápidamente atravesado,  
Al salir de una gruta, por la flecha  
Que el arco de Lamech-creyendo errado  
Que fuese fiera, le arrojó derecha;  
A Jabel que gozoso del cayado  
Hizo brotar riquísima cosecha,  
Y á Tubal inventando la armonía  
En medio de las danzas y alegría.

Las virtudes de Seth también cantaron  
Modulando la voz en fácil vuelo,  
Y en dulcísimos quiebros ensalzaron  
Al pio Enós arrebatado al cielo.  
Sobre la enorme iniquidad lloraron  
Que sepultó en la mar el duro suelo  
Y á Dios, de entre las manos el castigo  
Sacó, ahogando al hombre su enemigo.

Ora del arca tímido saliendo  
Eparcirse fecundo por la tierra,  
Ora en la torre de Babel subiendo  
Tentar al mismo cielo mover guerra :  
El pacto de Abraham ; el fuego ardiendo  
Sobre ricas ciudades que ora encierra  
De agua pesada y roja un ancho lago ,  
Triste reliquia del horrendo estrago.

Despertaron por fin grata memoria  
De aquel hijo inocente y muy querido  
Y su holocausto sobre el monte Moria  
Por la mano de un Angel detenido ;  
Su enlace con Rebeca , su alta gloria,  
La lucha que en su seno bendecido  
Tuvieron los mellizos y las gentes  
De ellos nacidas en Jacob potentes.

Terminada la fiesta , alza las tiendas  
El pueblo de Israel , vasta llanura  
Atravesando por inciertas sendas ,  
Cual nave que el mar sulca á la aventura ;  
Cuando de oro y záfiro estupendas  
Galas despliega sobre el aura pura  
Bella nube que al campo se adelanta,  
Y que le guia en misteriosa planta.

Si el rojo sol las cumbres del oriente  
Subia con augusto señorío ,  
Ocultaba los rayos de su frente

Tendiendo por delante un velo umbrío;  
Pero si se apagaba en occidente,  
Recogiendo las sombras y el rocío,  
Era estrella, era aurora, blanca luna,  
Pirámide ó flamígera coluna.

« ¡La gloria de Jehová sobre la nubes! »  
Clamó el pueblo en acento estrepitoso  
Que resonó como el turbion que sube  
Batiendo el alto escollo cavernoso.  
« En ella, en ella mora algun Querube, »  
Tornó á gritar; y sobre el polvoroso  
Suelo postrado, en ella reverencia  
A la sábia y fecunda Providencia.

En tanto el Faraon arrepentido,  
Luego que su temor se desvanece,  
De dar suelta al rebaño, enfurecido  
Corre á su alcance, de ira palidece.  
El inmenso desierto, ya oprimido,  
Debajo de sus carros desaparece,  
Y ya muy cerca de Israel viniendo  
Pára su campo con horrible estruendo.

Tiemblan los fuertes: lloran los valientes:  
Suceden á las arpas los gemidos,  
Las madres y los hijos inocentes  
Dan á los aires roncos alaridos.  
« No hay vida, no hay salud, claman dolientes:  
Morir ¡ qué horror! de yermos circuitos!

Ser un pueblo en la arena sepultado!  
¡Qué! ¿en Egipto una tumba habria faltado?»

Su cabeza á los cielos levantaban  
De un lado y otro montes culminantes;  
El paso por la espalda les cerraban  
Las haces enemigas, cual gigantes.  
Revueltas de los vientos rebramaban  
En combate las olas espumantes  
Que avanzando con rápida corriente  
Les abrian los abismos por el frente.

Con helado pavor se estremecia  
En su planta Israel, como flexible  
Alamo tierno que la fuente cria  
Al soplo de huracan irresistible.  
Tranquilo, empero, Moisés sentia  
Dentro el pecho el valor del Invencible,  
En su augusto ademan y faz serena  
Sin dar indicio de temor ni pena.

Sobre alas de la fé su alma elevando  
Con el Señor su corazon hablaba  
En el lenguaje mudo que exhalando  
Envuelto en rico aroma, le enviaba:  
Mas súbito el cayado tremolando,  
Cual rayo que en su mano centellaba  
A un lado y otro el aire dividiendo  
Hiere la mar que se retira huyendo.

Enjuta senda abrióse que rompiera  
El centro de las aguas cristalinas,  
Cercadas por muralla placentera  
De corales y conchas peregrinas;  
Por dó Israel pasando en la ribera  
Opuesta, se vé salvo de las ruinas  
Que sobre su cabeza en riesgo tanto  
Miró pendientes con zozobra y llanto!

Soberbio Faraon en pós sediento  
Se arroja cual feroz rinoceronte,  
Ó cual leon la presa sigue hambriento  
Por prado, selva, cerro y alto monte;  
Pero brama la mar con son violento  
Tórnase oscuro el límpido horizonte,  
Y el viento que furioso en torno zumba  
Le dá en las olas turbulenta tumba.

¡ Oh con cuánta alegría el pueblo entero  
Pide al Caudillo que su gozo atienda,  
Y que uniendo á la flauta y al pandero  
Su voz, el triunfo por la esfera estienda:  
En tanto que con fé y amor sincero  
Rendia á su Dios reconocida ofrenda!  
Tomando Moisés el arpa santa  
Sobre el cielo este cántico levanta.

« Cantemos al señor de la victoria  
Ceñido de esplendor y magestad,  
Al que hoy engrandeciendo su alta gloria  
Caballo y caballero lanzó al mar.

Él es mi fortaleza y mi alabanza,  
Él ha sido mi brazo y mi salud:  
Es mi Dios, con mis padres hizo alianza,  
Glorifique su nombre mi laud.

El Señor en batallas poderoso  
Cual armado guerrero apareció;  
El Potente se llama: al mar undoso  
De Faraon los carros arrojó.

Entre las ondas sepultados fueron  
Su ejercito y valientes de mas pró;  
Los cubren los abismos, descendieron  
Cual piedra que al profundo vá veloz.

Magnificada en fortaleza ha sido  
Tu diestra, Jehová, tu alto poder;  
Tu diestra ¡oh Dios! al enemigo ha herido  
Y con tu gloria derribado fué.

Tu ira á los adversarios enviaste,  
Como á una paja así se los tragó;  
De tu furor al soplo amontonaste  
Los abismos, y la ola se paró.

El enemigo dijo: «seguirélos,  
»Mi mano sus despojos partirá:  
»Desnudando mi espada matarélos,  
»Y mi alma en su sangre se hartará.»

Tu espíritu sopló y el mar cubriólos:  
Bajo aguas tumultuosas ya se ven;  
En sus corrientes rápidas sorbiólos  
Como plomo con ímpetu al caer.

¿Quién á ti entre los fuertes semejante,  
Quién semejante á ti será, Señor?  
Loable, santo, magnífico, brillante,  
De estupendos prodigios hacedor.

Tu mano extiendes, trágalos la tierra,  
Al pueblo redimió tu gran piedad;  
Tú fuiste su Caudillo en la impia guerra,  
En tu santa morada por tí está.

Coléricos los pueblos ascendieron;  
Al Filisteo penetró el dolor;  
Los fuertes de Moab se estremecieron,  
Edon y toda Canaán se heló.

Sobre ellos pavor cáiga y negro espanto,  
Por tu gran fortaleza y magestad;  
Inmóviles cual piedra esten en tanto  
Pase el pueblo, Señor, que es tu heredad.

Conducido por tí será plantado  
En tu monte y santuario de Sion;  
Firmísima morada que has labrado,  
Que tu mano, Señor, allí afirmó.

Tú reinarás, Señor, eternamente  
Por siglos de los siglos, mas allá;  
Pues entró Faraen y la corriente  
Revolviste sobre él, alzando el mar.

Carros, valientes, próceres se hundieron:  
Con caballos é infantes pereció;  
Mientras en seco salvos anduvieron  
Por en medio los hijos de Jacob.»

Mas ¿cómo he de cantar, yo, los portentos  
Que los mudos desiertos asombraron?  
¡Oh Musa! sube en alas de los vientos,  
Cuenta todos los astros que alumbraron  
En noche azul los cielos y elementos;  
Los torrentes de lumbre que lanzaron;  
Cruza el espacio, llega á la colina  
Donde la inmensa creacion termina.

De rayos coronada torna ufana,  
Torna triunfante al sonoro canto,  
Y alabando la diestra soberana  
Di los prodigios del Profeta santo.  
Empero rompe ya la lira vana  
Y atenta escucha su palabra en tanto,  
Palabra que los siglos van diciendo  
La tierra y el averno estremeciendo.

Se multiplica el pueblo en las arenas  
Donde jamás un grano encontró el ave

Como en campiñas fértiles y amenas  
De dulces riegos y de clima suave.  
Al verte siempre con las manos llenas  
¿Quién, Providencia, tu poder no alabe?  
Aunque continuo vierta la abundancia  
Tu copa de marfil, nunca se escancia.

Tú cubres el desierto de vergeles,  
Ablandas de la roca el duro seno,  
Y abriendo de las aguas los canceles  
En pan sabroso has convertido el heno.  
Rico manjar cual las arabias mieles  
Pones sobre el aljófár que sereno  
Cayendo, el pasto en perlas abrillanta,  
Manjar que el gusto á su placer encanta.

Y sirves el banquete suntuoso  
De vida y de delicias abastado,  
Dó el pueblo de Israel ora abundoso  
En Eden halla el yermo transformado.  
Aquí morando disfrutó gozoso  
Aquel comun, aquel feliz estado  
Al que la humana ciencia se encamina  
Y en mágicos ensueños imagina.

Una familia y ley, una creencia,  
Un culto, una moral, el hombre unido  
En un solo redil, sin diferencia  
Que no haya por sí mismo merecido.  
Igual, perfecta y cómoda existencia,

Comun la hoz, el campo y el ejido,  
En libre paz, sin siervos ni señores  
Cual vivieron un tiempo los pastores.

Luzbel en tanto de través miraba  
Con torvo ceño el árido desierto,  
Viendo, cuando menos lo esperaba,  
En él un nuevo paraíso abierto;  
Pero soberbio el triunfo recordaba,  
Si con semblante decaído y yerto,  
De Adán y su linaje que le plugo  
Ligarle de la muerte al fiero yugo.

Era en su pecho fuente de consuelo  
Tan halagüeña y plácida memoria,  
Lavando la honda herida que en el duelo  
Le abrió Miguel cuando alcanzó victoria  
Y con sus huestes le arrojó del cielo  
Al abismo de fuego, y vió su gloria  
En eternas tinieblas sepultada,  
Por siempre de la patria desterrada.

En ardiente carroza se pasea  
Por el páramo inmenso de su imperio  
Y su mirada inquieta centellea  
Cual cometa que espanta un hemisferio.  
La cuadriga humeante que blande  
Sobre lavas ardientes, el misterio  
Con que anda á la ventura, en él revela,  
Que piensa, que medita, que recela:

Mas ya se acerca á la ciudad doliente,  
Llega á sus puertas, súbito se para,  
Y con voz de huracan ó de torrente  
Que hirviendo de los montes se dispara,  
Manda que se reuna prontamente  
La Corte de sus Principes preclara,  
El pueblo y la nobleza que le oyera  
Y sus vastos designios entendiera.

«No ignorareis, les dice, compañeros,  
Que de Israel la raza vagabunda  
Ha salido de Egipto, y que altaneros  
Han roto de su cuello la coyunda.  
Sabed, pues, que sus viles desafueros  
Inexorable Adonáí secunda,  
Y que aun insiste en el proyecto insano  
De ensalzar sobre Nos el polvo vano.

Establecerla, pues, ahora intenta  
En la tierra dó mora el Cananeo,  
Desde orillas del lago en que violenta  
Su rabia convirtió el regio trofeo  
Que nos alzó Sodoma, hasta dó asienta  
El Líbano su planta, y segun creo,  
Por toda la region del rico oriente  
Y que el orbe á Israel doble la frente.

¡Necio empeño! ¡proyecto temerario!  
¿Cuándo se advertirá de su impotencia?  
Vió que el hombre se hizo su adversario

Cuanto probó del árbol de la ciencia,  
Dejando por el mio su santuario  
Con libre, con perfecta inteligencia  
De su aliento animado, á su modelo,  
¡ Y ora pretende sujetar su vuelo!

✕ En vano, en vano: todo el hombre es mio;  
Su alma, su corazon toda su mente,  
Desde aquel dia que vencí el desvío  
De la muger y me adoró demente.  
Yo derramé en su seno mi rocío,  
Yo en sus entrañas puse fuego ardiente,  
Yo envenené las fuentes de la vida,  
Sus hijos míos son. ¡ Es mi querida!

¡ Capricho necio, absurdo, de un Tirano!  
Vistó habeis ya como le fué forzoso,  
Á su soplo, á esa parte que su mano  
Vistió de barro, esterminar odioso.  
Sobre un diluvio se asentó inhumano:  
Salvó á Noé en alcazar portentoso:  
Tórno á la tierra, bien, poblóse el mundo,  
Y hélo á mis plantas con amor profundo.

Mirad á Babilonia, ese portento  
Que descuella entre todas las ciudades,  
Sus torres llenan la region del viento,  
Sus pueblos espaciosa soledades,  
Sus jardines del cielo son asiento;  
Sus anchos muros vencen las edades,

Sus templos, sus palacios, caseríos,  
Sus sendas por debajo de los ríos.

Pues en esta Ciudad soy adorado.  
Díganlo Belo, Adónis y Milita:  
Ved en mi honor su culto mancillado  
Con sangre humana en víctima infinita:  
El hombre á dura servidumbre atado,  
Solo allí el crimen y el deleite habita;  
Corred la India, Sidon, Egipto, Tiro,  
Llegad del orbe al último retiro:

Dó quier vereis mi nombre venerable,  
Dó quier vereis mi augusto poderío.  
¿Y ahora intenta esa raza abominable  
Negarme vasallage y señorío?  
Id, Principes invictos, con laudable  
Zelo volad sobre su campo impío:  
Vencedla allí con brío prepotente  
Á vista de su Dios, y frente á frente.

Que esgriman sus aceros fulminantes  
Los pueblos y los reyes comarcanos:  
Que en las hebreas huestes vacilantes  
Cunda el tumulto por sus pechos vanos:  
Que el mismo Aaron, del oro y los brillantes  
Me labre un buey robusto por sus manos,  
É Israel, adorando el monumento,  
Nunca allende el Jordan encuentre asiento.»

Dijo: alto aplauso súbito estallando

Que pórticos de bronce estremecía  
Fué de abismo en abismo resonando.  
¡Viva, viva Luzbel! solo se oía.  
Y un coro inmenso, innumerable bando  
De terribles caudillos repetía:  
¡Viva Luzbel! volemos, guerra, guerra!  
Campo de nuestro imperio sea la tierra.

Los Angeles sombríos sacudiendo  
Las cenicientas alas, de serpientes  
Mallas horribles fuéronse vistiendo,  
Y dogales y dardos relucientes.  
En confuso tropel salen subiendo  
Por la sima del Ténaro impacientes,  
Como buitres ó grifos horrorosos  
Aullando en sus centros cavernosos.

Allí de un vuelo rápidos se estienden,  
El mar cruzando junto al Nilo llegan  
Y sus llanuras polvorosas hienden  
En negras nubes que la esfera ciegan.  
Sobre los altos de Fegor ascienden,  
Y dentro de sus bosques se repliegan,  
De donde salen con la noche oscura  
Cual espectros de antigua sepultura.

Por ellos Amalec aconsejado  
Avanza cual leon por el desierto,  
De formidables huestes rodeado  
Corriendo á Roficlim, á campo abierto:

Josué, hijo de Nun, grande, esforzado,  
Perinclito adalid el mas esperto  
Le sale á recibir llevando al frente  
La fresca juventud, viva y ardiente.

Trábase la batalla: de veloces  
Dardos el aire y de clamor se llena:  
Sobre uno el otro ejército feroces  
Se arrojan de ira respirando apena:  
El suelo estremeciendo á los atroces  
Golpes la sangre brota, y el arena  
Sedienta sobre el campo se levanta  
Y en nueva sangre ceba su garganta.

Relámpagos despiden los aceros,  
Agitase en furor la muchedumbre,  
Cual impelidas de huracanes fieros  
Mueven los mares la flotante cumbre:  
Los gritos y gemidos lastimeros  
Descubren ya su grave pesadumbre,  
Oyéndose bramidos espantosos  
Como de toros de Basan furiosos.

En tanto Moisés tranquilo estaba  
Altas las manos sobre la eminente  
Cima de Horeb, y á Jehová rogaba  
Diese á Israel victoria ardientemente.  
Ya el sol entre las sombras reposaba  
Que alumbró la batalla en el oriente,  
Y aun seguía la oracion, firme, constante,  
Cuando el hijo de Nun torna triunfante.

No en esbeltas columnas de Corinto  
De floridos acantos coronadas  
Y glifos de oro, espléndido recinto  
Alzó por las mercedes acordadas;  
Solo erigiendo al pié de un terebinto,  
De toscas piedras entre sí enlazadas,  
Sencillo altar que fuera monumento  
Del triunfo de su Dios y valimiento.

Al gozo y al descanso se entregaban  
Debajo de sus tiendas los guerreros,  
Y las hostias de paz saboreaban  
En torno á su familia placenteros;  
Los trances de las armas relataban  
A sus mudos y atentos compañeros,  
El campo, de la noche al rubio día  
Resonando con himnos de alegría.

No en ocio el gran Caudillo, que en su mano  
El peso de la tierra sosteniendo,  
La mitra á un tiempo y cetro soberano  
Con brío portentoso iba rigiendo.  
Movido de consejo sobrehumano,  
Fué el popular gobierno estableciendo  
Nombrando cada tribu un diputado  
Que llevara su voz en el senado.

En tanto el Sináí de misteriosa  
Nube se cubre, el suelo se estremece,  
Resonando en las cumbres poderosa

Voz, que del cielo descender parece.  
Desplégase una llama pavorosa  
Y toda la montaña se enardece  
Cual columna de fuego, cuyo asiento  
Penetra en el lumbroso firmamento.

El Señor sobre el monte se levanta,  
Las esferas su voz oyen atentas :  
Polvo son las estrellas de su planta :  
Habla, el mar sus corrientes turbulentas  
Mudo suspende: el orbe se adelanta  
Desierto de pavor, y sus violentas  
Alas, ráudo abatiéndose á su acento,  
En torno encoge silencioso el viento.

El pueblo de Israel humilde atiende  
La ley que de sus lábios emanaba ;  
Ley que á los siglos su sancion estiende  
Y la cruel tiranía derrocaba.  
La trompa de los Angeles que enciende  
Los cielos á su aliento, promulgaba  
Con pompa augusta la palabra al mundo,  
Pacto de su piedad y amor fecundo.

No empero otros preceptos contenia  
Que los que el mismo Dios habia trazado  
Sobre el humano pecho desde el dia  
Que del caos el hombre fué sacado :  
Mas que ya la tormenta oscurecía  
Y el negro torbellino arrebatado;

Antorcha que encendió mas viva y pura  
Sobre alta torre de la mar segura.

Moisés de su mano recibiendo  
El libro santo de la eterna alianza  
Vá pura sangre en torno desparciendo  
De víctimas de paz y de esperanza:  
Su voz por los desiertos estendiendo  
Que á todo el pueblo de Israel alcanza,  
Le dice: «Este es el pacto consagrado  
«Que Dios ha con vosotros concertado.»

Y otra vez al terrible monte sube  
De Aaron y los ancianos asistido,  
Y penetrando en la brillante nube  
Ven á Jehová de rayos desceñido;  
Su forma de bellissimo Querube,  
A su planta escabel de oro bruñido  
Y de piedras de záfiro lucientes  
Que el iris ciñe en fajas refulgentes.

En el suelo cayeron, adorando  
Llenos de asombro su vivaz belleza,  
De lejos su santuario contemplando,  
Su gran misericordia y su terneza.  
Pero su voz á Moisés llamando  
Él solo se acercó con entereza,  
Los demás á las tiendas descendiendo,  
Él solo junto á Dios permaneciendo.

Así la Omnipotencia revestia

La cima al Sinaí de lumbre y gloria,  
Y sol ardiente en ella relucía,  
Eterno monumento á la memoria.  
Allí moraba un día y otro día  
Trazando con milagros la alta historia  
A la faz de Israel que al mundo entero  
Diera fé, y el un siglo al venidero.

A suceso tan grande y tan sublime  
Aguardára Luzbel para dar muestra  
Con la soberbia porque en vano gime  
De su furor y prepotente diestra.  
Sacudiendo su mole al campo oprime,  
Resuena el campo en confusion siniestra,  
Y al aspirar su aliento ponzoñoso  
Arde, salta, se arroja impetuoso.

No tan turbia la mar bramando suena  
Que el austro y aquilon estremeciendo  
Alteran de sus ondas la serena  
Corriente, sus abismos revolviendo;  
Ni los desiertos de rojiza arena  
Abierto el seno, montes despidiendo,  
Sobre las nubes la humeante tierra  
Lanzan, al cielo declarando guerra.

Aun mas feroz el pueblo se abalanza,  
Y corriendo á Aaron clama altanero,  
Levántate, haznos dioses; ya la alianza  
Rompimos, haznos dioses placentero.

Ya nuestra vista, por Satan no alcanza  
Que sea de Moisés, ni cual sendero  
Siga ese hombre que aquí nos condujera  
Por él dejando el Nilo y su ribera.

Traedme, contestó, las arracadas  
De vuestros hijos, hijas y mujeres.  
Tomólas, y en un molde vaciadas  
Un buey fundiendo dijo: «á quien veneres  
«Ya tienes Israel: ya estan formadas  
«Las deidades que amparan tus placeres,  
«Mañana es dia del Señor:» gritando  
Y el ídolo en el templo colocando.

Y alegre el pueblo le adoró gozoso,  
De toda vestidura despojado,  
En banquete de carnes abundoso  
Á los torpes deleites entregado.  
El Angel de la muerte allí orgulloso  
Sobre grandes trofeos ensalzado.  
Oye el himno que entona en su victoria  
El bátrato cantando ¡gloria, gloria!

Toma Dios en la mano vacilante  
La copa de su ira, levantando  
La cabeza á los cielos, y delante  
Rauda huye el sol, la esfera abandonando.  
Pabellones de lumbre centellante  
Se agrupan á sus piés: abren mostrando  
Sus tesoros de rayos gruesas nubes  
X vibran huracanes los Querubes.

Los astros y los cielos palidecen:  
Cubre el mundo el silencio de una tumba,  
Las columnas del orbe se estremecen  
Y el hondo abismo turbulento zumba.  
Los mares y las aguas que humedecen  
Tu vientre ¡oh tierra! en hórrida balumba  
Revueltos de volcanes ya se inflaman  
Y esperando en tu centro pronto braman.

Arrebatado el ademan horrendo  
Iba á hacer Jehová, de su venganza,  
Cuando á sus plantas Moisés gimiendo  
Entre sollozos estas voces lanza:  
«¿Por qué tu ira, Señor, vas encendiendo  
»Contra tu pueblo que con gran pujanza  
»Sacaste de estrangera servidumbre  
»Para plantarlo sobre tu alta cumbre?

«Que no digan Señor, Señor, te ruego  
»Los egipcios, sacólos con destreza  
»Para matarlos en los montes luego  
»Y raer de la tierra su cabeza.»  
Tu ira en calma esté: duerma en sosiego:  
Su iniquidad olvide tu terneza.  
Recuerda la palabra que empeñaste  
Á tus sirvientes, y por tí juraste.

«Abram, Isac, Israel, á ellos digiste,  
»Será vuestro linage numeroso  
»Cual las estrellas que sereno viste  
»El cielo por la noche esplendoroso.

» Acuérdate que tú les prometiste  
» Darles en posesion tu reino hermoso,  
» Aquella tierra fértil y fecunda  
» Por dó su descendencia se difunda.»

Le oyó el Potente y aplacó su ira,  
Brillando como el iris su semblante:  
En el espacio el universo gira,  
Y al rumbo que paró, torna triunfante.  
Naturaleza de placer suspira,  
El sol mostró su faz vivificante,  
Y la tierra ahuyentando sus temores  
Se engalana de rosas y de flores.

Entonces Moisés ráudo descende  
Del Sináí dó habia permanecido,  
Y aquel tumulto fragoroso entiende  
Ya de pasmo, ya de ira poseido.  
Vé desnudo su pueblo, y se suspende,  
Vé al buey sobre el altar enaltecido,  
Y súbito el furor prevaleciendo  
Quiebra las tablas con horrible estruendo.

Al idolo se arroja, rompe, estalla,  
Hunde en las llamas el metal impuro.  
Á su aspecto Israel pávido calla  
Y se oculta en sus tiendas mal seguro.  
Cede Luzbel gimiendo la batalla,  
Huye del campo á su recinto oscuro:  
Arde, corre, el deshecho monumento  
Y ya es ceniza que desparce el viento.

Empero no su saña satisface  
El fuego que furioso lo estermina,  
Ni el agua que el despojo ya deshace  
Nada dejando de tan torpe ruina.  
De ella á su pueblo una bebida hace,  
Diciéndole al tomarla: « examina,  
» Examina, Israel, que has adorado  
» Estas pavesas y á tu Dios dejado.»

El pueblo llóra y su maldad lamenta:  
Con hirsuto cilicio revestido,  
De pan cenceño y yerbas se sustenta  
Arrancando del pecho hondo gemido.  
Bajo el muslo la mano macilenta  
Jura ser al Señor reconocido,  
Y en sus generaciones la ley santa  
Guardar por siempre en reverencia tanta.

Torna la nube al pabellon luciente,  
Que el alba tierna de jazmin corona  
Viendo en ella la diestra del Potente  
Que su bondad y su clemencia abona:  
Entonces por el monte alegremente  
El gran Caudillo sube á la alta zona,  
Donde al Señor con seno palpitante  
Suplica que le muestre su semblante.

Oculto en una gruta sombreada  
De espinos y de cedros olorosos,  
A fin de que su vista no cegada  
Quedára con los rayos luminosos,  
Le vió al pasar la espalda prolongada

Cual columna de soles portentosos,  
Mil torrentes de lumbre derramando  
Y de gloria los cielos inundando.

Alli de mano del Señor recibe  
Las tablas otra vez del pacto agosto  
Que sobre roca para siempre escribe,  
Modelo de lo honesto y de lo justo.  
Tan solo en ellas la salud concibe,  
Tan solo en ellas el poder robusto  
Anunciado á Israel, y su ventura,  
Y á volverlas al pueblo se apresura.

¡ Con qué respeto le notó la frente  
De misteriosos rayos coronada!  
Ya poseido de piedad ardiente  
Se ofrece á construir la arca sagrada;  
Arca donde la ley del Dios clemente  
Quedára por los siglos custodiada,  
La alianza de su amor, el monumento  
Que enlaza el suelo al alto firmamento.

El pueblo, pues, con ánimo inclinado  
Presenta liberal joyas preciosas;  
Oro, plata, sortijas y almagrado  
Vellon de lanas finas y amorosas:  
Setim, estambre, lino delicado,  
Guadamecil, aromas deliciosas,  
Púrpura y paños por dos veces tintos,  
Sardios, topacios, jaspes y jacintos.

Por mano de los sábios fué labrada,  
Beslehil y Oliab sobresaliendo,

Del Señor la purísima morada  
Que magestuosa nube fué cubriendo.  
Era un santuario ó tienda levantada  
Al Dios de las batallas, conduciendo  
Israel este escudo á toda parte,  
Su pabellon, su timbre y su estandarte.

Todo el pueblo de gala allí se via,  
Lavada su sencilla vestidura  
Al márgen de una fuente que corria  
En pós brindando su corriente pura.  
Abre la aurora tan solemne dia  
Vistiendo cielo y campos de hermosura :  
Moisés y Aaron al templo entraron  
Que con suaves perfumes consagraron.

Al punto un coro de Angeles descende,  
Que acompañado de arpas melodiosas  
En cánticos dulcísimos estiende  
Sus voces por las auras olorosas.  
Atento el pueblo el mandamiento entiende,  
Y otras palabras sábias y afectuosas,  
Que de la santa caridad manando  
Decian así en los montes resonando.

«No cortes con la hoz la faz del suelo,  
Cuando siegues las mieses ya doradas,  
Ni las espigas con avaro anhelo  
Recojas que dejastes olvidadas.  
No vendimies la viña con desvelo :  
Deja el racimo y uvas sazonadas

Para el mendigo, huérfano y viuda  
Dándole de tu campo alguna ayuda.

«Nunca será en tus manos detenido  
El premio del jadeante jornalero,  
Ni el sordo de tu labio maldecido,  
Ni al ciego estorbo pongas delantero.  
La injuria de tu hermano da al olvido;  
Jamás seas vengativo ni altanero.  
Levantarás ante cabello cano  
Honrando la persona del anciano.

«Si en vuestra tierra el extranjero habi  
Y entre vosotros tiene su morada,  
No con dicho ó accion le dareis cuita;  
Cual hijo sea de vuestra patria amada;  
Que tambien la familia israelita  
Estuvo en el Egipto desterrada.  
A todos rijan leyes imparciales,  
Justa balanza y pesas siempre iguales.

«Al huérfano y la viuda hazles justicia,  
Jamás serán por tí desatendidos,  
Ni la causa del rico por codicia  
Honres, sin escuchar los desvalidos.  
Clamarán, clamarán de la injusticia,  
Y al oír su congoja y sus gemidos,  
Alzaré sobre tí mi ardiente espada:  
Da la palma al que es justo que sea dada.

«No para siempre enageneis la tierra,  
Que mía es, y sois colonos míos,

Y gravemente ante mis ojos yerra,  
Quien usurpa mi ejido y señoríos.  
No haya jamás entre vosotros guerra;  
Hacedla sin descanso á los impíos,  
Ni pobre, ni mendigo lastimoso,  
Que todos sois hermanos, y es odioso.

«La oveja ó buey que hallares extraviada,  
Sea su dueño de tí desconocido,  
O bien tuviere lejos su morada,  
Devuélvelos á par que su vestido.  
Si bajo de la carga, de pasada,  
El asno del que te odia ves caído,  
No por la senda sigas adelante,  
Ayuda á que del suelo se levante.

«No ares con buey y asno juntamente,  
No derribes los árboles frutales;  
A los campos igual una simiente  
No des tres veces que los torna eriales.  
No ántes de cinco abriles imprudente  
Comas fruta de huerta que plantares,  
Ni ates cruel la boca al buey que trilla,  
Ni cojas en su nido á la avecilla.»

¿Mas, quién bastante á referir sería  
Los que en torno al santuario resonaron  
Cantos de divinal sabiduría  
Que cual lluvia las árpas derramaron?  
¿Quién las verdades que en tan fausto día  
Los labios del Profeta allí brotaron?

Sábios, abrid al hombre su alta historia  
Grabándola por siempre en su memoria.

Ya al son de las trompetas levantando  
Israel sus tiendas en union marchaba,  
Al centro el tabernáculo llevando,  
Y por el yermo de Faran entraba.  
Es un desierto inmenso que arrancando  
Del Sináí al Asiongaber llegaba,  
El suelo seco, ardiente, polvoroso,  
Entre rocas y montes espantoso.

Mudo sepulcro de movible arena,  
En sus entrañas sepultando un mundo,  
Donde solo se oye en ronca pena  
El viento sobre ruinas gemebundo.  
Engañosa llanura que serena  
Se tiende bajo un cielo sin segundo,  
Puro, sin nubes, plácido, halagüeño  
Que convida al reposo y dulce sueño.

Imágen seductora de la vida  
Que por senda de luz y resplandores  
Se adelanta guiada y remecida  
De placeres y cándidos amores:  
Mas súbito en la arena se ve hundida  
So el peso de la edad y los dolores,  
Que forcejando en vano alzar intenta  
Y respirar en su congoja lenta.

Como corre ese polvo rebatado  
Del simoon al impetu violento,

Tal pasa por los siglos despeñado  
Rápido el hombre sin tomar asiento;  
Y con él los imperios que ha fundado,  
La columna y egregio monumento,  
Mármoles, bronces, templos y ciudades,  
Hoy desiertos, hoy vastas soledades.

Sus ojos al espeso torbellino  
En vano abriendo descubrir procura  
Qué es ó será, qué fué, de donde vino,  
Envueltos de la noche en sombra oscura.  
Errante, solitario su camino  
Termina en la sombría sepultura,  
Y encima de ella inexorable asienta  
La muerte su pison, del mal contenta.

La ciencia es ese llano que arenoso  
Engaña con su brillo al caminante;  
Fatigado de andar busca reposo  
Creyendo ver el agua á cada instante;  
Postrado al fin se tiende congojoso,  
Su boca contra el yermo que anhelante  
Le estrecha, le sofoca, le magulla,  
Y en vano el triste su dolor murmulla.

El mal entre sus brazos nos recibe  
Y arrulla con su acento nuestra infancia,  
En pos de nuestros pasos se desvive,  
Nos alcanza y nos sigue en su constancia,  
De nuestra sangre se alimenta y vive,  
Habita con nosotros nuestra estancia,

Y observando el semblante ve y espera  
Los despojos en la hora postrimera.

La tierra que de paso atravesamos  
Acosados de víboras silbantes,  
Cual hórrida tormenta devastamos  
Dejando solo ruinas palpitantes.  
El valle de sus flores despojamos,  
Con zarzales llenándole punzantes,  
Mansion de los tiranos, campo abierto  
Que la guerra convierte en un desierto.

¡Oh Musa! llora aquí la cruel victoria  
Que alcanzaron las huestes del Precito,  
Manchando de Israel la tersa gloria  
Por desoir la voz del infinito.  
Lamenta la impiedad, no la memoria,  
De los que profanando el sacro rito,  
Por el fuego celeste perecieron  
Y los recios tumultos que surgieron.

Este yermo que abriéndose espantoso  
Se tragó los rebeldes de repente,  
El rayo que girando presuroso,  
A cenizas redujo tanta gente:  
Despedazado el bando sedicioso  
Por las bocas horribles de serpientes,  
Y la pena del pueblo merecida  
De no pisar la tierra prometida.

Recuerde dolorosa tu gemido  
La aflicción del Profeta sacrosanto,

Que con tantos pesares abatido  
Clamó al cielo vertiendo amargo llanto.  
«Señor ¿por qué á tu siervo has afligido?  
»¿Por qué no das alivio á mi quebranto?  
»Y el grave peso me has echado al hombro  
»De tanta multitud que causa asombro?»

¿Héla yo concebido por ventura,  
Ó la engendré tal vez para decirme  
Abrígala en tu seno, y dale hartura?  
¿Cuál niño á su nodriza ha de seguirme?  
Al valle, que juraste, de hermosura,  
Que los lleve, Señor, has de exigirme?  
¿De donde á mi las carnes y alimento  
Para este pueblo que me llora hambriento?

Yo no puedo con él: es muy pesado:  
Empero, si otra cosa te parece,  
Te ruego que me dejes descansado,  
Quitándome esta vida que envejece:  
Delante de tus ojos agraciado  
Sea yo de esta merced, que el dolor crece:  
Llévame á tus mansiones eternas  
Y librame, Señor, de tantos males.»

Confortado por Dios, cual elefante  
Cayendo sobre Arad, rey cananeo,  
Le vence, y hasta Arnon marcha triunfante,  
Término de Moab, y el Amorreo.  
Escollos y torrentes por delante  
Humíllanse, cediendo á su deseo;

Hesebon y Basan en sus regiones  
Ven tremolar sus ínclitos pendones.

La espada revolviendo, fuerte, aguda,  
Llamas arroja en su invencible diestra,  
Y la Idumeá, ya á sus plantas muda,  
Sus fuentes de agua viva le demuestra.  
Tan grandes triunfos el Jordan saluda  
Haciendo de sus palmas larga muestra,  
Y al son de las trompetas mal seguros  
Tiemblan de Jericó los altos muros.

Nuevo pueblo inocente habia nacido  
En soledad creciendo, y educado  
Con doctrinas y ejemplos habia sido  
Del mundo y de sus vicios apartado.  
De lauros y portentos revestido  
Se adelanta gozoso al fértil prado  
Que se extiende á su vista, y así canta  
Pulsando entre sus brazos la arpa santa.

«¡Oh, qué bellos, Jacob, tus pendones!  
¡Oh que hermosas tus tiendas de piel!  
Son de aurora tus mil pabellones  
Y tu gloria es un sol, Israel.

Como valles con bosques de aromas,  
Como huertos que el rio regó,  
Muy mas puros que blancas palomas,  
Mas brillantes que olivos en flor.

Cual los cedros que vé el arroyuelo  
En sus ondas de terso cristal,

Que levantan sus ramas al cielo  
Con sus sombras cubriendo el pomar.

Muchas aguas saldrán de tu fuente,  
Ya tu prole cual mares creció;  
Ya doblaron cien reyes la frente,  
A soberbios gigantes venció.

Cual saeta silbando se lanza,  
Cruza el aire volando por él,  
Como viento, cual rayo venganza  
Hoy sufrió el enemigo crüel.

Cual leon que se tiende dormiste.  
¿Quién tu sueño osará despertar?  
Cual leona en las grutas rugiste  
Y de espanto le vimos helar.

Si, tu nombre será bendecido,  
En los siglos, por siempre, Jacob;  
Y por siempre será maldecido  
Quien te echáre, Israel, maldicion.

Nacerá de tu seno una estrella,  
Una vara de tí se alzará,  
Y tendrás una augusta doncella  
Que azucena en la nieve será.

De tus hijos saldrá el que arrüine  
Las reliquias de vieja Ciudad,  
Y que al orbe rendido domine:  
¡Gloria al Dios que nos hace triunfar!»

Tan altas consonancias atendia



Mustio, en silencio, á la tristeza dado  
Moisés, que en su mente recorria  
Su curso por el yermo dilatado.  
En su cana esperiencia conocia  
Que los portentos tantos que habia obrado  
Con su diestra el Señor, nada bastaba  
A corregir el pueblo que mandaba.

Carnal, rebelde, ingrato, sedicioso,  
Con cerviz dura y ánimo altanero  
A cualquier ocasion, vivo, impetuoso  
Corria dejando á un lado su sendero.  
En vano con empeño minucioso  
Le mostraba el camino verdadero  
De continuo en su mano, en su vestido  
Poniéndoles el pacto establecido.

En vano á sus oidos resonando  
Seis tribus del Hebal lo repetian,  
Con magestuoso coro contestando  
Las otras seis que al Garizim subian.  
Sus pasiones indómitas bramando  
Al fin el suave freno sacudian,  
Como la fiera, si en la red se enlaza,  
Que súbito la rompe y apedaza.

Dando abrigo á verídicos temores  
Su condicion gemia lamentable,  
Previendo que el Señor en sus furores  
Traspararía su corazon culpable.  
Sombreado de pálidos colores

Miraba el horizonte que variable  
Ora con viva luz resplandecía,  
Ora espantoso con la noche umbría.

Ya delante su rostro contemplaba  
Vertiendo flores la region amena  
Que el cristalino rio reflejaba  
En su corriente nítida y serena.  
Pero esto su dolor mas aumentaba,  
Su gran tristeza y su profunda pena,  
Sabiendo bien que no tendria el consuelo  
De hollar con Israel tan fértil suelo.

Que á su consorte estaba reservada,  
El ilustre Josué tan alta gloria,  
Y que aun esa mansion afortunada  
Era figura y sombra transitoria.  
Su mente por el cielo iluminada  
Veia aquel triunfo é inmortal victoria  
Que hundiendo en el profundo á la serpiente,  
El orbe rendiria al Omnipotente.

Y el ominoso yugo quebrantando  
Le diera libertad, salud y vida,  
Con su sangre purísima espiando  
La culpa contra el Padre cometida.  
Que no, aunque á rios fuese derramando,  
En rojo mar la tierra convertida,  
La suya el hombre lacio y moribundo,  
Bastante fuera á redimir el mundo.

Al brazo del Señor, solo al Ungido,  
Tocaba abrirnos la feliz morada,  
Y dejar á su pueblo establecido  
En aquella heredad tan deseada.  
Solo su diestra sobre el monte erguido  
Podia, alzando á Israel, dejar fundada  
Para siempre su larga trascendencia  
Venciendo del pecado la violencia.

De tan altos misterios ocupado,  
Que el tiempo en sus abismos envolvía,  
Mirando que con vuelo sosegado  
Llegaba ya de su reposo el día,  
Todo su pueblo en torno congregado,  
Le anuncia que ya de él se despedía;  
Su postrimero cántico suspende  
Cielos y tierra, á Jehová sé estiende.

Luego á las cumbres de Abarin subiendo,  
De donde á Canaan dió una mirada,  
En brazos de los Ángeles muriendo,  
Entró triunfante á la eternal morada.  
Aromas por las auras esparciendo,  
Y de estrellas la esfera ilumina,  
De inmensa gloria coronó su frente  
Junto á su solio el Dios omnipotente.

FIN.

# INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria. . . . .	5
Oda Sáfica. . . . .	7
La Inmortalidad. . . . .	11
La Montaña de Doramas. . . . .	20
La Natividad de Nuestra Señora. . . . .	38
Alcira. . . . .	46
El Teyde. . . . .	49
A unas Nupcias. . . . .	56
A Tula. . . . .	60
El Césped. . . . .	66
El Porvenir. . . . .	71
A la paz de las dos repúblicas del río de la Plata.	80
El Sauce. . . . .	94
La AVECILLA. . . . .	98
A Silvia. . . . .	104
El Nacimiento de Jesus. . . . .	108
El Uruguay. . . . .	118
El Cólera-morbo. . . . .	123
El Paseo. . . . .	138
El Amor filial. . . . .	143
Al río de la Plata. . . . .	151
El Invierno. . . . .	167
La Primavera. . . . .	170
Moisés. . . . .	177



